EL MONSTRUO DE LA MEMORIA

YISHAI SARID

TRADUCCIÓN DE ANA MARÍA BEJARANO



EL MONSTRUO DE LA MEMORIA

YISHAI SARID

Yishai Sarid

El monstruo de la memoria

Traducción del hebreo de
Ana María Bejarano



Sarid, Yishai
El monstruo de la memoria / Yishai Sarid. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Sigilo, 2022.
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online
Traducción de: Ana María Bejarano.
ISBN 978-987-48469-4-5

1. Narrativa Israelí. 2. Holocausto Judío. 3. Memoria. I. Bejarano, Ana María, trad. II. Título.
CDD 892.4

Published by arrangement with The institute for The Translation of Hebrew Literature

Título original: מפלצת הזיכרון

Diseño de portada: Gaby Wallace Studio
Ebook: Tomás Caramella

Primera edición en papel: enero 2019
Primera edición digital: abril de 2022

ISBN: 978-987-48469-4-5

Depósito legal: M-38546-2019

Sigilo editorial S.L.
28005 Madrid
info@sigilo.es

Pedro del Castillo 549 8° C
(C1414AWK), Buenos Aires, Argentina

sigilo@sigilo.com.ar

www.sigilo.com.ar

Estimado presidente de Yad Vashem[1], este es el relato de lo que allí sucedió. Tengo entendido que se encuentra usted a la espera de él, y yo estoy, asimismo, sumamente interesado en hacérselo llegar, dado que puso usted en mí toda su confianza. Al principio procuré distinguir entre mi persona y el informe; deseaba entregárselo en un formato aséptico y académico, sin mezclar en él ni mi naturaleza ni mi vida privada, que carecen por sí mismas de cualquier interés especial, pero al cabo de unas pocas frases me di cuenta de que no lo iba a lograr, puesto que soy el recipiente mismo en cuyo interior se halla esta historia. Y si se siguen ensanchando las fisuras que hay en mí hasta el punto de resquebrajarme, también la historia se echará a perder. Debe usted saber que siempre lo he tenido en gran estima. Participé unas cuantas veces en los debates y los consejos que organiza, y usted me ha encomendado varias misiones, entre ellas el último proyecto. Nunca olvidaré las emotivas palabras que pronunció en el acto de presentación de mi libro. Lo he ayudado en todo lo que ha estado en mi mano, pero no recuerdo haber mantenido con usted ni una sola conversación trivial. No tengo queja acerca de eso, porque soy muy consciente de la ingente carga que lleva usted sobre los hombros. Recuerdo las hermosas vistas del bosque de Jerusalén desde su despacho, el aroma de la piedra de las paredes y los buenos paños de las ropas que usted viste. Siempre me he considerado su fiel heraldo. Con la imagen de su perspicaz rostro ante mí, me dirijo a usted como quien es, el representante oficial de la memoria.

A dedicarme al estudio del Holocausto llegué por una cuestión práctica. Tras cumplir con el servicio militar obligatorio, haber dejado atrás el prescriptivo periodo de viajes por el mundo que le sigue y pasar por las consabidas dudas sobre qué hacer en la vida, me matriculé en el doble grado de Relaciones Internacionales e Historia. Deseaba poder ser de utilidad en el campo de la diplomacia. Creía que en el extranjero tendría una vida más amable. Aunque sabía que la importancia de servir en el exterior había menguado, y que en la era digital ya no es tan necesario, consideraba este hecho, precisamente, como una ventaja. Me veía sentado en el café de una ciudad tropical, con un traje claro, pasando los días sumido en un glamuroso tedio, cobrando un sueldo discreto pero honroso pagado por el Estado. No aspiraba a ser una personalidad de las que después dan nombre a plazas y calles. Me gustaba leer libros sobre personajes y hechos históricos; me relajaban, porque en ellos todo está sellado, es

concluyente y nada puede ser cambiado. La ficción literaria, por el contrario, que se encuentra bajo el poder de otra persona, de sus caprichos, me producía desasosiego. Durante mi segundo año de carrera me presenté a los exámenes del Ministerio de Asuntos Exteriores; tenía veinticuatro años y superé sin dificultades la primera fase, que era escrita. Durante la segunda fase, para la que fui citado unas semanas más tarde, nos solazaron los examinadores con variados talleres participativos y unos sibilinos juegos, para terminar por hacernos una entrevista personal. A medida que el día fue avanzando me sentí varado en un banco de arena. No necesité esperar a que llegara la carta con los resultados para saber que no había superado la prueba. Durante un tiempo sopesé dejarlo todo y marcharme a Oriente, a Tailandia, porque me sentía acorralado por el futuro. Pero consideraciones económicas y familiares (por entonces mi padre había enfermado) me quitaron la idea de la cabeza. Al desvanecerse el sueño de la misión diplomática abandoné la carrera de Relaciones Internacionales, que no me interesaba en sí misma, y continué estudiando solo el grado de Historia. Me gustaba muchísimo estudiar historia, redactar trabajos, investigar, pasar largas horas en la biblioteca con textos antiguos, salir a la cafetería, regresar; llevaba una vida plácida, circunspecta, cobijado como estaba bajo el manto de la seriedad. Después pasé con naturalidad a los estudios de máster y salí del anonimato gracias al trabajo que escribí para un seminario que impartía el decano y que mereció sus elogios. El decano, a partir de entonces, tuvo un trato más frecuente conmigo y hasta me propuso convertirme en uno de sus ayudantes docentes. Pasé a ser, pues, un historiador de pro y estaba orgullosísimo de ello. El decano me hablaba de mis opciones para el futuro, de estudiar en el extranjero, y ya me veía yo sentado frente al fuego de la chimenea en Oxford o en Boston, envejeciendo honorable y plácidamente, hasta el punto de que casi dejé de lamentarme del rechazo que había sufrido por parte del Ministerio de Asuntos Exteriores.

Sentía temor ante la historia contemporánea, que se me asemejaba a una intimidante cascada que arremetía con inusitada furia. Busqué una vida tranquila y serena que se ocupara de épocas antiguas, cuyos acontecimientos estuvieran ya finiquitados y cerrados, que no despertaran ningún sentimiento especial en nadie. Consideré la posibilidad de dedicarme a la historia del Extremo Oriente, pero comprendí que para ello debería estudiar chino o japonés, cuando mis dotes para el aprendizaje de lenguas son más bien modestas. Deseaba, sin embargo, mantenerme alejado de las calamidades y las catástrofes de nuestro pueblo, porque adiviné desde el principio el gran peligro que ahí me acechaba. Pero cuando conocí a Rut y supe que nos encaminábamos hacia el matrimonio, me vi forzado a empezar a

pensar en términos más prácticos. Al profundizar en el asunto me di cuenta de que aunque a primera vista se extendía ante mí toda la historia de la humanidad, a la hora de la verdad para mí solo existían unas pocas salidas. Las plazas en la universidad eran muy escasas y las iban ocupando los profesores más veteranos, mientras que los nuevos contratos eran a tiempo parcial y en régimen de semiesclavitud con sueldos de hambre. Un buen día me anunció el decano, que me apreciaba, que el servicio de inteligencia del ejército buscaba especialistas en el tema de Irán y estaba dispuesto a financiarle los estudios de doctorado en historia de Persia al candidato adecuado. La condición era, recalcó el decano, que después yo debía comprometerme a servir en el ejército durante siete años. Aunque sabía que se trataría de un trabajo de oficina en el Ministerio de Defensa y no de regresar a los tanques en los que había servido durante mi servicio militar obligatorio, solo pensar que tendría que volver a alistarme en el ejército me llevó a pasar varias noches de insomnio y otras tantas de pesadillas, tras las cuales le comuniqué al decano que no estaba interesado. Además de que esa especialización exigía el estudio de una lengua extranjera no precisamente fácil. El decano lo entendió y dijo que, siendo así, solo me quedaba una salida realista para continuar con mi vida de historiador en Israel: hacer un doctorado en Historia del Holocausto. Me asaltó un gran temor. Lo que yo deseaba era seguir navegando por mi vida como por las aguas de un apacible lago limpio de preocupaciones y de emociones. Hice unos cuantos intentos estériles para zafarme de esa carga y casi lo consigo, porque una estupenda universidad australiana de la ciudad de Perth estaba dispuesta a aceptarme como estudiante de doctorado en la disciplina de Historia de Europa en la Edad Media, a proporcionarme vivienda y una plaza como docente. Solo que Rut no se mostró muy entusiasmada con la idea de mudarse allí, además de que teníamos ya fecha para la boda. Si hubiéramos marchado a aquellas soleadas playas, al encuentro de las jarras de cerveza que sirven allí a partir de las cuatro de la tarde, puede que nuestro destino común hubiera sido otro. Pero me rendí. Me presenté ante el decano y le comuniqué que estaba dispuesto a que me uncieran al carro de la memoria. Desde el momento en el que hice eso, casi todo cambió para bien. Empecé a recibir una pequeña beca, donativo de una familia judía de Estados Unidos, estipendio que permitía satisfacer nuestras modestas necesidades de manutención. Me puse a estudiar alemán, y en unos pocos meses era capaz de leer y entender las cartas oficiales de las SS. A pesar de ello mis conocimientos de la lengua alemana siguieron siendo sumamente básicos y jamás los puse a prueba con Heine o con Goethe. Me abalancé con voracidad sobre todos los libros y artículos que caían en mis manos, porque en eso estribaba mi fuerza,

en la capacidad de digerir en muy poco tiempo ingentes cantidades de información. Me atraían sobre todo los detalles técnicos del exterminio: los mecanismos, el personal que lo llevó a cabo, el método. Profundicé en todo ello más y más, hasta que la tesis doctoral tomó cuerpo y recibió el visto bueno del director. Ya me encontraba encarrilado.

«Similitudes y discrepancias en los métodos operativos de los campos de exterminio alemanes durante la Segunda Guerra Mundial»; ese era el tema de la tesis doctoral que empecé a escribir. Coloqué uno junto a otro los procesos de aniquilación de todos y cada uno de los campos de exterminio -Chelmno, Belzec, Treblinka, Sobibor, Majdanek y Auschwitz (es evidente que los dos últimos eran distintos, al ser al mismo tiempo campos de trabajo, mientras que los primeros tenían como propósito exclusivo el exterminio)- y analicé todos los factores. Estudié bajo el microscopio de los historiadores las fases por las que se pasaba en todos los campos, desde el momento en que bajaban de los vagones y pasaban a desnudarse y a dejar la ropa y el equipaje bien colocado, teatralización vana ideada por los alemanes para tranquilizar a las víctimas, el rapado del cabello, la marcha hacia las cámaras de gas, la estructura de estas y la clase de gas que se utilizaba en ellas, la forma en la que metían allí a la multitud, el proceso de ejecución, la extracción de las piezas dentales de oro y la búsqueda de ese preciado metal en todos los orificios del cuerpo, el modo en que se deshacían de los cadáveres, la repartición de tareas entre las distintas etapas, y así con las muchas fases del proceso, ya que lo que yo buscaba era lo que hubiera de similar y de distinto en todo ello. Es evidente que cada fase se subdividía a su vez en incontables detalles en los que también se daban variaciones y matices. Leí cientos de libros y de testimonios sobre la vida y la muerte en los campos, y no dudaría en decir que fueron incluso miles mis lecturas. También profundicé todo lo que pude escudriñando documentación original para desentrañar detalles que no habían sido esclarecidos del todo. Existía allí una abundantísima información y me supe manejar por ella con resolución. Los diagramas de flujo de datos se ramificaban cada vez más, pero no por eso llegué a perder el control sobre ellos. Para empezar, organicé muy bien los hechos y Rut me ayudó a establecer para ellos unos métodos comparativos especiales; a continuación me planteé la pregunta académica de por qué se dio cierta variedad en los métodos de trabajo y no hubo un consenso absoluto, como cabría esperar de la naturaleza de aquella organización y de su cometido.

Al mismo tiempo, para ganarme mejor la vida, empecé a guiar grupos en el museo de Yad Vashem. Usted mismo se encontraba al frente de la comisión que me aceptó para el puesto; recuerdo muy bien su imponente aspecto y el temor que me producía. Me preguntó

la razón por la que yo deseaba hacer de guía y si era consciente de la enorme carga emocional que me iba a suponer. Le respondí con una media verdad: dije que se trataba de una oportunidad fuera de lo común para un historiador que quisiera revivir el tema objeto de su estudio en la realidad del día a día y difundir sus conocimientos entre el gran público. No le dije que mi mujer estaba embarazada y que era mi deber mantener a mi pequeña familia. Le conté que me encontraba en plena redacción de mi tesis doctoral y que poseía riquísimos conocimientos sobre la técnica del proceso de exterminio, hasta en sus más mínimos detalles. Puse en mi currículum que durante mi servicio militar obligatorio había sido instructor del curso de artillería en la escuela de acorazados, y que después, en la universidad, fui profesor ayudante del decano de la facultad de Historia. Me pidieron entonces, que les hablara del modo más resumido posible, como si fueran ustedes los estudiantes de un colegio, sobre el levantamiento del gueto de Varsovia. Debí de causarles muy buena impresión, porque ya al día siguiente me comunicaron ustedes que estaba admitido. Hice caso omiso de su advertencia acerca de la enorme carga emocional implícita en el puesto, ya que la vida no me había deparado jamás ninguna emoción psicológica de importancia y me creía por eso inmunizado contra ello. Me lancé al ruedo como un toro joven, con todo mi poderío. Enseguida empecé a guiar grupos por el museo, por la Avenida de los Justos de las Naciones, en las aulas de instrucción. Apabullé a los chicos con todos los conocimientos que había ido acumulando. Y la verdad es que tenía cierto don para ello. Aspiraba a proporcionarles un resumen preciso y claro del gran cuadro panorámico, tan lleno de infinitos detalles, y asirme a unos pocos ejes argumentales, porque si me hubiera detenido en cada una de las tramas secundarias se habrían encontrado perdidos. Unos niños de las primeras clases a los que guie dijeron que gracias a mí habían entendido por primera vez todo ese asunto impresionantemente monumental que es el Holocausto. La verdad es que me aplicaba muchísimo y estudiaba muy bien mis parlamentos. Jamás me sucedió llegar sin estar preparado. Partía de la suposición de que ellos no sabían nada y que sobre mí recaía la responsabilidad de dotarles de memoria. Les expliqué los orígenes del antisemitismo, el tradicional y el moderno, el ascenso del nazismo y les hablé un poco de la biografía de Adolf Hitler y de sus primeros acólitos, de cuando estalló la guerra, de la supresión de los derechos de los judíos, de su reclusión en los guetos, de las deportaciones y del exterminio. A veces me quedaba prendado de la expresión de interés que veía en el rostro de una chica, o de algún chico, o me impactaba una pregunta inteligente, pero normalmente los grupos de estudiantes se sucedían unos a otros sin causarme ninguna impresión especial. Recuerdo cuando una vez entró

usted por sorpresa a oír una de las clases que estaba impartiendo a los estudiantes de un instituto de Rejovot o de Gedera. Se sentó al fondo, me hizo señas para que continuara y entonces quise impresionarlo. En la pantalla había un plano de Treblinka y fui avanzando por las distintas estaciones del recorrido con completa fluidez y agilidad hasta llegar a la cremación de los cadáveres y a las enormes fosas comunes. Al cabo de unos pocos minutos se marchó usted haciéndome una inclinación de cabeza. Después habló conmigo la directora del departamento y dijo que había quedado usted muy impresionado de mis conocimientos, pero que también comentó que me había faltado mostrar más sentimiento, más empatía por las víctimas. Soy historiador, pensé, no trabajador social, aunque le prometí a la directora que lo tendría en cuenta y que procuraría corregirme.

A Polonia fui por primera vez por exigencias de la tesis doctoral, cuando la estaba redactando, para ver los lugares sobre los que había leído miles y miles de páginas. Mi director de tesis, que ocupaba la cátedra de Estudios sobre el Holocausto en la universidad, debía haberme acompañado, porque contaba allí con multitud de contactos, pero tuvo una contractura muscular de espalda la noche anterior al vuelo, o puede que se tratara incluso de una hernia discal, y por eso tuve que viajar solo. Alquilé un coche en el aeropuerto y durante dos semanas fui de un campo de concentración a otro, cayendo sobre ellos con unas ansias desmesuradas para luego regresar con cientos de fotografías y varios cuadernos llenos de anotaciones. Durante aquella visita todo se puso en su sitio. Entendí con precisión lo que veía y esa profunda comprensión me levantó el ánimo hasta el punto de producirme una especie de éxtasis intelectual. Mi tesis doctoral mejoró sorprendentemente. Unos meses más tarde volví a viajar a Polonia en el marco de uno de los cursos que organizan ustedes para formar a los guías de las visitas a los campos. Yo ya conocía los lugares, así que me sentía un poco como en casa. Después de recibir el título oficial de guía, empezaron a llegarme los encargos, de manera que cada vez iba más a menudo a Polonia. En cada viaje ganaba unos miles de séqueles y por fin podía mantener a mi pequeña familia, a Rut y a Ido, el niño, con holgura. Al poco tiempo, cuando empezó la temporada de los viajes de los estudiantes de secundaria a los campos, me pasaba más de un mes seguido fuera de casa, porque no tenía tiempo de regresar entre viaje y viaje. Rut y el bebé se acostumbraron a ese tipo de vida, entre otras cosas porque no nos quedaba más remedio. Desconozco si ha ido usted en alguna ocasión a uno de esos viajes de los chicos a Polonia, si ha volado usted con ellos en plena noche, si ha recorrido con ellos los caminos de allí durante siete u ocho días, si se ha plantado ante ellos para explicarles una y otra vez lo que sucedió en los bosques, en los guetos, en los campos de trabajo y de exterminio, si

ha intentado usted penetrar sus rostros, sus mentes llenas de los resplandores de los teléfonos móviles, si ha intentado usted representarles la muerte proporcionándoles datos, hechos, cifras y nombres, mientras ellos caminan detrás de usted envueltos en la bandera de Israel y cantando el himno nacional junto a las cámaras de gas, pronunciando el *kadish* sobre los cúmulos de tierra, encendiendo velas en recuerdo de los niños arrojados a las fosas, llevando a cabo todo tipo de ritos inventados por ellos y esforzándose por intentar hacer manar de sus ojos ni que sea una sola lágrima. Muchas veces me pregunté si habría usted vivido eso en primera persona.

El viaje empezaba siempre en el cementerio de Varsovia. Señor presidente, se lo digo, definitivamente hay que acabar con esto. Ninguno de los chicos sabe quién fue I. L. Peretz ni la razón por la que se le erigió una magnífica lápida funeraria. Según parece se trata de un escritor que fue importante en el pasado, pero no conozco a nadie que haya leído una sola obra suya. Tampoco saben lo que es el esperanto, ni quién era Zamenhof. Y tienen razón en no saberlo, porque hay que reconocer que todo el asunto del esperanto resultó en un absoluto fracaso. Intentamos mostrarles una cultura brillante, pero la verdad es que esos judíos que vivían en Polonia ni construyeron catedrales ni compusieron sinfonías. La mayoría eran pequeños comerciantes, personas que comían pescado seco salado, escuchaban música *klezmer* y vivían en cabañas, aunque hacia el final hubiera entre ellos algunos médicos y abogados, entre aquellas gentes de piel oscura de Oriente Medio, los mismos que habían matado a Jesucristo. Los chicos corretean entre las tumbas cansados del vuelo nocturno, sin saber si tienen ya que envolverse en la bandera o si es demasiado pronto para eso; responden con un «amén» automático al profesor que pronuncia la oración del *kadish* sobre cada una de las tumbas más importantes, tienen frío y lo único que quieren es llegar al hotel para sentirse un poquito en el extranjero. Después del cementerio los llevamos en autocar al lugar en el que estuvo el barrio judío, a la explanada desde la que se hacían las deportaciones y donde hoy está ubicado el muro-monumento Umschlagplatz, y a continuación nos dirigimos al búnker de los rebeldes de la calle Mila 18. Eran muy poco más mayores que vosotros, les explico, sin apenas armas, solo con unos cuantos cócteles molotov, granadas de mano y unas pistolas, y con eso mantuvieron a raya durante casi un mes a una brigada del ejército alemán. Me plantaba ante ellos e intentaba transmitirles el sufrimiento y el heroísmo de aquellos jóvenes, ciñéndome a todos los mensajes implícitos de ustedes sin desviarme ni a derecha ni a izquierda, procurando obedientemente traspasar los pantalones vaqueros, las mallas, los rizos, las coletas y los pesados abrigos, el habla precipitada y plana, la mirada indiferente, los teléfonos,

penetrar sus cabezas y sus corazones. Nunca sentí que lo consiguiera del todo, porque no los quería lo suficiente, pero eso lo comprendo solamente ahora.

Las noches en los hoteles son la pesadilla de los profesores, no vayan a convertirse al día siguiente en titular de un periódico: estudiantes de Israel causan graves alborotos y vandalizan las habitaciones del hotel, emborrachándose y contratando los servicios de prostitutas. Para evitar algo así, los profesores organizan patrullas por los pasillos, escuchan a hurtadillas lo que sucede al otro lado de las puertas y amenazan a los chicos con terribles castigos al tiempo que les prohíben salir del hotel, así que cuando amanece los ojos de esos docentes están completamente rojos por falta de sueño. Aunque normalmente no pasa nada. Los muchachos se pasean por la recepción y, como mucho, piden una Coca-Cola. Después se duchan con el champú y el gel del hotel y se ponen a tocar en la guitarra canciones tristes hasta que se van a dormir a la hora en que se les ha dicho que apaguen la luz. Es cierto que hay veces en que llegan chicos problemáticos, que ya no son tan chicos, macarras de las barriadas, con sus chicas y con un pequeño altavoz en el que hacen sonar por la noche a toda potencia alguna canción mediterránea para vengarse de los gentiles y de los asquenazíes, además de llamar al servicio de habitación, no pagarlo luego y dejar la habitación sucísima. ¡La que se lía entonces! Los profesores me llaman para que les solucione la papeleta y yo acudo, aunque no es mi cometido. Hablo con esos salvajes porque lo sé hacer, negocio con el recepcionista una compensación razonable y tranquilizo a los alterados profesores. Una débil señal en el cerebro me dice que esos salvajes son capaces de cometer un asesinato, pero en cambio les cuesta obedecer órdenes, saben cómo negarse a cumplirlas y cómo zafarse de ellas, manipular, llevar a escondidas petacas de vodka a la habitación, alborotar a media noche, pero quizá en el día decisivo no delatarían al vecino, aunque se lo ordenaran, al contrario que los buenos chicos, que obedecerían al instante, porque para estos la ley es la ley.

El segundo día íbamos normalmente a Majdanek, en un largo camino hacia el este, por la carretera por la que habían pasado los tanques de la fábrica Krupp para conquistar más tierras con las que alimentar al pueblo alemán. Campos que se extendían de un horizonte al otro plantados con coles y nabos. Yo sé bien lo que es un tanque y conozco la maravillosa sensación de avanzar sin que nada se te resista, sin frenar, sin detenerte, en el interior de un vientre de hierro galopante del que tú formas parte intrínseca. Dos veces nos detenemos por el camino en sendas gasolineras para comprar comida y bebida, porque si no se ponen nerviosos. Como bien sabido es, los alemanes no tuvieron tiempo de destruir el campo antes de que llegaran los

rusos, así que ha quedado intacto a las afueras de Lublin, expuesto a los ojos de quien circule por la carretera principal. En Majdanek, de repente, se les viene encima todo de golpe. Hay dos pequeñas cámaras de gas nada más franquear la entrada, a la derecha. En una de ellas introducían monóxido de carbono a través de una manguera que salía del motor de un tanque, y en el interior de la otra arrojaban latas de Zyklon B. Entre cien mil y doscientas mil personas fueron asesinadas allí. El número exacto se desconoce. En comparación con otros campos de exterminio no es mucho, solo que allí ha quedado todo, la maquinaria al completo, incluso el crematorio, que permanece entero en la colina, dentro de un edificio, con la chimenea, los hornos alemanes en muy buen estado y junto a él las fosas en las que cayeron los veinte mil judíos a los que les dispararon en un solo día durante las celebraciones de la siega, por pura diversión. Se me escapa la razón por la que fue precisamente en Majdanek, durante la marcha de unos centenares de metros que separa las cámaras de gas del monumento de las cenizas y el crematorio, cuando los oí hablar de los árabes, allí envueltos en las banderas, susurrando, los árabes, eso es lo que hay que hacerles a los árabes. No siempre y no todos los grupos, pero los suficientes como para que me acuerde de ello. Me hice el que no los oía, no es asunto mío, que se ocupen de ello los profesores, pero lo oía, señor presidente, no puedo mentirle. Cuando se les muestra la maquinaria esta de la muerte, tan sencilla, que no presenta dificultades para volver a ser puesta en marcha en cualquier lugar y casi en cualquier momento, se les despierta la idea de actuar, y es que todavía son unos niños y, como es natural, les resulta difícil dominarse. Los adultos piensan exactamente lo mismo, pero callan. Al final, a los últimos grupos, les di la explicación fuera del edificio de los crematorios, sin entrar con ellos. No quería oír lo que hablaban allí dentro.

En Lublin visitamos también la academia talmúdica de los Sabios de Lublin, en la que hoy opera un extraño hotel decorado con todo tipo de símbolos judíos. A la sinagoga se entra por una puerta lateral, no sin antes pagarle al portero unos pocos zlotys. A los religiosos de las kipás de ganchillo les gusta rezar allí. Yo me quedo a un lado, escuchando. A veces me gusta la melodía y me uno a ellos con esta o aquella frase. Después, en el casco antiguo, a los pies del castillo, les leo unas páginas de *El mago de Lublin*. Es muy raro encontrar entre ellos a alguien que haya leído a Bashevis Singer. Ya he vuelto a delatar a los chicos. Pero es que me he prometido contar la verdad. Sin los judíos no queda gran cosa de esta ciudad enclavada bien al este, reducto del aburrimiento al que apenas llegan turistas, a excepción de cuatro chalados a los que les interesa la guerra. Aquí, en este edificio se encontraba el cuartel de la Gestapo y en esta casa vivió

Odilo Globocnik, el oficial de las SS responsable de la Operación Reinhard. Aquí, a este patio trasero, llevaban a los judíos a hacer trabajos forzosos. Ese es el atractivo que tiene Lublin. La población, depresiva y de aspecto macilento, no permite que los negros ni los árabes entren en Polonia y cierran las fronteras. Nosotros los ayudamos en eso con todo tipo de artilugios electrónicos que resultan muy efectivos, porque por la calle se ven solamente rostros blancos, tan parecidos los unos a los otros que da hasta rabia.

Por las noches, en Lublin, me iba al bar del hotel a beber. De otro modo no habría podido dormir. A menudo sentía tal tensión que se diría que la operación se encontraba en su momento más álgido y que yo era parte de la organización, que participaba de las deportaciones y cuidaba de que el calendario de actuación se cumpliera a rajatabla. A veces notaba una presión en el pecho acompañada de un nervioso pestañeo incontrolable; no hallaba sosiego, así que esperaba ansioso los ratos en los que bebía en el bar al terminar el día, oculto de las miradas de ellos, en un rincón apartado, para que no me vieran. A veces se me unía algún profesor díscolo, que también sentía la necesidad de alejarse de ellos por un rato. Porque constantemente había que vigilarlos, temerosos como estábamos de que hicieran algo indebido o fueran a escaparse del hotel. Éramos un manojo de nervios perpetuo durante siete largos días. Y cuando se sentaba a mi lado en el bar una profesora me sentía como la flor de una peluda planta carnívora que ansiara engullirla. Querían que las consolara por las durísimas imágenes que habían tenido que ver durante el día, que les explicara cómo aquello había sido posible, y después, cuando ya habíamos bebido un poco, me preguntaban por mi vida, por mi mujer. Alguna vez sucedió que pasamos de ese punto, que una chispa nos prendió en la mirada, porque la verdad es que disponíamos de todas las excusas anímicas posibles como para necesitar un poco de calor humano y de amor. La de la primera vez tenía un rostro alargado y unos melancólicos ojos judíos. Quería que le explicara personalmente la razón por la que habían hecho todo aquello, porque sencillamente no conseguía entenderlo, y bebió demasiado. Le dije con delicadeza que se estaba pasando con la bebida. No me importa, dijo con la desinhibición de una borracha. Como los niños no podían verla en ese estado, no había otra salida más que llevármela a mi habitación, que estaba en otro piso, para que descansara allí hasta que se le pasara el efecto del alcohol, pero entonces quiso ducharse y salió del cuarto de baño medio desnuda. Palabra que intenté evitarlo, pero se quedó allí dormida hasta por la mañana. Durante los días siguientes tuve la esperanza de que volviera, pero sobria no regresó. De las otras veces no quiero hablar de momento; sucedió no sé si una o dos veces más, eso no importa ahora, pero de veras que no soy de ese tipo de

persona. Normalmente me bastaba con tres chupitos de vodka para quedarme dormido en el viejo hotel de la Gestapo en Lublin.

Durante los primeros viajes me pusieron de acompañante a un superviviente del Holocausto, un anciano de nombre Eliezer, bajito, jovial y desbordante de cordialidad. Le gustaba hablar con los chicos y contestar a sus preguntas, hasta ganárselos. Tenía once años cuando huyó de su pueblo, la noche antes de que los alemanes enviaran a los judíos a Belzec para ser exterminados. Sus padres le dijeron que escapara. Sus hermanos eran demasiado pequeños para ello. Vivió en los bosques hasta que los partisanos lo encontraron. Él les remendaba la ropa porque su padre era sastre; les preparaba la comida y en ocasiones hasta los acompañó en sus incursiones para atentar contra la vía férrea. Los alumnos devoraban su historia conteniendo la respiración. Aunque me parecía identificar alguna que otra fisura, resultaba en principio creíble, así que no le hacía preguntas ni observaciones, porque nunca he oído la historia de un superviviente que esté completa del todo. El principal fallo de Eliezer era que nunca había estado preso en un campo, sino que la mayor parte de la guerra la pasó en los bosques. A pesar de ello también le gustaba hablar en los campos de exterminio, pronunciar unos discursos llenos de esperanza y de orgullo referentes a la juventud y al Estado de Israel, pero que nada tenían que ver con sus experiencias personales. Los chicos y los profesores lo querían, así que yo no me inmiscuía, porque quedaban muy pocos supervivientes de los campos, y casi todos enfermos, así que Eliezer estaba más que bien. Me sentaba a su lado en los largos viajes en autocar y él me hablaba de sus hijos y nietos, del taller mecánico que abrió en Israel cuando inmigró y de otros muchos asuntos familiares, y de negocios. De sus ropas emanaba un agradable aroma a vejez. Juntos formábamos un buen equipo: él completaba la faceta afectiva que a mí me faltaba. Y teníamos un orden preestablecido de aparición. Yo informaba de los hechos y él añadía el matiz personal y el sentimiento. Funcionaba a la perfección, hasta que Eliezer se cayó en su casa, se rompió el fémur y desde entonces, como no pudo ya seguir viajando, no volvió más. Fui a visitarlo. Estaba acostado en la cama atiborrado de analgésicos. De la noche a la mañana se había convertido en un enfermo dependiente al que su mujer alimentaba con unas gachas. Me marché de allí al poco rato y no nos volvimos a ver. Iba a resultar muy difícil encontrarle sustituto. Me ayudé de la base de datos que tienen ustedes para citarme con otros supervivientes. No fue poco lo que viajé por todo Israel para entrevistarme con ellos, interrogarlos a conciencia e intentar convencer a los más adecuados para que se vinieran conmigo. Les expliqué lo importante que es dar testimonio ante los jóvenes, transmitir la memoria de una forma directa, pero tuve poquísimo

éxito. Muchos tenían ya la salud muy deteriorada y no habrían sido capaces de resistir el viaje. Algunos de ellos tenían afectada la capacidad de pensar y de recordar, porque estaban ya seniles en mayor o menor grado. Otros temían revivir el trauma y no querían volver allí, por razones comprensibles. De algunos de ellos sospeché que habían sido *kapos* o colaboracionistas y que habiendo estado ocultándolo durante toda la vida, ¿para qué iban a revelarlo ahora, con un pie ya en la tumba?

Me pasé varios meses intentando convencer a un superviviente de nombre Yohanán de que se viniera conmigo. Vive en el norte, en la zona de Haifa, en las Krayot, y es ingeniero estructural jubilado. Se había pasado la vida negándose a regresar allí, pero tras la muerte de su mujer tuvo añoranzas de sus padres y su hermana, que habían sido asesinados, y por la casa que habían tenido. Lo convencí para que se uniera al viaje prometiéndole que iríamos al pueblo en el que nació. Con muy pocas palabras me contó que tenía quince años cuando se los llevaron de allí; su hermana, diecisiete, y que ambos pasaron el primer proceso de selección. La madre no lo consiguió, porque en aquel momento tenía una enfermedad de la piel. A su padre se lo habían llevado ya unos meses antes a un campo de trabajo en el que desapareció. Olvidé sus rostros hace muchísimos años, me dijo, pero ahora han vuelto: los veo de una manera clarísima ante mí. Cumplí mi promesa y de camino a Cracovia nos desviamos de la autopista para ir a su pueblo, uno de los miles de pueblitos similares que hay en Polonia, y de los cuales hay decenas de miles en toda Europa. Nuestro autocar aparcó en la plaza principal, frente a la iglesia, la carnicería y la panadería. Les conté a los alumnos, tal y como lo había encontrado en la investigación, que la iglesia la había construido en honor a sí mismo el aristócrata propietario de las tierras en una época de abundantes cosechas, y que de paso aprovechó para juzgar y condenar a cinco judíos acusados de mezclar sangre de niños cristianos en los panes ácimos de la pascua judía. La sentencia condenatoria se ejecutó por medio de dos caballos a los que se ató a los condenados y que tiraron en direcciones opuestas. Y a pesar de ello, los judíos siguieron viviendo allí. Los aborrecían, los maltrataban, pero eran parte del paisaje. Yohanán apuntó con el dedo hacia un rincón alejado de la plaza, donde había estado la sinagoga. Descubrimos que ahora es una pequeña sucursal bancaria. Les indiqué el lugar del que había sido arrancada el arca sagrada. La cajera se puso muy nerviosa y se dirigió a nosotros en polaco visiblemente alterada. Uno de los chicos, de los que enseguida se calientan, le contestó, y casi tenemos un altercado, hasta el punto de que el director de la sucursal salió de su despacho gesticulando para pedir calma. Le expliqué en inglés que Yohanán había vivido allí, en el pueblo, y que aquel edificio fue un día la

sinagoga. Él pareció conmovido y le dijo bienvenido, bienvenido, pero su lenguaje corporal daba claras señales de que lo que deseaba era que nos fuéramos de allí. Yohanán nos llevó hasta su casa. Vi que buscaba algún rastro en los viejos árboles, en los patios, andaba dando traspiés por la estropeada acera, torció hacia otra calle, todavía más abandonada y sucia, se detuvo delante de una casita y dijo: es aquí. Vivíamos aquí. Nos asomamos a la ventana para intentar ver el interior, pero estaba oscura y parecía abandonada. Nadie respondió cuando llamamos a la puerta. Una de las profesoras lloraba. Los chicos rodearon a Yohanán y él les habló de su familia, de su hermana, de sus padres, ahogado en lágrimas y profundamente emocionado. Los chicos, apiñados a su alrededor, lo consolaban, las profesoras lo abrazaron. Allí se comportaron todos de maravilla. Cuando regresamos a la plaza de la iglesia vimos que algunos polacos nos observaban a cierta distancia. El director de la sucursal también salió afuera. A ese pueblo nunca llegan turistas y seguro que no se habían visto por allí judíos desde entonces. Uno de los presentes, que apestaba a alcohol, se nos acercó y empezó a hablarnos. ¡Cualquiera iba a ponerse a aclarar con un borracho mil años de historia! Le tendí un billete de unos cuantos zlotys, no fuera a pensar que los judíos son unos tacaños, y él los agitó en dirección a los demás. Nos fuimos de allí.

Al día siguiente, habiendo saldado ya mi deuda con Yohanán, nos dirigimos a Auschwitz. Hasta los niños más gamberros se ven asaltados por una especie de aprensión sacrosanta el día que visitamos ese lugar. La marca hace lo suyo. Yohanán estaba débil. Vi que le costaba andar y estaba inexpresivo. Su historia personal debía dar sentido a todos los lugares, los objetos y los edificios abandonados que fuéramos a ver durante ese día y yo esperaba que cumpliera con ello. Para empezar, como de costumbre, anduvimos visitando el primer campo: Auschwitz 1. A los estudiantes les costaba entender lo que era ese lugar, porque no había barracones de madera como los que habían visto en las fotos, sino edificios bien construidos, de hermosos exteriores, que en origen habían sido parte de un campamento militar polaco. Solo cuando se entra en ellos se ven las cámaras de tortura, los montones de cabelleras, las prótesis, la cámara de gas original y el crematorio. Yohanán me dijo algo turbado que nunca estuvo allí, que no se parecía en nada a lo que él recordaba. Lo tranquilicé confirmándole que así era, que él no había estado allí, sino en Birkenau. Dos alumnos lo acompañaban flanqueándolo por sendos lados, porque se le veía muy frágil y débil, pero él se empeñó en no apoyarse en ellos y ayudarse solamente de su bastón. Subimos al autocar y al cabo de dos o tres minutos llegamos a Birkenau. En un momento dado se abre ante uno todo el campo en su extensión, con

sus vallas electrificadas, los barracones, la vía férrea, el portón de entrada, todo tan real, aquí mismo, al alcance de la mano, el lugar en el que la humanidad fue asesinada. Vi que la mano de Yohanán tiritaba y que trémulamente balbuceaba algo. Al instante me di cuenta de que me había equivocado. No debí haberlo convencido. La memoria le había asestado un golpe demasiado violento. Los chicos se envolvieron en las banderas que llevaban y sacaron fotos del portón de entrada y de las vías que lo cruzan. Los llevé a la rampa, junto al vagón que está allí expuesto como ejemplo. Ahí es donde empiezo siempre mi charla. Aquí se llevaba a cabo la selección, a la izquierda, a la derecha, hacia allí se dirigían los destinados a la aniquilación inmediata, una media del setenta y cinco por ciento de cada envío, y el resto, los que eran considerados aptos para ser exterminados trabajando, iban a la izquierda, a los barracones, a desnudarse para después ser afeitados y tatuárseles el número. Veo el fuego, dijo Yohanán, mirando hacia delante, a lo lejos, hacia el final del camino. Cuéntaselo a ellos, le pedí. Los estudiantes se arremolinaron alrededor de nosotros esperando sus palabras. A mi madre se la llevaron hacia allí de inmediato, dijo temblando, tenía una erupción muy roja en la piel porque no teníamos agua para lavarnos. Cuando vimos el fuego que salía de la chimenea supimos que era mamá, nadie tuvo que contárnoslo. A nosotros nos llevaron hacia allí, y señaló con la mano hacia unos barracones que había al otro lado de las vías. Primero a mi hermana, después a mí. La vi de lejos, era más alta que yo. Y ya está. ¿Que qué hice allí, en los barracones, en las letrinas, en la cantera? ¿Eso me preguntas? ¡Y qué más da! A quién puede importarle. Ya sabía yo por qué no he querido nunca venir aquí. Que enciendan el fuego para que pueda tirarme a él. No hice nada que me diera derecho a vivir, niños, no dejéis que os cuenten tonterías. Es muy doloroso, ay, demasiado doloroso, dijo Yohanán, y ya no tuvo sentido empujarlo a hablar más, porque acababa de ofrecer su sacrificio al monstruo de la memoria. En ese mismo instante di por terminada la visita. No continuamos hacia los barracones ni llegamos a las ruinas de las cámaras de gas. Era como si su madre y su hermana se estuvieran asfixiando allí en ese mismo momento, convulsionándose, tornándose azules, meándose y cagándose encima; hasta puede que tuvieran la regla. A continuación los *sonderkommando* las sacarían de allí y les inspeccionarían la boca, les buscarían diamantes entre las piernas. Estaba pasando en ese preciso momento. Era imposible quedarse allí. El grupo estaba indignado. El director del colegio vino a hablar conmigo para ver si me ablandaba. Me propuso que alguien acompañara a Yohanán a la entrada y se quedara con él en el autocar mientras nosotros seguíamos con la visita. Subía un murmullo del grupo de chicos, se oían patadas de decepción contra el suelo; las

chicas llevaban puestas una especie de botitas y los chicos sólidas zapatillas de deporte, pero mi decisión era firme. Yo lo había llevado allí, y por eso era yo quien debía sacarlo de allí. Yohanán no iba a quedarse en Auschwitz ni un minuto más. Nos volvimos a Cracovia y al llegar al hotel el médico del grupo visitó a Yohanán y le suministró un tranquilizante, porque lo encontró muy alterado. Arreglé con la agencia de viajes que lo subiríamos al primer avión de la mañana que saliera de Cracovia para Varsovia y de ahí volaría de regreso a Israel. Y no se preocupe, que los chicos no se perdieron nada. Temprano por la mañana volvimos a Birkenau y terminamos la visita.

Odio -intenté explicarles en el barracón reconstruido como ejemplo, entre las banquetas- y maldad, también economía, economía, odio y maldad, eso es lo que aquí pasó. Era la primera vez que me permitía apartarme del guion fijado para ellos, el que siguen todos los guías, así que me temblaba la voz. Aquí fue borrado el espejismo llamado hombre. Miraos a vosotros mismos, a vuestros compañeros. ¿Qué es lo que sois? Un pedazo de carne. ¿Alguna vez habéis cocinado carne de vaca? ¿Habéis visto los tendones, los vasos sanguíneos y los tejidos? ¿Habéis frito pescado? ¿Le habéis sacado las tripas? ¿Le habéis visto los ojos muertos? Porque eso mismo es lo que sois vosotros. Y si hay algo dentro de vosotros que no sean las entrañas, es deseo sexual y mala inclinación, gusanos con aspiraciones. Pero en nombre de la economía aprovecharemos la energía que queda en vosotros. No sois unos negros fornidos acostumbrados a trabajar y por eso vuestro deterioro será rápido, triste y ridículo. Vuestra existencia hiere la tierra, vuestro aspecto y vuestra sibilina habla son una ofensa para la humanidad. Me miraban asustados. ¿De qué lado estaba yo? ¿Y qué eran esas espantosas palabras que salían de mi boca? Tenía que conmocionarlos. No podía seguir con nuestras comedidas explicaciones, tan deplorables, carentes de clamor. Continuando el recorrido nos detuvimos en las ruinas de los edificios del exterminio 1 y 2, a escasamente un kilómetro de la rampa. Llegaban hasta allí a pie. El pesado equipaje lo dejaban atrás, al bajar de los vagones. Entre el setenta y cinco y el ochenta por ciento de las personas de cada envío fueron aniquiladas allí de inmediato. Hay que entenderlo. La historia de los que quedaban con vida es una nota marginal. La verdadera historia es la de los muertos inmediatos que no fueron constatados, que no fueron registrados ni tatuados. Venga, directamente a las cámaras. Estoy allí frente a los chicos, sobre la sala subterránea en la que se desnudaban las víctimas y que tiene el techo pelado, como la postilla de una herida que hubiera sido arrancada, y debajo ruge la podredumbre, y perpendicular a esa sala está la cámara de gas, un rectángulo inmenso. Todo sigue clamando, allí. Esos ladrillos nos gritan. ¿Cómo no lo veis? Ahí está mamá, ahí el abuelo, el nieto, por

aquí se baja la escalera, ahí están los percheros, los bancos y los letreros que indican por dónde se va a las duchas; los miembros de los *sonderkommando* se movían entre ellos prometiéndoles bizcocho y bebida caliente para después de la ducha. Un golpe de los alemanes por aquí, otro por allá, con las porras, cuantos menos, mejor, no fuera a ser que se produjera un tumulto y entonces la operación resultara más complicada, hicieran falta más recursos humanos alemanes y todo el asunto resultara menos ordenado y limpio, porque se derramaría sangre. Y yo no podía gritar todo eso, sino que tenía que limitarme a exponer los hechos, a presentarlos ante ellos con comedimiento, en medio de un duelo contenido.

A veces, cuando el tiempo meteorológico lo permitía, seguíamos andando hasta los edificios nuevos destinados a funcionar como cámaras de aniquilación y construidos en 1944 para ocuparse de la descomunal frecuencia de trenes llegados desde Hungría. Era como hacer una excursión por un parque natural: las aves acuáticas nadaban en los pequeños pantanos, los inmensos árboles se mecían majestuosamente empujados por el viento, multitud de florecillas silvestres engalanaban la hierba primaveral. Naturaleza en estado puro. Los alemanes y los judíos que formaban los *sonderkommando* y el personal encargado del exterminio, todos estaban aquí desconectados del mundo. Dos o tres veces al día llegaban los transportes con la gente. Se desnudaban, eran apiñados en las cámaras de gas, mil personas de golpe. Llegaba un vehículo de la Cruz Roja, un alemán se apeaba de él y lanzaba dentro de la cámara una lata de Zyklon B. Veinticinco minutos duraba allí dentro el proceso de la matanza. Cuando abrían la puerta de acero, los cuerpos estaban enmarañados los unos en los otros, desfigurados, sucísimos, el suelo lleno de sus secreciones. A toda prisa limpiaban aquello los esclavos judíos, desalojaban el envío ya muerto, les rebuscaban en las bocas, cortaban el cabello de las mujeres (y eso como elemento claramente diferenciador del resto de los campos, en los que el pelo se cortaba antes del asesinato), y los depositaban en los hornos siguiendo el método de mujer gorda junto a hombre delgado, o mujer-niño-hombre, porque era muy importante que hubiera suficiente grasa como para que ardiera todo el cupo. Durante el día había unos cuantos picos de trabajo organizado como ese, pero la mayor parte del tiempo, después de que los aniquilaran e hicieran desaparecer todos los restos, mientras esperaban el siguiente envío, reinaba en ese lugar la bucólica naturaleza europea y quedaba tiempo libre para comer y descansar.

En todas partes cantaban los chicos el himno nacional de Israel. En Treblinka frente al monumento conmemorativo, en Auschwitz en la plataforma de llegada, en los lugares de ejecución en los bosques, y en

el búnker de Anielewicz de la calle Mila 18. Normalmente cantaban envueltos en la bandera. Le pregunté con mucho tacto a una de las profesoras que había organizado uno de los viajes si no se podría abreviar un poco esa parte. Se produce una banalización del himno con eso de cantarlo dos o tres veces al día, decenas de veces a lo largo de todo el viaje, le dije. Pero ella me miró atónita. Eso es lo que los consuela, respondió, es nuestro cántico de la victoria. ¿Qué nos queda, sin eso? La desesperanza. Y no queremos que vuelvan a Israel desesperanzados. Queremos infundirles esperanza. No quise discutir sobre ese tema. Podía, pero no tenía sentido. Ella estaba en lo cierto.

No odiaban a los alemanes, los chicos de mis grupos. En absoluto. Ni siquiera se aproximaban a eso. Los asesinos apenas existían en la narrativa que se habían formado para sí mismos. Cantaban canciones melancólicas, se envolvían en las banderas y rezaban por las almas de los asesinados, como si lo sucedido hubiera sido una fatalidad caída del cielo. No alzaban jamás un dedo acusador contra los asesinos. Odiaban mucho más a los polacos. Cuando daban vueltas por las calles de las ciudades y los pueblos y tenían contacto con la población local, la insultaban entre dientes, por los pogromos que habían llevado a cabo, por su colaboracionismo, por su antisemitismo. Pero a las personas como los alemanes nos cuesta odiarlas. Obsérvense las fotografías de la guerra. En honor a la verdad tenían un aspecto glamuroso con esos uniformes, montados en sus motos, tan serenos, como los modelos de los carteles publicitarios. A los árabes no les perdonaremos jamás el aspecto que tienen, el que nunca luzcan un afeitado perfecto, que lleven esos pantalones pardos y acampanados, que tengan las casas sin encalar, que las aguas fecales fluyan por sus calles y que los niños estén siempre con legañas en los ojos. El aspecto europeo, en cambio, es tan lucido y tan pulcro que dan ganas de imitarlo. Esa es una cuestión. Otra, que fue planeada por los alemanes intencionadamente y que derivó en un completo éxito, es que el asesinato masivo se cometiera en tierra polaca, para que Alemania permaneciera hermosa, limpia y ordenada. La porquería fue arrojada hacia el este, hacia los lugares apartados en los que la materia orgánica pudiera pudrirse sin que la pestilencia molestara al progreso y la cultura. Los sofisticados turistas pueden visitar Dachau, la explanada de los desfiles de Núremberg o el estadio olímpico de Berlín, pero la cuestión verdadera, la sádica y que más atrae, está en el este, donde un turista perspicaz todavía puede ver algún hueso asomando de la tierra durante la estación de las lluvias. En la Selva Negra, a donde van nuestras familias a solazarse durante las vacaciones, la tierra permanece limpia. Así lo planearon los alemanes. Y ¿qué otra cosa puede decirse, excepto que lo consiguieron? La tercera cuestión es, por supuesto, la ingente cantidad de dinero que

han pagado al Estado de Israel y todos los demás favores que le han concedido y que ayudan a olvidar. Y un asunto añadido más, que se ha infiltrado en mí poco a poco a lo largo de los últimos años, es la admiración velada que provocan el hecho del asesinato, la determinación, la idea misma, el atrevimiento, el último y extremo episodio de crueldad tras el cual solo hay silencio. Le ruego que no infiera de todo esto que llegué a odiar a esos chicos. Veía en ellos el fiel reflejo de mí mismo al revelarles todo lo que se me pasaba por la cabeza y que no me permitía hallar reposo. Procuré solventarlo con más conocimientos. En todos los grupos había unos pocos chicos de mirada sensible e inteligente a los que intentaba instruir con mayor precisión. Les contaba a través del micrófono la nostalgia de los alemanes por las amplias extensiones de los verdes campos llenos de plantaciones que se veían a través de las ventanillas del autocar, o de las añoranzas de los dorados días de los caballeros teutones en Oriente y de su deseo de regresar a las ciudades que habían erigido, de volver a ser una nación de campesinos y guerreros, de mujeres maternales, fértiles y fuertes. La mayoría de los alumnos armaban mucho jaleo y ni siquiera me oían. Tenían los rostros volcados sobre los teléfonos móviles mientras se escribían mensajes o jugaban a algo; solo unos pocos escuchaban mis palabras. Siéntate, descansa, me dijo en una ocasión el director de un colegio, apiadándose de mí al ver lo mucho que me esforzaba, es más de lo que necesitan saber. Según el protocolo, lo que yo debía hacer todas las noches en el hotel era mantener una conversación íntima con ellos para deliberar juntos sobre las duras vivencias del día. Pero estaban agotados y deseosos de un poco de tiempo libre, por lo que solo el temor que sentían hacia los profesores y la gravedad del tema los mantenían allí presentes. Eran sobre todo las chicas las que hablaban durante esas veladas, acerca de sus sensaciones y de la tristeza que habían sentido a lo largo del día, mientras los chicos callaban, la cabeza gacha, a la espera de que aquello terminara ya de una vez. Tengo que reconocer que todo eso no se me daba nada bien. Aparentaba estar asumiendo sus sentimientos y asentía muy serio a los comentarios, pero en realidad estaba deseando llegar a mi oscuro rincón del bar para terminar allí el día. No creía en absoluto en lo que los muchachos decían en esos escrutinios públicos de los sentimientos. Mis oídos se inclinaban más por escuchar las conversaciones que mantenían a escondidas, al otro lado del decorado de las ceremonias, entre los asientos del autocar o alrededor de la mesa a la hora de las comidas. Allí era otra la manera de pensar, el orden del día muy distinto; las ideas saltaban a la palestra del habla en cuanto salían del cerebro, pasando por entre los dientes en forma de sílabas. Los asquenazíes -oí en varias ocasiones-, que son los padres de los izquierdistas, no fueron capaces de defender a sus mujeres y a

sus hijos y colaboraron con los asesinos. No son hombres de verdad, no saben devolver los golpes, tienen miedo, son unos gallinas, ceden ante los árabes. Los oí alegrarse por el mal ajeno y también los oí hablar entre ellos y decirse que aquellas no eran unas víctimas inocentes, que hubo una razón por la que los habían matado, porque mirad lo que les han hecho ellos a los judíos de los países árabes y a los sefardíes, a nadie le gustan esas víboras. Sí, también oí comentarios de ese tipo, señor presidente, no le puedo mentir. Habría que estudiar este fenómeno, añadí, para zanjar de una manera académica el tema y seguir adelante. Personalmente tengo solamente un cuarto de asquenazí, así que no tengo motivos para ofenderme, aunque para ellos tenga solo tres cuartos de hombre. ¿Pero de dónde habrán sacado ese desprecio? Fue solo unos años más tarde cuando aprendí que en los lugares en los que hay odio, crece el odio. En una de las visitas a Birkenau empezó un alumno gordo y de mirada torva, con las mejillas moradas de frío, a grabar Muerte a los izquierdistas en la pared de madera del barracón de las mujeres. Un profesor atento a todo se dio cuenta y evitó que siguiera con ello. Los compañeros del chico lo consolaron y le dijeron que cuando llegaran a Israel lo ayudarían a completar la tarea. Estaban envueltos en la bandera de Israel, llevaban kipás y pasaban por entre los barracones destilando odio, no contra los asesinos, sino contra las víctimas. Resultaba difícil de entender. Aquellos chicos permanecieron callados en la conversación de la noche en el hotel, y a pesar de ello los entendí a la perfección, de verdad, por completo.

Entre tanto avancé mucho en mi carrera académica. Ya casi era doctor. Tenía muy buenas referencias de los directores de los colegios. Dominaba perfectamente el tema de los campos de concentración. Era un agente de la memoria fiel y diligente. Guiaba a un grupo tras otro, sin tregua, y apenas si pisaba Israel. Rut se acostumbró y se hizo a la idea de que criaría sola al niño, hasta que nos estabilizáramos económicamente. Teníamos muchísimo miedo de caer en la pobreza y los viajes guiados nos llenaban la cuenta bancaria. Tras demostrar lo bien capacitado que estaba para guiar a grupos escolares, pasé con éxito las pruebas de la comisión para guiar a grupos del ejército de Israel y de los Cuerpos de Seguridad del Estado. Era mucho más fácil llevarlos a ellos. Se presentaban vestidos de uniforme, disciplinados, no interrumpían y escuchaban en silencio lo que se les explicaba. Cuando escuché a escondidas lo que decían, no oí nada interesante. Echaba de menos los parloteos subversivos de los chicos. En la vieja y hermosa sinagoga de Tykocin, cuyos judíos vieron segadas sus vidas en el cercano bosque, se dejaban puestas las boinas y pronunciaban una oración por la paz del Estado de Israel, padre que estás en los cielos, roca de Israel y redentor, bendice al Estado de Israel, brote

primigenio de nuestra redención. Resultaba muy bonito. Me habría gustado rendirme uniéndome a esa oración, pero Dios no estaba allí, de eso estaba seguro, y si estaba, era un dios de mierda, mierda de padre que estás en los cielos, mierda grande, y al final solo contestaba con ellos, amén. A la entrada del bosque de los niños, a las afueras del pueblo de Tarnów, un miembro de la orquesta del ejército de Israel toca la trompeta ante las tres filas de caminantes. Allí los alemanes dispararon contra diez mil personas, la mayoría judíos y una minoría de intelectuales polacos, y entre todos ellos se encontraban ochocientos niños pequeños del orfanato judío. Les expliqué el método de matar empleado en aquel lugar que precedió al organizado sistema de aniquilación de los campos de exterminio. No era nada estético. La sangre salpicaba en todas direcciones, los cuerpos se retorcían, quedaron muchísimas pruebas de ello sobre el terreno. El contacto era demasiado íntimo y se desperdició muchísima munición. Eso fue lo que empujó a los alemanes a construir los campos, en los que el sistema se parecía mucho a los utilizados en el control de plagas o a los de la desratización, además de que podían emplear en ellos a esclavos judíos para que se ocuparan del trabajo negro. El trompetista tocaba una melodía triste pero agradable y un cantor militar leyó la oración «Dios lleno de misericordia»; después cantaron todos el himno nacional y unas oficiales depositaron en el suelo unos ositos de peluche para contentar a los niños. Estos oficiales tampoco odiaban a los alemanes. En sus discursos, los asesinos no tenían ni rostro ni idioma, sino que parecían haber caído del cielo. No hemos venido a clamar venganza, decían los comandantes en sus discursos siempre invariables, y ante ellos permanecían en silencio las tres filas de oficiales enfundados en sus uniformes de gala. Si hubierais servido entonces en el ejército, supongamos que en acorazados, o en el mantenimiento de aeronaves, o en el cuerpo de intendencia, o en un búnker del servicio de inteligencia electrónica, y vuestra querida patria se encontrara en guerra con sus enemigos de todos los flancos, ¿habríais desertado si hubierais sabido que en un lugar lejano y perdido, en el este, se estaba llevando a cabo este tipo de trabajo sucio? Seguramente no, me respondí a mí mismo. Yo estoy seguro de que no habría desertado. Una vez, en Birkenau, en un día de verano especialmente caluroso, después de haber guiado a muchísimos grupos militares, me sentí deslumbrado por el sol, no había tomado suficiente agua y se me nubló la vista. Estaba allí de pie ante ellos, junto a las ruinas del campo de exterminio, mientras las preguntas del interior de mi cabeza me torturaban hasta que consiguieron abrirse paso. ¿Quién habría desertado?, se me escapó por la boca. No se alzó ni una sola mano. Estaban confusos, se les notaba en la cara. Las hermosas oficiales subalternas se miraban unas a otras como si se preguntaran,

¿pero qué es lo que quiere de nosotros? Y entonces no pude dominarme y les planteé una nueva pregunta: si supierais que un día os ibais a levantar para descubrir que vuestros enemigos eternos y odiados habían desaparecido de la faz de la tierra sin que vuestras manos se hubieran manchado de sangre ni vuestros ojos hubieran visto ni un solo cadáver, ¿quién de vosotros lo lamentaría? No se levantó ninguna mano. El comandante del grupo, un coronel, vino hasta mí y me susurró al oído, no han entendido tu pregunta. Los confundes. Es inadmisible lo que estás haciendo. El campo giraba a mi alrededor, las copas de los árboles, los barracones, el cemento. ¿Qué es lo que estoy haciendo? ¿Qué estoy haciendo? No era mi intención conducirlos a ese callejón del horror, porque era solo yo el que estaba sentenciado a permanecer en él. Después de la cena, en el hotel, durante la charla en la que resumíamos el día, me disculpé ante ellos por mis palabras. Les dije que había sufrido un golpe de calor, que me había dejado llevar por los sentimientos porque libraba mi propia lucha interior. Soy un hombre débil, les dije, y lo pensaba de verdad. Quería resarcirlos, me daba terror quedarme sin ellos, y tanto exageré con las disculpas que el comandante se levantó, me vino a dar unas palmaditas en la espalda y me dijo, no te preocupes, es agua pasada, ya está olvidado. Y hasta donde yo sé, nunca informó a nadie sobre este incidente.

Con toda seguridad recordará usted que en cuanto hube obtenido el título de doctor me hizo llamar a su agradable despacho del edificio de piedra. Me dijo que había leído mi investigación y que le había impresionado muy gratamente por su precisión y porque me mantenía apartado de la maldición de los sentimientos, que mi trabajo abría una vía interesante para una cabal comprensión del proceso de exterminio. Añadió que les gustaría publicar la investigación en formato de libro, para lo que naturalmente sería necesario que pasara por un proceso de edición, con el fin de adaptarlo a un público más amplio. Sentado allí frente a usted sentí un profundo agradecimiento. Mantuvimos una larga conversación durante la cual usted quiso oír mi opinión sobre algunos temas. Dijo que deseaba aportar sangre nueva a la investigación, que hay muchísimos temas que están esperando a la persona apropiada, pero que lamentaba no tener plazas disponibles y por ello no poder ofrecerme jornada completa. Añadió que estaría encantado, sin embargo, de que colaboráramos de manera continua, porque había estado buscando a alguien exactamente con mi perfil, alguien dispuesto a investigar en profundidad y que a la vez gozara de buenos conocimientos sobre el terreno. Salí de su despacho casi flotando. Ya al día siguiente tenía que volver a guiar un grupo en Polonia, aunque me dio tiempo a pasar por casa y acompañar a Rut a recoger a Ido de la guardería. Luego fuimos a un café. Recuerdo cada

minuto de ese día. Rut me dijo: nunca te había visto tan feliz.

Unas cuantas semanas después de esa reunión me pidió usted, por mediación de uno de sus directores de sección, que acudiera a visitar la excavación arqueológica del campo de exterminio de Sobibor. Me concertaron ustedes una cita con el arqueólogo israelí que estaba al frente de dicha excavación en el marco de un proyecto internacional. El hombre me pidió que le aclarara algunos puntos, porque a nadie le gusta que le pisen el terreno y porque quería asegurarse de que yo no iba a publicar ninguno de sus hallazgos sin tener antes permiso expreso para ello. Partí hacia allá a la primera oportunidad que se me presentó, entre dos de mis viajes como guía, en un coche que alquilé en Varsovia. En anteriores ocasiones había ido en autocar, con chofer, mientras que ahora era yo el que conducía, y disfrutaba de ello. Al este de Lublin el paisaje cambió. Los pueblitos y las granjas eran cada vez menos numerosos y las grandes extensiones de fértiles campos dieron paso a zonas pantanosas. La vegetación se espesaba a mi alrededor. Ese bosque primitivo de Europa ensombrecía la carretera con sus elevadas copas. Torcí a la derecha en el punto en el que un letrero indicaba Sobibor y recorrí una distancia mucho más larga de la que recordaba de mis viajes anteriores. Llegué a una aldea de casas de una sola planta con gallinas y cerdos a sus puertas. Allí fuera no se veía un alma, aunque era día de diario. Ya estaba llegando tarde a la cita que había concertado con el arqueólogo, y yo jamás me retraso. La carretera terminaba al final del pueblo y se convertía en un estrecho camino de tierra. El camino que yo recordaba que llevaba a la excavación no tenía ese aspecto. Programé el navegador y este se empeñó en indicarme que continuara por allí. Me apeé del coche para intentar entender adónde había llegado. Se abrió una puerta y un hombre salió al patio de la casa más próxima, con el rostro típico de un polaco bronceado por el trabajo a la intemperie, los pantalones anchos y con aspecto de acabarse de despertar. ¿Sobibor?, pregunté. A lo que él respondió: ¿Al museo? Su mujer también salió, con un vestido de flores, y se quedó mirándome. Empezaba a llover. El polaco me hizo señas para que continuara por el camino de tierra. Le di las gracias. El camino era malo, lleno de baches y socavones. Si ese era el camino, no lo habían mejorado desde la guerra y desde luego que no estaba hecho para un coche tan pequeño como el que yo había alquilado. Normalmente cerraban los campos de concentración en un amplio radio a la redonda. Porque ¿quién llegaba allá en coche? Solo los miembros de las SS que regresaban de sus permisos y vacaciones o los que se incorporaban al campo por primera vez. Todos los demás -las víctimas- llegaban en los trenes. Los vigilantes ucranianos no salían nunca a ningún lado. En sus ratos libres iban a los bosques y se emborrachaban alrededor de una hoguera. Es posible que este sea el

camino, intenté convencerme a mí mismo; quizá es que en el autocar no se notaba tanto el bamboleo provocado por el estado del camino como se notaba en un pequeño vehículo de alquiler. El teléfono se quedó sin cobertura y pasó a indicar que no había antenas de repetición en las proximidades. Un zorro cruzó a toda velocidad por delante de mí. A continuación pasé por un puentecillo y vi las vías del ferrocarril. Respiré aliviado. El camino corría a lo largo de la vía unos cuantos cientos de metros más, así que seguí por él hasta que llegué a la estación de ferrocarril de Sobibor, que tan bien conocía. Un poco más allá de la estación, al otro lado de la vía, estaba la rampa. Aparqué el coche y abrí el paraguas. No se veía a nadie en las inmediaciones. Tomé un sendero que lleva al lugar en el que estuvo el campo de exterminio y que es completamente diferente de Auschwitz y de Majdanek, porque no hay alambradas, ni ruinas, sino el agradable aroma de las coníferas bajo la lluvia. Lo que sucedió aquí se encuentra bien oculto bajo tierra. Los alemanes destruyeron el campo y araron el terreno a fondo. Pero mi ojo estaba educado para recolocar sobre la extensión abierta todos los artilugios y edificios: ahí estaba la marquesina bajo la que se desnudaban y les cortaban el pelo, más allá el lugar en el que almacenaban el botín requisado, y aquí empezaba la Himmelstrasse, el camino hacia el cielo, en el que metían prisa a la gente para que corrieran desnudos hacia la cámara de gas. Ahora había allí unos cuantos obreros polacos, ataviados con unos ponchos impermeables, fumando, y junto a ellos sus herramientas, unas palas, unas carretillas y unos pequeños cedazos. El arqueólogo, con barba, se encontraba a cierta distancia de ellos, muy circunspecto. Enseguida me gustó. Aliviado, lo saludé en hebreo. El arqueólogo me respondió con parquedad que se alegraba mucho de verme, pero que como llevaban un buen rato esperándome bajo la lluvia ya no disponíamos de mucho tiempo. Me disculpé y le conté lo del mal estado del camino. El arqueólogo vino hacia mí con sus pesadas botas de trabajo y me mostró un terreno que se abría entre los árboles: un rectángulo grande en cuyo fondo se veían los cimientos de unos muros, de tan solo unos pocos centímetros de altura, que por su ubicación, la clase de materiales de construcción y los resultados del laboratorio eran los cimientos de la cámara de gas. Se trataba de un hallazgo sensacional en sí mismo, y con mayor razón para los que como nosotros nos ocupamos del tema, porque clarificaba por primera vez la estructura de ese campo. No era por casualidad por lo que usted me había enviado allí. Ahí tenía lugar la última etapa del proceso. Las mujeres y los niños por un lado, los hombres, por otro. Se cerraba la puerta y arrancaban el motor que haría fluir hacia el interior el monóxido de carbono. Yo tenía muchísimas preguntas, pero la lluvia arreciaba y los obreros polacos fumaban impacientes, deseosos de montarse en el

vehículo que ya los estaba esperando. Lamento que no tengamos más tiempo, dijo el arqueólogo, pero ya lo ve, por hoy han terminado su jornada. Lo hemos estado esperando durante muchísimo rato. Podrá hablar usted conmigo por teléfono. Pronto cerraremos la excavación, hasta la primavera. Aquí es imposible trabajar en invierno. Los obreros subieron al minibús. Me voy con ellos, dijo el arqueólogo. ¿Se las va a arreglar? ¿Tiene cómo volver? Asentí. El minibús partió. Me sorprendió que dejaran la excavación sin vigilancia, aunque en realidad ¿quién iba a ir por allí con esa lluvia y qué había para robar? Ahora solo estábamos allí el bosque y yo, y la memoria. *I'm singing in the rain*. Me entraron unas ganas repentinas de bailar, porque el terror se había apoderado de mí. La tierra estaba removida por la lluvia. Apreté el paso en dirección al coche, para marcharme cuanto antes. Esperaba encontrar el camino que recordaba de otras veces y no tener que volver por el que estaba en tan mal estado. Pero este último fue el único con el que di. Encendí los faros, porque de la luz del día no quedaban más que los restos en las copas de los árboles. El coche recibía un golpe tras otro por los socavones del camino. En la radio no se oían más que ruidos y la imaginación me llevó a oír los cantos de los ucranianos en el bosque asando carne al fuego y emborrachándose para celebrar la cosecha de asesinatos del día. De un momento a otro me vendría de frente un vehículo de las SS, un Mercedes o un Opel, para devolverme al campo. Ahora lamentaba no haberle pedido al arqueólogo que me esperara. No era bueno estar solo en ese bosque. Fue solo cuando llegué a la carretera asfaltada y vi el letrero que señalaba hacia Lublin, cuando me volvió el alma al cuerpo. Aunque seguía sin tener la sensación de haber llegado a puerto seguro. En absoluto. Al día siguiente mismo ya le envié a usted un informe sobre la visita -«preliminar» lo llamé-, y le recalqué que le enviaría la continuación. En aquel momento me encontraba en ascenso hacia la cumbre.

El corrector editorial de Yad Vashem que se ocupaba de mi libro me propuso que añadiéramos algunas fotografías. Habíamos invertido no pocos esfuerzos en adaptar la tesis doctoral, una investigación muy pormenorizada y llena de notas, hasta convertirla en una obra adecuada para un público más amplio. A la gente le gusta detenerse a descansar un poco mirando unas fotos cuando lee estos estudios, me explicó, ver a los personajes con sus propios ojos, entender de quién se está hablando. Había muchísimas fotografías del periodo que siguió a la derrota de Alemania, de cuando los campos fueron liberados, de los montones de cadáveres, de los esqueléticos prisioneros y otras de ese estilo. Pero ni el corrector editorial ni yo nos referíamos a esas fotografías, sino a las que fueron tomadas durante todo el proceso en los mismos campos, y estas eran muy escasas. De Belzec, por ejemplo,

donde fueron asesinados más de quinientos mil judíos el mismo día de su llegada al campo a lo largo de un periodo de diez meses, había unas cuantas fotos muy extrañas que estuve escudriñando largamente con ayuda de una lupa, hasta conocer de ellas cada detalle. En una aparecía de pie el miembro de las SS Rudolf Kamm, vestido de uniforme, los brazos cruzados sobre el pecho, con una incipiente calva, guiñando los ojos a causa del sol y plantado ante una fila de barracones de madera. Por la corta y oscura sombra que proyecta, se sabe que la hora era la del mediodía de un día claro, y detrás de él hay una mujer con un vestido oscuro, la cabeza cubierta con un tocado del tipo del que llevan las mujeres judías ortodoxas y que mira fijamente a la cámara. Lleva puestos unos zuecos y tiene al descubierto las pantorrillas. No parece estar asustada y a unos pocos metros de ella, a la puerta de una de las barracas, hay un hombre vestido de paisano, con unos pantalones, una chaqueta y una gorra, que también mira a la cámara. En la fotografía forman una especie de triángulo, aunque no queda claro qué relación hay entre ellos ni se sabe si el nazi consintió que esos dos personajes se colaran en la foto detrás de él, a pesar de que el fotógrafo, sin duda, tuvo que verlos, y si eso es así, ¿por qué en lugar de ordenarles que se apartaran le pareció bien inmortalizarlos también a ellos? La cuestión parece clarificarse, aunque solo sea en parte, con la ayuda de otra fotografía, sacada esta también a la puerta de uno de los barracones de madera en los que vivía el cuadro directivo del campo de exterminio de Belzec, y en la que se ven cinco figuras: según parece unos judíos bien vestidos, como si hubieran sido sorprendidos por la lente paseando un sábado cualquiera. Son, probablemente, unos miembros de los *sonderkommando* en su día de descanso, o por lo menos esa es la interpretación que se le ha dado a esa fotografía durante años. Pero esa explicación creo que no se sostiene, o me hace dudar, porque parecen estar tan tranquilos, su postura ante la cámara es casi de serenidad, aunque por otro lado cuadra con los testimonios de los supervivientes cuando hablan de los *sonderkommando* de otros campos, y que nos cuentan que en eso es en lo que se había convertido su mundo, que se veían obligados a servir en él y a acomodarse a la situación según las nuevas reglas establecidas, que no podían ser ni contestadas ni cambiadas. Y aun así dudé antes de enviarle esas fotografías al corrector editorial y le advertí de que no sabía con certeza quiénes eran los fotografiados, a pesar de todas mis pesquisas. De Majdanek le mandé unas cuantas fotografías de los trabajos forzados, de prisioneros empujando con las manos vagonetas cargadas de rocas; unos prisioneros a los que, desde lejos, resulta difícil verles la expresión de la cara. Adjunté también unas pocas fotos de las más famosas del álbum de Auschwitz, hechas por los fotógrafos de las SS

con un propósito desconocido, pero que ilustran las vicisitudes por las que pasa uno de los envíos llegados de Hungría desde el momento en el que bajan del tren, pasando por la selección, hasta que están esperando junto a las cámaras de gas. Esas fotos también las estuve examinando durante horas con una lupa. La ropa, los senderos, las vallas, los rostros de las víctimas, los hermosos niños que andaban por sí mismos o a los que llevaban en brazos, las mujeres con pañuelos a la cabeza y los hombres cubiertos con sombreros. Intenté establecer con precisión la localización y el número de los miembros de las SS y de los esclavos judíos que esperaban el envío para meter en los camiones los equipajes destinados a la sección del campo llamada Canadá. Comprobé cuántas personas eran enviadas a la izquierda, hacia los trabajos forzados, y cuántas a la derecha, hacia una muerte inmediata. Mis ojos no se cansaban de observar la inocente forma de la casa, con sus bonitas tejas, en la que se llevaba a cabo el crimen, el patio delantero, las ventanas y la chimenea. Una por una repasé a las personas que aguardaban su turno ante la casa con los árboles del bosque a sus espaldas, en un intento por que me proporcionaran alguna pista: ¿sabrían lo que les aguardaba allí dentro o estarían engañados por las mentiras acerca de lo de la ducha, la comida y el trabajo? Anoté toda clase de detalles valiéndome de diferentes colores y de gráficas y reflexioné largamente sobre ellos, al tiempo que escribía mis cavilaciones. En el álbum de Auschwitz hay sesenta fotografías y me las sabía todas de memoria, como si hubiera estado en el lugar en el que fueron tomadas. Escogí las más importantes para incluirlas en el libro. Me atraían especialmente las imágenes que mostraban los momentos de asueto del personal del campo, como las fotos de los miembros de las SS en Sobibor, de los que conocemos todos los nombres y que posaban ante la cámara tan sonrientes y tranquilos, con las granadas y las pistolas al cinto, vestidos con los elegantes uniformes de Hugo Boss, unas personas de muy buen aspecto, como unos jodidos dandis. Al lado del personal de Sobibor, el de Belzec parece una extraña caterva de deformes y psicópatas. Puede que sea culpa del fotógrafo, o quizá del ángulo de visión. Estos fueron fotografiados sobre el fondo de la casa del comandante del campo: los oficiales delante y los soldados detrás, todos enfundados en unos abrigos claros, excepto uno, que viste un abrigo negro y que luego fue identificado como el chofer del comandante. También se ve una bicicleta apoyada en el muro de la casa. Me sé todos sus nombres. No he encontrado diferencias significativas en las biografías y en las cualificaciones entre el personal de Sobibor y el de Belzec, de manera que hay que suponer que la diferencia entre las fotografías radica en la profesionalidad de los fotógrafos o en sus deseos de complacer a los retratados. Envié también algunas fotos poco corrientes de los campos

satélites de Auschwitz, en los que se ve a esclavos judíos con sus uniformes de rayas, y le marqué al corrector editorial una que me atrae especialmente, tomada en la fábrica Siemens para la fabricación de componentes electrónicos, que funcionaba cerca de Auschwitz. En ella se ve a unos judíos junto a la cinta de producción, parte de los cuales están agrupados como si debatieran sobre un problema profesional que les acabara de surgir, y si no fuera por las cabezas rapadas y la extrema delgadez que se adivina bajo los uniformes de rayas, podría creerse que se trata de un día corriente en la fábrica. Todos los esclavos fueron fotografiados de espaldas, no se les ve la cara, pero al fondo de la sala aparece fotografiado de frente el director de planta alemán, con traje y corbata, conversando con uno de los que visten pijama de rayas, las manos a la espalda, como si el judío se hubiera acercado a él para pedirle una subida de sueldo o vacaciones. Intenté averiguar el nombre del alemán y qué suerte corrió después de la guerra, pero sin éxito. Seguro que hizo carrera y fue ascendido en la confederación de empresarios. Además le envié al corrector una serie de fotografías de otra clase, que también me atraían, y en las que se ve a la comandancia de la Solución Final en distintos actos públicos y sociales, como por ejemplo a Hans Frank, gobernador general de Polonia, abogado de profesión, recibiendo a Heinrich Himmler en el castillo de Wawel, en Cracovia, sede histórica de los reyes polacos. Están sentados a una mesa, los dos de uniforme, y tienen ante sí sendas tazas de porcelana, de café o de té, unas pequeñas copas de licor, unas cucharillas de plata y una caja cerrada en forma de trapecio, quizá una bombonera que Himmler habría llevado como obsequio, y parecen estar disfrutando de ese rato juntos. Tenía también muchas fotografías de Himmler visitando los distintos lugares de su imperio en un descapotable, con su sonrisita de ratón. Se ha dicho de él y de Adolf Hitler que no les gustaba demasiado permanecer en los despachos y que ambos preferían estar sobre el terreno, fuera, al aire libre. Era adicto a esas fotografías, desde el más importante, el que pronunciaba los discursos, hasta el más pequeño, que hostigaba con el látigo a las víctimas que iban al encuentro de la muerte, porque en ellas se les veía a los dos desinhibidos, serenos en su papel y muy seguros de sí mismos.

Treinta alemanes (incluidos los que estaban de permiso), ciento cincuenta ucranianos y seiscientos judíos, ese era el personal que ejecutaba el exterminio en Treblinka, les explicaba yo a mis grupos. Esas eran las proporciones también en los demás campos de exterminio, y me preparaba para observar la cara de asombro que ponían. Si los judíos se hubieran rebelado enseguida negándose a colaborar, no habría sido posible poner en marcha la operación con tanta facilidad, les decía. Los alemanes habrían tenido que emplear

muchos más recursos humanos y quizá se habría podido retrasar todo un poco. Nadie puede saberlo con certeza. Les leía a los niños y a los soldados la carta que a Himmler le envió Odilo Globocnik, quien desde Lublin presidió los campos de la operación Reinhard, después de haber asesinado en ellos a más de dos millones de judíos, y en la que parece dejar claro que consiguió hacer su trabajo con la ayuda de un personal alemán tan reducido que los propietarios de la famosa industria alemana se interesaron por el método de trabajo tan efectivo que había desarrollado. Les hablé del miedo paralizante y del conocido síndrome de indefensión aprendida, y de cómo les había pasado lo mismo a los millones de curtidos soldados soviéticos que cuando cayeron prisioneros apenas se rebelaron. Fue el instinto animal de sobrevivir a cualquier precio lo que movió la maquinaria y la resignación del ser humano ante el empuje de un poder irrefrenable. En eso se basó el método alemán. También yo me habría comportado así, les dije, y vosotros lo mismo, según parece. Todos habríamos sacado a rastras a los cadáveres de las cámaras de gas, para llevarlos a los crematorios a alimentar el fuego, y antes les habríamos arrancado los dientes de oro y cortado las melenas, si nuestras vidas hubieran dependido de eso para ganar un día, una hora, otro minuto más. Hoy no quieren ustedes que se utilice la expresión «como cordero al matadero». Así nos lo repitieron en el curso que nos impartieron. En la universidad también les repugna esa frase y la tienen igualmente vedada. He sido obediente y no la he usado, aunque los dos sabemos que se trata de una expresión demasiado considerada y compasiva, porque a los corderos no se los mata con veneno, se los sacrifica, se tiene cierta piedad por su carne y su lana; a los corderos se los quiere, se los acaricia, se los alimenta con hierba fresca, mientras que a los judíos los envenenaron con insecticida y raticida. Eso es lo que debería haberles dicho para disipar la tristeza sin sentido, para que dejaran de tocar esas insulsas canciones con la guitarra, para que no recitaran el *kadish*, para que dejaran a un lado las lágrimas, las velas y todas esas lindezas.

Me hice con el cuadro completo de los asesinos y sus ayudantes, de su modo de vida, de su día a día, de las herramientas que utilizaron y las reglas según las cuales actuaban, pero seguía sin conocer a los asesinados; resultaba imposible por pura cuestión numérica y porque quedaba fuera del marco de mi investigación. Cuando me encontraba ante los grupos, les detallaba con pragmatismo los nombres de los países de los que llegaban los envíos de víctimas a cada uno de los campos, así como la cifra de asesinados, pero los nombres no los decía, porque eran tantos que no habría sabido por dónde empezar, además de que todos habían sido tratados de la misma manera, como materia prima para la preparación de un pienso para perros. Los

llevaba a las vitrinas del museo de Auschwitz, que están llenas de cabelleras, de maletas, de prótesis de impedidos, de zapatos, y les decía: todo esto eran personas. Para que pensaran ellos por sí mismos en sus hermanos pequeños, en sus padres, en sus hijos y en su propia persona, porque yo me veía incapaz de asumir esa carga.

Y eso gustaba. Me llamaban para guiar a más y más grupos y en ocasiones transcurrían dos meses sin que pisara Israel, así que alquilé un pequeño apartamento en Varsovia, en la zona en la que había estado el gueto, en una planta alta de un enorme edificio de cemento construido en tiempos de los comunistas, en la calle paralela al orfanato de Janusz Korczak que hoy alberga un colegio polaco corriente. Ustedes me subvencionaron parte del alquiler del apartamento porque sabían apreciar mi trabajo y sacar provecho de él. Entre los distintos edificios había una amplia extensión con césped, columpios y toboganes para los niños. Cuando hacía buen tiempo, me gustaba sentarme en un banco a ver a los niños, los pajaritos y a las madres polacas. En repetidas ocasiones le propuse a Rut que se fuera con Ido a vivir allí conmigo, temporalmente, hasta que nos estableciéramos definitivamente. No se negó, pero nunca lo llevamos a cabo. Yo sabía muy bien que este lugar había bullido de vida judía, pero resultaba muy difícil darse cuenta ahora. Mi imaginación no alcanzaba a tanto. Al atardecer veía que se encendían las luces en los edificios de enfrente. Pequeñas familias se sentaban a la mesa: un padre, una madre y un hijo. Como mucho, dos. Y a menudo, sin ningún niño. Apenas tenían hijos allí, como si la ausencia de judíos hubiera eliminado ahora la necesidad de ello. Paseaba mucho a pie, hasta el casco antiguo y a lo largo de la orilla del río, y los días de invierno especialmente fríos me quedaba en casa escuchando música. Mucho Bach. Era lo que más me gustaba. Una noche me imaginé en la Polonia de hace trescientos años siendo un músico *klezmer* que tocaba el violín en los casamientos, en las fiestas de circuncisión y en las celebraciones de los *jasídicos*, habiendo oído hablar de un genio que vivía en Alemania, supongamos que en Leipzig, un genio cuya música subía directamente al cielo, por lo que decidí dejarlo todo y encaminarme hacia el Oeste. ¿Me habría aceptado como discípulo, como intérprete, como aprendiz compositor? Era evidente que si me hubiera presentado ante él con la kipá y los flecos del taled a la vista, se habría negado, eso es comprensible, porque no me habría estado permitido entrar en la iglesia en la que él estaba empleado con esa vestimenta. Pero si me hubiera avenido a cambiar mi ropa por la de un gentil cualquiera, ¿también entonces se habría negado a aceptarme? En resumen, me forcé a mí mismo a hacerme la pregunta, ¿era Bach antisemita? ¿Sería posible que el aspecto de un judío, su olor, su forma de hablar, le produjeran rechazo? Deseé con todas mis

fuerzas que la respuesta fuera negativa. Intenté apartar esa idea de mi cabeza durante un día, dos días; salí a guiar a un grupo y al volver escuché la suite para chelo, pero el placer tan puro que antes experimentaba ante la música se había dañado hasta el punto de que no lograba escuchar esa pieza sin sentirme inquieto. «Bach and Jews», tecleé. Encontré muchísimos artículos. La mayoría trataban de la Pasión según San Juan que Bach había compuesto para la nueva iglesia protestante fundada por Martín Lutero y siguiendo el texto que este había escrito. Escuché la Pasión muy concentrado. Las voces celestiales de un coro de mujeres se derramaron sobre mí, hasta que aparecieron los hombres, un barítono y un tenor, un dueto en alemán del que entendí la mayor parte de lo que dijeron, hasta que volvieron las purísimas voces femeninas a tranquilizarme. A continuación el tenor cantó sobre los *Juden*. Y después más sobre los *Juden*, y sobre el dulce Jesús, y cómo los *Juden* le habían hecho esto y lo otro. Hasta mí llegaba el hedor que despedía la boca del cantante. Apagué la música porque me producía malestar. No vayas allí, le dije al músico *klezmer* que tocaba sin partitura, bailaba sobre la mesa de los novios con las botas agujereadas, entre los platos de higadito picado, la *jalá* y el pescado salado, apestando a ajo y a cebolla, no vayas porque no te va a admitir.

De camino hacia Cracovia les presentaba a una Justa de las Naciones, Anna R., una maravillosa anciana que había pasado toda la vida en su pueblo. Los nietos trabajan hoy sus tierras con un viejo tractor y un burro. La quería, porque su bondad me enternecía el corazón y me parecía que ella también me apreciaba, porque siempre me recibía muy bien. Los días que hacía bueno salía con nosotros al patio y si llovía nos apretábamos en el interior de su casa. Hablaba en polaco y una de sus nietas se esforzaba por traducir lo que decía a un balbuciente inglés. Después yo le contaba la historia al grupo en hebreo. Y la historia es esta: una noche, en plena guerra, ella y su difunto marido oyeron que llamaban a la puerta. En la entrada había un muchacho, mugriento, infestado de piojos y muerto de hambre. Sin pensarlo dos veces lo metieron dentro. Contó que había huido de los alemanes y de la policía polaca que habían sitiado su aldea, les habían robado todo a los judíos, los golpearon, asesinaron a los que intentaron huir y a los demás los subieron a un tren con destino desconocido. Habían subido al tren a toda la familia del chico, pero él consiguió escapar al bosque y llevaba varias semanas subsistiendo con lo que robaba de las granjas. Cuando llamó a la puerta de ellos fue porque creyó morir de hambre, de frío y de pena. Anna se apiadó de él. Lo bañó, le dio de comer y le lavó la ropa. Aquella noche durmió en casa de ellos, pero cuando despertó le pidieron que se marchara, porque temían por sus vidas y por las de sus hijos. Aquella mañana

brillaba el sol, contaba Anna, y llegada la historia a ese punto siempre sonreía. El niño decidió que quería vivir y les suplicó que le dejaran quedarse con ellos. Yo quería echarlo, contaba Anna con sinceridad, porque sabía lo que los alemanes nos podían llegar a hacer, pero mi marido dijo, no tenemos elección, así que lo mejor es que se quede. Y ella accedió. Le prepararon un escondite en el granero y encargaron a su hija mayor, que entonces contaba doce años, que le llevara la comida. En ocasiones, cuando veían que era seguro, lo invitaban a su casa para que comiera con ellos y se calentara al calor de la lumbre. A Anna se le iluminaba el rostro cuando lo contaba. Al cabo de unos meses oyeron que en el pueblo de al lado los alemanes habían quemado la casa de una familia que escondía a judíos. El chico dijo que regresaba al bosque, aunque ellos no se lo pidieron, para no seguir poniéndolos en peligro. Pero la relación con él no se cortó y dos veces por semana escondían para él, a la orilla del bosque, en un lugar secreto, comida y ropa. Shrulik -porque así se llamaba el muchacho, exclamaba siempre Anna con regocijo, al final de su historia, mientras batía palmas- vive, está vivo, ¡sobrevivió!

Aplaudidle, les pedía yo a los chicos, bien fuerte, lo más fuerte que podáis.

¿Quién de vosotros salvaría a un chico desconocido y mugriento que llamara a vuestra puerta por la noche, arriesgando así vuestras vidas y las de vuestros hijos?, les pregunté después por la noche, durante la reunión que teníamos siempre en el hotel. Silencio absoluto. Después oí unos cuchicheos. Sus cerebros procesaban las posibilidades. ¿Cómo saldríais de una situación como esa? Y ese chico no es de vuestro pueblo, les recordé, no es de vuestra religión. No lo conocéis de nada. No tenéis ninguna obligación para con él. Excepto por el hecho de que sois seres humanos. Unos pocos levantaron la mano. ¿Estaríais dispuestos a morir por él? Y se lo puse todavía más difícil: ¿estaríais dispuestos a que os pudieran llegar a quemar la casa con vuestros hijos dentro? En ese momento, por lo general, bajaban la mano. No hay nada que caracterice a un Justo de las Naciones, les dije, y apenas encontraréis en la lista a ninguna persona famosa, ni de éxito, ni a ningún genio ni gran intelectual. La mayoría fueron personas corrientes. Como la señora Anna de la casa en la que hemos estado hoy. No sé cuántos libros habrá leído en su vida. Pero seguro que no estudió la secundaria. Se pasó la vida trabajando duro en el campo, cuidando de los cerdos y criando a un montón de hijos. Pero tiene buen corazón. Metió al chico en su casa. Aquí hubo otras personas, asesinas y cobardes, que quemaron judíos, que los delataron, pero también hubo gente como la señora que hemos visitado. Y lo que me pregunto a mí mismo -les dije a los alumnos- es: ¿cómo me habría comportado yo en su lugar? No lo sé. Creo que habría tenido miedo. Y

eso me mata, me quita el sueño, porque esa es la única pregunta que nos podemos hacer a nosotros mismos como seres humanos. Los profesores se movían incómodos en primera fila. Con el tiempo había empezado a cuidar menos mis palabras. Por los rostros de los chicos cruzaban las dudas, pero enseguida intervenía la lógica, porque les habían enseñado a establecer criterios. No a todo el mundo hay que abrirle la puerta, depende de quién sea, de dónde venga y lo que haya hecho. Todo eran indagaciones y comprobaciones, pero mientras tanto mantendrían la puerta cerrada dejándolo fuera. Estaba claro que con tanto filosofar no hubieran salvado a nadie. Los únicos que lo hicieron fueron los humildes, las personas sencillas y de buen corazón. Y yo no soy así, pensé para mis adentros. A partir de ese momento me resultó difícil continuar con la conversación. Si no soy siquiera capaz de amar a estos chicos que pertenecen a mi pueblo y no han hecho nada malo, y solo por las caras que ponen y unas pocas frases que pronuncian ya los considero unos perversos, ¿cómo iba yo a haber metido en mi casa a un muchacho desconocido?

En Treblinka les conté, amenizado por el canto de los pájaros, que allí no había habido trabajos forzados, sino exclusivamente exterminio. Llegaba un envío y ya comenzaba el consabido y sencillo proceso: las personas bajaban del tren atónitas, les metían prisa a fuerza de gritos y golpes de porra para que dejaran a un lado las maletas y todos los objetos y se desnudaran a toda velocidad. Les cortaban el pelo a las mujeres ya desnudas, y los llevaban a todos por un estrecho sendero hacia las duchas. Unos letreros en alemán indicaban el camino. A los que se rezagaban les daban latigazos. Al final del camino en lugar de meterlos en unas duchas los alemanes los metían en la cámara de gas. Al cabo de media hora, los esclavos judíos sacaban de allí cadáveres deformados, hinchados, enredados los unos en los otros. Les arrancaban de la boca los dientes de oro y arrojaban los cuerpos a las fosas comunes que había fuera. Cada pocos días prendían fuego a los montones de cadáveres, bajo la bóveda celeste. A veces me aventuraba a detallar el proceso, cada una de las fases, incluso más de lo necesario, hasta que los profesores o los comandantes me indicaban por señas que el tiempo se estaba agotando, que había que seguir hacia la siguiente parada, y entonces yo reaccionaba y les decía, por supuesto, sigamos, mientras me sorprendía a mí mismo por haberme comportado así, porque por ejemplo, acerca del hecho de que les cortaban el pelo les conté, con más detalles de lo que era necesario, que los alemanes hacían entrar a las mujeres a latigazos en la estancia destinada para ello y las obligaban a sentarse en unos taburetes mientras los peluqueros judíos, que quedaban detrás de ellas, habían recibido la orden de cortar cada melena solamente con cinco movimientos de tijera, por ahorrar

tiempo, así que las cabezas sangraban por la violencia del corte, mientras los alemanes y los ucranianos seguían dándoles latigazos a los peluqueros y a las mujeres, para que se dieran prisa de una vez, y los peluqueros arrojaban el pelo en unas maletas que había junto a los taburetes, para que no cayera en el suelo y se echara a perder. Cada corte no duraba más que unos pocos segundos y a continuación se volvían a llevar a las mujeres, a golpe de látigo, al camino que conducía a la cámara de gas. Las mujeres jóvenes que había entre el público que me rodeaba se quedaban de piedra, con sus brillantes y sanas melenas. Y entonces yo callaba un momento. ¡Cómo entusiasmaban esas historias a mi depravado espíritu! Dejaba que el bosque que nos envolvía emitiera su murmullo, observaba el claro cielo sobre sus cabezas, me recreaba en las copas de los árboles. Temía mirarlos a la cara, directamente a los ojos. Venid, les decía, y ellos me seguían por el campo sembrado de piedras conmemorativas envueltos en las banderas.

En el autocar, cuando nos marchábamos de allí, se sentó a mi lado una de las profesoras, de pelo rapado y sonrisita escéptica. Desde que Eliezer, el superviviente, se rompió la cadera, y Yohanán se vino abajo en Auschwitz y ya no pudo seguir desempeñando su papel, normalmente me sentaba solo en el autocar. Gracias por tus fascinantes explicaciones, me dijo, se diría que lo vives. Le contesté que lo intento, pero que a veces me dejo llevar un poco, y que esperaba no haberme pasado ese día. No, has estado estupendo, durante todo el viaje, dijo, también ahora, en el hotel, al hablar de los justos de las naciones. Se nota que te lo tomas todo muy en serio. Íbamos por la autopista. Detrás se oía el ruido de los teléfonos móviles y de las pantallas del autocar brotaba la banda sonora de *La lista de Schindler*. Tiene que ser muy duro, añadió ella y se quedó a la espera de mi reacción. Intenté calcular la edad que tendría. Puede que cuarenta, o incluso cincuenta, pero no más. Llevaba un anillo de compromiso con diamante. Podría haber sido mi hermana mayor, pero no mi madre. Daba la casualidad de que me apetecía hablar con alguien, porque en esa época ya notaba que la carga se me empezaba a hacer demasiado pesada, pero había algo en su sonrisa que me molestaba, que no parecía hacerla sincera. Creo que deberías creer más en los chicos, me dijo, notan cuando alguien desconfía de ellos. Y resulta muy ofensivo. Lo principal para un chico es que se confíe en él. Tienes toda la razón, le dije, y procuro que así sea. Son muy buenos chicos, añadió la profesora, ahora ya un punto enfadada y enardecida. Dentro de unos meses los llamarán para que cumplan con el servicio militar y nuestras vidas estarán en sus manos. Arriesgarán las suyas por nosotros. Tenemos que confiar en ellos. Estoy convencido de que serán unos soldados estupendos, le contesté, pero mi respuesta pareció

irritarla. No es solo que vayan a ser unos soldados estupendos, y ahora alzó un poco la voz, sino que son buenas personas. Inteligentes. Personas sanas. Así es como hay que tratarlos. Con amor. Son nuestro futuro y nuestra esperanza. No quise discutírselo. Míralos directamente a los ojos, me instó, y posó su fría mano sobre la mía, con un gesto compasivo. Eso es lo que yo hago. Así es como conecto con ellos. Sí, sí, lo voy a intentar. Pondré todo lo que esté de mi parte. Me gustaría quererlos, conectar con ellos, no temerles. De verdad que eso es lo que quiero.

En otra ocasión llevé a un grupo de una academia talmúdica de estudiantes de secundaria a la sinagoga del rabino Moses Isserles, en Kazimierz. Hubo un tiempo en el que fue el barrio judío de Cracovia y hoy es un lugar lleno de nostalgia por los judíos, nostalgia que se manifiesta abiertamente en los restaurantes con *klezmers* polacos y tiendas de judaica y libros sagrados. Al principio esta falsa nostalgia me conmovió, pero tras unas cuantas visitas empezó a asquearme. A los judíos reales, los que querían vivir aquí, sacar adelante sus negocios, que hablaban yiddish, los que tomaban aire por los orificios nasales y lo soltaban aquí mismo, en sus calles, a ellos no los querían. Me alegré de que los chicos del grupo con las kipás de ganchillo dieran vueltas por allí, por entre los edificios confiscados. Me sentía ansioso por oír una oración, porque esperaba que el rezo insuflara vida a la sinagoga. Ya no soportaba más el vacío decorado judío que era aquella ciudad. Ellos respondieron a mi deseo rezando y cantando, y me uní a ellos en la medida de mis conocimientos. Sentí una momentánea elevación de espíritu. A continuación salimos hacia el cementerio que se encuentra muy cerca de la sinagoga y los guie hasta la tumba del rabino Moses Isserles, que les produjo una gran emoción. El director de la escuela cantó las alabanzas del rabino como juez y codificador de la ley rabínica. Yo no tenía noticia de que el tal Isserles hubiera constituido un avance tan grande para la humanidad, pero mantuve la boca cerrada. No había ninguna chica entre ellos, así que puede que esa fuera la razón por la que se comportaron tan tranquila y seriamente, mucho más que los estudiantes de las escuelas normales. Recitaron el *kadish* bajo la lluvia. Les enseñé también la cercana tumba de Shlomoh Bar Meshulam, quien fue el médico de los antiguos reyes de Polonia habiendo llegado procedente de Milán con la corte de la princesa Bona Sforza, quien a su vez fue casada con el rey de Polonia Segismundo y vivió con él en el castillo de Wawel. Bona Sforza solo permitía que la tocara el médico judío que se había traído de casa. Los llevé además a otras sinagogas del barrio, porque eso es lo que me habían pedido, pasear por entre los restos de los judíos desaparecidos. Escuché sus oraciones y sus cánticos en las sinagogas vacías. Cerré los ojos y me balanceé con devoción igual que ellos, en

un intento por dejarme llevar. Pero no sentía nada que me surgiera del alma y la imagen de Dios que se me apareció ante los ojos tenía el aspecto de un andrajoso mercader venido a menos, con las gafas escurridas hasta la punta de la nariz y esforzándose en vano por poner orden en los libros de cuentas que llenaban la estancia en medio de un espantoso desorden. Al día siguiente, cuando hubimos terminado la visita a Auschwitz, al salir del campo de exterminio, llevaban ondeando banderas de Israel, cantaban enardecidos «Viva el pueblo de Israel» y bailaban con frenesí con un ornamentado rollo de la Torá que abrazaban y se pasaban uno a otro. Me acerqué a su director, en un breve momento de tregua, y le susurré, aquí yace enterrado nuestro pueblo, no es adecuado que se baile. Nosotros estamos vivos, dijo el director, y nuestra Torá está viva, hemos vuelto a nuestra tierra, por eso bailamos, por la misericordia que Dios ha tenido con nosotros. Al final hemos vencido. Puedes discutírmelo tanto como quieras, de la mañana a la noche, pero no te va a servir de nada, amiguito, porque eso es lo que nosotros creemos. No hay lugar para la desesperanza. Nosotros somos el futuro y la esperanza. Ven, baila con nosotros. Eso es lo que me dijo el director de la escuela talmúdica y regresó al corro que giraba frenéticamente.

Inmediatamente después de eso me tuve que marchar con urgencia a Israel atendiendo la llamada de Rut. Ido no quería ir más a la guardería porque había unos cuantos niños que le pegaban. Hacía casi una semana que se quedaba en casa. Rut quiso involucrar a la maestra, pero sin éxito, porque aquellos niños siempre conseguían pillar a Ido en algún rincón para pegarle. La maestra habló largamente con ellos, pero al final se rindió. No se veía capaz de ayudar. Tomé un vuelo en cuanto dejé al grupo. Llegué temprano por la mañana, a la hora a la que Ido se levanta para ir a la guardería. Rut intentaba vestirlo, pero allí estaba él con los ojos apagados, apático, abatido. Me resultó espantoso ver así a mi hijo. Le había llevado un regalito de Varsovia, pero no le causó mayor ilusión. Hoy iré contigo para solucionar el problema, le dije. Se vistió con unos movimientos lentos, con evidente desgana. No es un niño especialmente bajo ni débil, pero no estaba dispuesto a devolver los golpes y se aprovechaban de eso. Lo sé porque yo era como él, pero desde entonces he entendido algo: para llegar a ser alguien en la vida hay que estar dispuesto a matar. La maestra se sorprendió de verme, porque apenas me aparecía por allí. Papá ha venido contigo, qué bien, le dijo a mi hijo, que me agarraba con fuerza del brazo mirando al suelo y sin querer soltarse. ¿Podríamos hablar solos un minuto?, le pregunté a la maestra, y ella me dijo que era muy mal momento, porque es cuando llegan todos los niños y tiene que recibirlos. Pero es que tenemos que hablar, insistí, porque le pegan. No quiere venir a la guardería. Estaba muy cansado

del vuelo y ya empezaba a oírse el barullo de la mañana. En las caras de todos aquellos niños yo no veía más que enemigos y en las de las niñas, cómplices del delito. Nos mantuvimos apartados. La maestra estaba ocupada con los demás niños. Le pedí a Ido que me mostrara quién le pegaba. Me dijo que me agachara, me susurró al oído tres nombres y me señaló quiénes eran. Se los veía risueños, como cualquier niño por la mañana, y no parecían tener remordimientos de conciencia. Uno de ellos se despidió de su madre y entonces me acerqué a hablar con ella. Le pregunté si sabía que su hijo le pega al mío. ¿Pero esto qué es?, preguntó sorprendida, ¿desde cuándo se habla de estas cosas en presencia de los niños? Y fue a pedirle ayuda a la maestra. Te pido, dijo la maestra, que me dejes ocuparme de esto. Así no. La guardería era territorio enemigo, un feudo del acoso escolar. Ido me mostró el escondite de detrás de las colchonetas donde lo atrapan para pisotearlo y el sitio del patio en el que le pegan en la cabeza y lo obligan a comer arena. Me puse, cuan alto soy, al lado del niño en cuestión que por fin sí parecía asustado y con voz atronadora le dije, ni te atrevas a tocar a mi hijo. Su madre se puso a gritar, hinchada como una gallina clueca, pero no me importó. La guardería entera se me echó encima. Puede que yo no conociera a aquellos padres, pero ahora ellos me conocían a mí. Me quedé allí con Ido durante un buen rato más, hasta que se calmaron los ánimos y él se avino a que nos despidiéramos. Solo con la fuerza se vence al que te fuerza y hay que estar dispuesto a matar. Rut no fue a trabajar y se quedó en casa esperándome. He solucionado el problema, no volverán a tocarlo, le dije a mi vuelta.

Aproveché la breve estancia en Israel para visitar a varios supervivientes. Los buscaba con verdadera desesperación, porque en los viajes se notaba mucho su ausencia. Disponía de la breve lista de potenciales candidatos que me habían proporcionado ustedes, y coordinado con el departamento de viajes guiados les telefoneé para concertar una cita. Resultó que uno de ellos había fallecido. Una voz de niño me dijo que el abuelo había muerto y le habían dado a él su teléfono móvil. Me disculpé. De entre los demás conseguí citarme de inmediato solamente con uno que vivía en Tel Aviv y que por teléfono sonaba muy enérgico y entusiasmado de poder hablar. Me abrió la puerta un anciano bronceado, en forma, bien vestido, a cuyos pies correteaba un perrito faldero. Fantástico, esto promete. Una mujer hermosa vino muy educadamente a saludar para desaparecer al momento hacia una de las habitaciones interiores. El piso era agradable y soleado. Me senté frente a él y me quedé a la espera de su historia. Así que es usted de Yad Vashem, dijo. Efectivamente, le confirmé. Es gracioso que nos volvamos a ver de esta manera, continuó. Tenía un casi imperceptible acento europeo. No recuerdo

que nos conociéramos de antes, le dije. No, si a usted no lo conozco, sino a sus predecesores, respondió. De eso hace más de cincuenta años. Entonces yo era todavía un hombre joven. Después de la reunión que tuve con ustedes y de otros desagradables acontecimientos, me fui de Israel. He vuelto hace tan solo unos meses porque me volví a casar y mi mujer quería vivir en Israel. Creo que ustedes, ahora, ya no me pueden hacer nada. Es por eso por lo que les telefoneé y les propuse hablar. Tenía muchas ganas de volverme a ver con ustedes. ¿Y por qué le íbamos nosotros a hacer algo?, pensé, pero me quedé esperando a que empezara a contar lo que tuviera que decir, aunque antes pasé a presentarme y a exponerle el propósito de mi visita. Él me hizo señas de que no era necesario, con la impaciencia y los modos del que está acostumbrado a mandar. Su aspecto sano y joven confundía, porque los ojos tenían una mirada primitiva y hostil. Yo llevaba una vida muy buena, aquí en Israel. Tuve aquí dos hijos. Logré sobreponerme a lo que pasó allí. Hasta que un día me señalaron por la calle. Me dirigía a casa a comer. Me dijeron que yo era un *kapo*. Que era un criminal. Así que la policía me llevó para interrogarme. Y ustedes le echaron una mano. Todo el mundo se enteró, porque ustedes lo publicaron en la prensa. Tuve que marcharme del país. He pasado toda una vida en la diáspora por culpa de ustedes. He creído que hoy venía usted a disculparse, pero no veo en su cara ningún indicio de disculpa. Le dije que su historia me apenaba, pero que desconocía los hechos. Los hechos son, estalló encolerizado, que yo tenía veinte años cuando me llevaron a Gross-Rosen a cavar túneles. Cavábamos con las manos. Me nombraron responsable de pabellón, porque era fuerte y no me venía nunca abajo. A mi alrededor la gente moría como moscas. Uno o dos meses en el túnel y morían, pero en nuestro pabellón se estaba un poco mejor, porque había disciplina y trabajábamos muy duro, y gracias a eso logré conseguir un poco más de comida. Un cuarto de patata más por día significaba, a veces, salvar a una persona. Salíamos puntuales al trabajo por la mañana y formábamos filas como debíamos, así que no les dábamos motivo para matarnos a golpes, aunque de todos modos también a nosotros nos pasaba de vez en cuando. Porque había unos cuantos vagos que nos causaban problemas. No querían levantarse, ni trabajar, y por culpa de ellos nos podían matar a todos. Lo único que yo quería era ganar tiempo, conseguir un poco más de comida, hasta el día en que todo aquello terminara. Tampoco yo estuve allí de vacaciones, precisamente. Asesinaron a toda mi familia. Pesaba treinta y cinco kilos cuando nos liberaron, la mitad de lo que peso ahora. Pero resistí. De los que rompían la disciplina poniéndonos a todos en peligro me tuve que ocupar con mano dura. Les daba menos comida. No estábamos precisamente de vacaciones en Suiza, señor mío; aquello era el

infierno. Lo siento, seguí con vida porque fui fuerte. Gracias a eso volví a vivir, a comer, a acostarme con mujeres, a ir al cine, a ganar dinero. A hacer lo que hacen las personas libres. Entonces vinieron esos a señalarme con el dedo por la calle. Y ustedes le pasaron a la policía un informe en el que decían que fui un *kapo* malo. Que colaboré con los alemanes. Dígame, ¿hubo un solo judío que no colaborara con los alemanes? ¿Los de la *Judenrat*? ¿Los *stinker*? ¿Todos los *sonderkommando* esos? ¿Ellos no colaboraron, acaso? ¿Por qué no les hacen ustedes nada a ellos? Yo, al fin y al cabo, me limité a comportarme con responsabilidad. Podía haber cuidado solo de mí mismo, de mi propio mendrugo de pan. ¿Tiene usted idea de la cantidad de personas a las que yo salvé? Se sirvió un vaso de agua con mano temblorosa y su mujer vino del interior de la casa. Estaría bien ver su expediente, pensé. Tenía que decirle algo, por pura humanidad. Hoy vemos las cosas de una manera distinta, dije, y no pude seguir. Su mirada era suplicante. Esperaba de mí el perdón, pero yo no podía dárselo. Puede que hubieran cometido con él una injusticia, y puede que no. ¿Estaría usted dispuesto a hablar con estudiantes de colegios para contarles su historia? Él negó con un movimiento de la cabeza. Las fuerzas lo habían abandonado y estaba al borde del llanto. La careta de la juventud se le había caído del rostro. Es usted cruel, me dijo su mujer al tiempo que me indicaba que me marchara. Por la noche Rut consiguió hacer hablar al niño y él nos contó que desde que yo había ido a la guardería no le habían vuelto a pegar, pero que ningún niño quería jugar con él. Pensé en ese hombre fuerte que había ido a visitar por la mañana y que había sobrevivido gracias a su fuerza, y en Ido, incapaz de devolver los golpes. Me pidió que también al día siguiente lo acompañara a la guardería y que me quedara con él. Le expliqué que tenía que volver a mi trabajo en el extranjero, que me estaban esperando. ¿Cuál es tu trabajo, papá?, me preguntó. Habla de lo que pasó, me socorrió Rut. ¿Y qué es lo que pasó? Ido abrió los ojos de par en par, preocupado. Hubo un monstruo que mataba a la gente, dije. ¿Y tú estás luchando contra él?, se entusiasmó el niño. Ya está muerto, intenté explicarle, es el monstruo de la memoria.

Tras esa visita fui madurando la idea de preparar una lista, por separado, de *kapos*. Incluso le pasé a usted un memorando al respecto y por las noches, en los hoteles, elaboré un croquis de una posible base de datos que incluiría también fotografías. La mayor parte de la información existe, pero se encuentra dispersa por un sinfín de lugares, puesto que durante todos estos años ha habido cierta reticencia a reunirla en un solo sitio, y ello por razones extrañas y sentimentales que no son del interés de un historiador. Le escribí a usted sugiriéndole que habría que tomar algunas decisiones básicas para establecer la definición de *kapo*, aunque tampoco iba a resultar

extremadamente difícil hacerlo. Para llevar a cabo esa labor con cautela habría que cotejar varias fuentes, y si las pruebas fueran escasas, por supuesto que el superviviente gozaría del beneficio de la duda. ¿Para qué es necesario algo así?, me escribió usted, y le respondí, para que sepamos la verdad, para afinar la diferencia entre el blanco y el negro. La Historia no sabe de blanco y de negro, me contestó usted, zanjando así la cuestión. Aunque su frase me pareció precipitada, decidí abandonar la idea porque no quería enfadarlo. Mi comedimiento resultó ser inteligente, ya que a los pocos días se dirigió a mí el director de su departamento de informática, por recomendación de usted, y me pidió que les ayudara en el proyecto de simulación computarizada de los campos de exterminio en el que están ustedes trabajando. Me explicó que había acudido a ustedes una empresa que desarrolla productos de realidad virtual con una propuesta de colaboración y que como están ustedes buscando nuevas maneras para llegar al público joven, aceptaron. Entonces se trata de un videojuego, le dije al instante a su hombre, y él se indignó. Qué va a ser un videojuego, es una simulación computarizada con fines didácticos. Me pidieron ustedes que ayudara a esa empresa a solventar algunos problemas que les habían ido surgiendo durante el proceso de desarrollo. Pregunté con suma cautela si se trataba de una colaboración voluntaria no remunerada y me respondieron ustedes que tenía que llegar a un acuerdo sobre mis honorarios directamente con la empresa emergente en cuestión. Les escribí desde Polonia y me propusieron darme un pequeño porcentaje de sus acciones que en un futuro llegarían a valer mucho. Creo recordar que me propusieron un cuarto de acción. Y yo acepté. Hasta me jacté ante Rut de haber recibido acciones de una empresa tecnológica. Me pagaron un pasaje de avión y en el breve lapso que tuve entre dos grupos, los visité en sus despachos, en una zona nueva de oficinas a las afueras de Tel Aviv. Se sentó conmigo un muchacho joven para enseñarme lo que ya tenían hecho. El esbozo era muy tosco. Disponían de un letrero de El trabajo os hará libres, barracones, y una chimenea de crematorio. El joven se disculpó de que el diseño gráfico no estuviera terminado y dijo que lo iba a mejorar. Pero aquello no era Auschwitz, ni ninguno de los campos de exterminio que yo conocía, a lo que él contestó que precisamente por eso querían que los aconsejara, para que pareciera lo más real y auténtico posible. Estuvimos muchísimas horas repasando todos los detalles uno por uno: el portón de entrada, las torretas de vigilancia, las vías del ferrocarril, el color de la tierra, la forma de la rampa y la manera en la que los dos caminos se bifurcaban uno a la derecha y el otro a la izquierda, la madera de la que estaban construidos los barracones y las conexiones eléctricas de las alambradas. Tenían muchísimos errores. Pasadas unas semanas me

envió una simulación de los vestidores y de las cámaras de gas. Les volví a hacer un sinfín de observaciones. Aquello estaba muy lejos de ser definitivo. Por poner un ejemplo, se habían equivocado con el lugar desde el que arrojaban al interior de la cámara la lata del veneno y no sabían de la existencia de un ascensor que subía los cadáveres desde la entrada de la cámara de gas a los crematorios, además de que habían descuidado la fase del examen de los dientes y no habían entendido nada del proceso de alimentación de los crematorios. En ese punto tenían también muchísimos errores. ¿Qué vais a hacer con esto?, le pregunté cuando nos encontramos. Me miró haciéndose el que no entendía. Es en colaboración con Yad Vashem, dijo. Pero no quise ponérselo fácil. Sí, ya lo sé, pero ¿qué vais a hacer con ello? ¿Y dónde están las personas, las víctimas? Dijo que sobre eso trabajarían en la siguiente fase. La intención era proporcionar la vivencia de un prisionero (de un exterminado, lo corregí) y también la de un guardián (la de un asesino, volví a corregirlo). Me preguntó por las sensaciones de los prisioneros y los guardianes (ya no me vi con ánimos de corregirlo), si podía contarle algo de su psicología. La pregunta me repugnó. Le contesté que soy especialista en el proceso de exterminio, no en el ámbito de la psique. Ah, lo entiendo, dijo. Visité la empresa en varias ocasiones y lo pasaba muy bien allí. Había un ambiente creativo de jóvenes vestidos con camisetas frente a unas grandes pantallas, comiendo plátanos y tomando cafés de la máquina. Vi que uno de ellos estaba trabajando en un videojuego de simulación del Coliseo. Se veía a un hombre que estaba siendo devorado por un león mientras el público rugía. Otro trabajaba un videojuego sobre cómo atrapar esclavos en la selva africana. Unos hombres quemaban el poblado y lanzaban unas redes para cazar a los hombres y a las mujeres en edad fértil. Comprendí lo que allí se hacía. Se va a convertir en un videojuego, le dije al chico con el que yo trataba y que era el responsable de los campos de exterminio, y como le insistí, al final me dijo: si quieres podemos llamarlo así. A la gente le gustan los juegos atroces. No sé cómo sucedió, pero de pronto eso fue lo que se le escapó.

Procuré cambiar de táctica y ser más empático. Con el siguiente grupo que llevé intenté memorizar los nombres de todos los chicos y de los profesores. Me grabé en la memoria sus caras, los distintos rasgos diferenciadores de cada uno, y no mostré abiertamente mi incomodidad cuando se envolvieron en las banderas y se pusieron a cantar, sino que hasta canté con ellos y atendí pacientemente las declamaciones, procurando ver en todo ello una justificación. Nos encontrábamos a la entrada del bosque de Chelmno, en el punto al que llegaban los camiones que habían hecho las veces de cámara de gas, en el lugar en el que los muertos eran enterrados. Los padres de

mi abuela murieron aquí, dijo una de las niñas con timidez, eran de Lodz. Aproveché que ella había hablado de su caso particular para pedirle que nos contara todo lo que supiera. Era una chica sonriente y lista que relató muy bien lo que sabía, aunque resultó no ser mucho. Le pregunté cómo se salvó su abuela. La chica vaciló y luego dijo que no lo sabía exactamente porque a su abuela no le gustaba hablar de eso. Que entonces era solo una niña. Pero yo le insistí. Le dije que los alemanes enviaron allí al principio a veinte mil niños, en una operación especial. Los padres los vistieron lo más abrigadamente que pudieron, como si salieran de excursión. Hay fotos de los niños esperando los vehículos. A los padres les dijeron que los llevaban a un albergue infantil, pero no los volvieron a ver. La chica no supo contestarme y añadió que tampoco lo podría averiguar porque su abuela había muerto. No sé por qué, pero su desconocimiento de lo que había sucedido me puso de mal humor. Les hice señas para que dejaran de cantar y di comienzo a mi explicación. Les conté que en ese espacio que hay entre el pueblo y el bosque fue donde los alemanes llevaron a cabo la prueba piloto de la exterminación por envenenamiento. Que Eichmann visitó ese lugar cuando empezaron con el sistema de los camiones que hacían las veces de pequeñas cámaras de gas. Acudió para ver cómo funcionaba el ensayo, antes todavía de la Conferencia de Wannsee. Vio con sus propios ojos todo el proceso de aniquilación, desde la llegada al castillo del pueblo, pasando por la operación de cargar los camiones, la espera, la descarga de los cadáveres y la búsqueda de las muelas de oro, hasta el momento en el que los arrojaban a las fosas. Cuando lo juzgaron en Jerusalén dijo que le había resultado muy duro ver todo aquello. Pero que sin embargo había sacado conclusiones importantes para lo que estaba por venir, para los otros campos de exterminio en los que renunciaron a la idea de los camiones y pasaron a utilizar cámaras de gas fijas. ¿Podrías explicarnos algo más sobre los niños?, me pidió una profesora, y le dije que no sabía qué más contarles fuera del horror que aquello supuso. ¿Conocemos sus nombres?, insistió ella. Le respondí que los de una parte sí, pero los de la mayoría, no. Es espantoso, lloró la profesora. El solo hecho de pensar en ellos llegando aquí sin los padres, en esos camiones. ¿Cómo te explicas tanta crueldad? Abrí los brazos y dije que los seres humanos son capaces de cualquier cosa y sobre todo de asesinar. Se parapetan detrás de una ideología o de la religión. Durante los últimos siglos ha ido a más el asunto del nacionalismo. Pero en realidad, lo que sucede es que a la gente le gusta ver morir a los hijos de los demás. También nosotros, en la Biblia, asesinamos a mujeres y niños, les recordé, y lo hacíamos siguiendo las órdenes expresas de Dios. No sé por qué entré en esa cuestión, pero sí que cometí un error garrafal. ¿Cómo te atreves a

comparar?, exclamó furiosa la profesora, dando un paso al frente en su afán por defender nuestro honor nacional. Le dije que no estaba comparando nada, sino que siempre se había matado a niños. Y hoy también. Así no, dijo ella. Eso es verdad, le respondí, pero la pregunta que me has hecho peca de inocente. ¿O es que no sabes que el ser humano es asesino por naturaleza? Mientras nos encaminábamos al autocar oí cómo me criticaban a mis espaldas. Ya no había buen ambiente entre nosotros. Después de este grupo recibí aviso de la agencia de viajes que organizaba la cuestión burocrática y se ocupaba también de pagarme el sueldo, de que había muestras de insatisfacción para conmigo. Aunque mi profesionalidad y mis conocimientos estaban muy por encima de las expectativas y así lo definió la subdirectora que habló conmigo, y sobre ese punto no había queja alguna, el cliente sí se llevaba una mala impresión con respecto al mensaje que les transmitía y mi falta de empatía emocional. Se habían quejado de que yo no conectaba con los chicos, que les transmitía mensajes de desesperanza y hasta me acusaron de faltarles el respeto a las víctimas, por los comentarios que hacía. Envié una furibunda carta aclaratoria a la agencia de viajes diciéndoles que tenía que tratarse, en el mejor de los casos, de un malentendido que clamaba al cielo y, en el peor de ellos, de acoso laboral. Les expliqué cómo habían sucedido los hechos pero también les dije que por supuesto que tendría en cuenta las críticas para intentar mejorar. En ocasiones entra en conflicto el mensaje didáctico con la verdad histórica. Así fue como intenté arreglar las cosas, y añadí que procuraría limar las diferencias entre esas dos cuestiones. Mis explicaciones fueron aceptadas y la subdirectora me telefoneó y me dijo, en un tono conciliador, que yo era uno de los mejores guías que tenían, que de eso no cabía la menor duda, que antes siempre habían recibido excelentes críticas de mí y que por supuesto no había sido su intención ofenderme en nada, aunque siempre es bueno aprender de las críticas. Ni que decir tiene que le di la razón y con ello el caso se cerró por el momento.

El guía de las visitas VIP a los campos solía ser generalmente el responsable de prensa de la embajada, un judío polaco emigrado a Israel que después había regresado a vivir a Polonia. Estuve con él en una o dos ocasiones durante mi estancia allí. Una tarde me llamó el cónsul, alarmado, para preguntarme si, por casualidad, no estaría yo libre al día siguiente para acompañar al Ministro de Fomento, porque el guía del que solían disponer había resultado herido leve en un accidente de tráfico y desde Yad Vashem habían recibido inmejorables referencias de mí. Casualmente sí estaba libre y aunque tenía pensado trabajar en la corrección de las galeradas de mi libro, ni que decir tiene que decidí posponerlo, porque sería una pena desperdiciar la

oportunidad que se me acababa de presentar. El Ministro de Fomento había llegado en visita oficial pero deseaba, por supuesto, poder visitar también algún lugar relacionado con el Holocausto. Como ya había visitado Auschwitz hacía unos años, en el marco de la «Marcha por la vida», en esta ocasión quería ir a Treblinka. Busqué qué ponerme. En los viajes normales, no me preocupaba, pero en honor al ministro debía vestirme adecuadamente. Las tiendas en la zona del gueto ya estaban cerradas, pero sabía que el gran centro comercial abría hasta tarde. En el taxi, de camino hacia allí, llamé a Rut para contarle lo del importante encargo que había recibido y pedirle consejo sobre cómo vestirme. Pero ella no estaba para estas cosas. Me dijo que el niño había vuelto a casa de la guardería con un arañazo en la frente, que lo habían empujado y que se negaba a ir. Mira, le dije, puede que con cierta grosería, mañana tengo un día muy importante, voy a acompañar al ministro, cuando regrese a casa me ocuparé de ese asunto. Me sentía enfadado con ella y con el niño. ¡Que les pegara él también de una vez! Me dio tiempo a comprarme en la tienda de una popular marca internacional una camisa y unos pantalones. Conocía Treblinka como la palma de mi mano, así que no tenía que prepararme nada especial. Pero sí me advertí a mí mismo que debía comportarme bien, ser informativo, interesante y respetuoso. No debía dejarme arrastrar por frases demasiado originales. Podía hacerlo. Es mi trabajo. Soy el mejor en lo mío. Por la mañana me recogieron en un coche grande. El embajador se encontraba en el interior del vehículo y fuimos presentados brevemente. Intenté no dejarme impresionar, pero estaba claro que aquello suponía un avance en mi carrera. Dejé a un lado mi humildad y antepuse a mi apellido el título de doctor, y el embajador volvió a recordarme que el cónsul había recibido unas excelentes referencias sobre mí de Yad Vashem. Al ministro le gustan los parlamentos breves, añadió el embajador. La visita completa está pensada para que dure como mucho media hora, porque hoy hace frío. Hay que centrarse en la simbología. No es necesario detenerse en cada detalle. Asentí con un movimiento de cabeza y me preparé para ajustar la visita a lo que se me pedía. Estuvimos esperando al ministro hasta que salió del hotel con su comitiva. Lo acompañaban unos cuantos asesores y guardaespaldas. Su cara me sonaba de la televisión y la verdad es que me puse nervioso cuando entró en el coche. Nos presentaron y casi le hago una reverencia. Me preguntó de qué parte de Israel era y cuántos años llevaba dedicándome al tema, y con esto nuestra conversación llegó a su fin. La mayor parte del tiempo estuvo ocupado hablando por teléfono con Israel sobre no sé qué tema urgente de su competencia que había llegado a ser noticia, y pidiéndole consejo a su asesor de comunicaciones que viajaba sentado a su lado. El embajador y yo

permanecíamos en silencio mirando la tierra helada de fuera. Dentro del enorme coche hacía calor y se estaba muy agradable. Un furgón policial nos abría paso en los embotellamientos con sus destellantes luces. El ministro y su asesor estaban formulando juntos la respuesta a algo. Llegamos al conocido cruce de Treblinka, junto a las vías del ferrocarril, y tomamos el camino que entra en el campo. Los árboles se encontraban desnudos tras el deshoje, el frío era helador y empezaban a caer unos copos de nieve. Me aclaré la garganta mientras el ministro se apeaba del vehículo. Entre los meses de julio de 1942 y agosto de 1943 fueron asesinados en este lugar más de ochocientos mil judíos, prácticamente todos el mismo día de su llegada al campo…, empecé, y el ministro se puso una kipá y avanzó a grandes zancadas, muy deprisa, como si hubiera llegado para conquistar el lugar, con sus asesores y guardaespaldas revoloteando a su alrededor a toda velocidad. Seguí con la explicación mientras él asentía con la cabeza, aunque sin escuchar. ¿Dónde está el fotógrafo?, preguntó el asesor de comunicación con apremio, al tiempo que le metía prisa a aquel por señas para que se adelantara hasta la cabeza de la fila e inmortalizara la visita. Anduvimos por el campo de piedras que rinde homenaje a las comunidades allí exterminadas y llegamos al memorial, donde apenas me dio tiempo a pronunciar unas palabras mientras el ministro depositaba un ramo de flores. Ni me miró ni hizo preguntas. El fotógrafo lo retrató desde todos los ángulos posibles con la cabeza gacha frente al memorial, hasta que el ministro dijo: vámonos, chicos, levemos anclas. Y es que hacía muchísimo frío. Cuando regresábamos en el coche pregunté al viceministro en un susurro si todo había estado bien y me respondió que estupendo, que era justamente lo que habían pedido. Ha estado usted muy comedido, repitió recalcando cada palabra. Y la verdad es que volvieron a llamarme en más ocasiones para que acompañara a personajes importantes, pero ya no de máxima altura, no a ministros, sino a altos funcionarios, a viceministros y similares, incluso después de que el guía que trabajaba fijo para la embajada se hubiera recuperado.

El primer día libre que tuve partí hacia Sobibor, a excavar. Tal cual. Con una azada y con las manos, de rodillas, para recoger los pedacitos de hueso, las horquillas y los botones que los muertos habían dejado tras de sí. El arqueólogo no me hizo preguntas innecesarias cuando lo telefoneé y accedió enseguida a que fuera. Salí de Varsovia al amanecer, porque de todos modos por la noche me costaba dormir, y llegué allí hacia el mediodía. Volví a quedarme sin cobertura en el móvil y la radio del coche dejó de emitir la música que iba oyendo, pero en esta ocasión encontré el camino con mucha facilidad. El arqueólogo me puso con el grupo de los obreros polacos y estos le lanzaron una torva mirada. Intenté explicarles que me

quedaría tan solo unas pocas horas, para que no creyeran que venía a robarles el trabajo, pero mi polaco era espantoso, porque nunca me esforcé en aprenderlo bien, así que no me entendieron. Se pusieron a abrir una trinchera nueva; al principio golpeando la tierra con muchísima fuerza y después, cuando apareció el estrato más blando, pasaron a cavar con unas pequeñas azadillas y el arqueólogo tomó muestras de la tierra para analizarla en el laboratorio. La trinchera nueva estaba cerca del lugar en el que habían aparecido los muros de la cámara de gas. En otras trincheras de la zona se habían encontrado también restos de huesos, cucharas oxidadas, horquillas para el pelo y otros objetos personales. A mí me empezaron a doler las manos enseguida, pero no me permití detenerme, y cuando los polacos hicieron una pausa para comer y descansar, yo seguí trabajando. El arqueólogo me ofreció de su bocadillo y nos lo comimos de pie porque hacía mucho frío. Me contó que a los pocos días se marchaba a Israel para celebrar el Bar Mitzva de uno de sus tres hijos. Oí que a lo lejos llegaba un autocar que después se detuvo, y cuando se acercaron los que venían en él, me di cuenta de que hablaban hebreo, un idioma que aquí sonaba extranjero, inadecuado al paisaje. El guía les contaba que por aquel camino habían obligado a apresurarse a los judíos a golpe de látigo hacia las cámaras de gas. Le di un mordisco más al bocadillo y volví a arrodillarme en la trinchera. Ahora me puse a excavar en la tierra con las manos, en busca de algún objeto duro. Tenía las manos arañadas, me dolía la espalda. Los polacos, apurando la pausa del mediodía hasta el final, fumaban mirándome de reojo. El grupo de turistas se acercó y se detuvo casi encima de mi cabeza. El guía les habló de las excavaciones que se estaban llevando a cabo en ese lugar. Bajé la cabeza a la espera de que se marcharan de allí con el guía y sus explicaciones. Mira cómo excavan estos desgraciados, dijo uno de ellos, con las manos. Tengo una tía que fue asesinada aquí. Espero que no la toque con sus sucios dedos. Me dominé para no salir de la trinchera, porque hervía de ira. A la cámara le conectaban el tubo de escape de un tanque viejo y los envenenaban con monóxido de carbono, siguió explicando el guía con un lenguaje que buscaba recalcar los mecanismos del proceso. Me reconocí a mí mismo en su voz y me horroricé, porque ahí no había sentimiento alguno. Me acordé de cómo aprecié el gesto del empleado de la funeraria que se metió en el foso de la tumba cuando enterramos a mi padre, para recibir su cuerpo envuelto en el sudario, cómo lo abrazó y lo depositó con suavidad en la tierra. Ahora entendí que eso es lo que yo estaba intentando hacer en la trinchera de la excavación en la que me hallaba. Casi había perdido la esperanza de ir a encontrar algo, cuando al final del día, hacia el atardecer, mis dedos se toparon con un objeto duro que agarré bien fuerte antes de que lo perdiera. He

encontrado algo, exclamé, y saqué de la tierra una llave, que aunque devorada por el óxido en uno de los extremos, todavía conservaba su forma. El arqueólogo se acercó, la cogió de mi mano y me dijo: estupendo, no todos los días encontramos aquí algo así. Anotó en una ficha la localización de la trinchera, la fecha y la hora del hallazgo. Fotografió la llave y la metió en una bolsita de plástico que luego selló. Déjeme verla un momento, le pedí, y examiné la llave a conciencia, por si encontraba en ella alguna pista, alguna señal, que me evitara tener que pasar por todas las puertas de Europa en busca de su cerradura. Le devolví la llave y me sonrió por un momento. Me gustaba su rostro curtido de hombre duro, los potentes brazos. Quizá entre los dos habríamos podido matar aquí a algún alemán. Con los niños, no. Con las mujeres, tampoco. Si hubiéramos estado muertos de hambre, menos. Tampoco encañonados por unos fusiles. Sería una petulancia pensar eso. Los obreros estaban ya impacientes por marcharse. Yo tenía la intención de quedarme un poco más, hasta que oscureciera del todo. No se quede aquí solo, me dijo el arqueólogo, leyéndome el pensamiento. Esto es un trabajo. Cuando se termina la jornada se marcha uno de aquí. De lo contrario nos volveríamos locos. Es demasiado espantoso.

Me llegó una nueva pregunta del corrector editorial de mi libro: ¿es necesario dedicarle tantísimo espacio a Reinhard Heydrich, hasta casi diseccionarlo, haciendo de él una descripción que no aporta directamente nada al tema de la investigación? Porque te recuerdo que se trata de similitudes y discrepancias en los métodos operativos de los campos de exterminio para llevar a cabo la Solución Final. Para esa cuestión tenía yo una respuesta realmente contundente y me extrañó que un corrector editorial que estuviera empleado por ustedes hubiera podido formular tal pregunta. Porque aparte de que Reinhard Heydrich fue el jefe de operaciones de la Solución Final y también quien convocó a la Conferencia de Wannsee, no hay que olvidar que la Operación Reinhard, en cuyo marco se pusieron en marcha los campos de Treblinka, de Lodz y de Sobibor, de los que se ocupa una buena parte del libro, recibió ese nombre por él. Eso es en pocas palabras lo que le respondí al corrector, pero él no cejó en su empeño. Me siguió enviando preguntas como que por qué tenía yo que describir lo bien parecido que era el asesino ese y el dechado de virtudes que era, hasta el punto de haberle robado el corazón al Führer, y además alabar su condición atlética y contar que había sido uno de los pilotos que atacó el frente ruso, por no hablar de que encima adjuntaba una foto oficial de él vestido con el uniforme de las SS. O por qué me parecía tan importante constatar su valentía al estar viajando en solitario con su chofer en un Mercedes descapotable el día en que lo atacaron los combatientes de la organización clandestina checa, y después su lenta

agonía porque un pedacito del tapizado del coche que estaba hecho con pelo de caballo le había entrado en la herida de bala que recibió en el vientre produciéndole la septicemia que le causó la muerte. El corrector editorial me marcó párrafos enteros del manuscrito destinados a ser eliminados. Hay algo de verdad en todo eso, me dije, tiene razón. Parece que busco héroes que cohesionen el relato, y los encuentro entre los alemanes. Unos héroes abominables, pero héroes al fin y al cabo. Si hubieran rematado la faena y hubieran vencido, la humanidad los admiraría, les habría erigido monumentos, les pondrían sus nombres a distintas ciudades jardín del este de Europa, a estadios y a salas de conciertos. Nadie estaría escarbando en los yacimientos de los desechos humanos de los bosques, y todos esos muertos habrían resultado borrados de la memoria para siempre. Con el fin de comprobar mi hipótesis, y antes de volverle a responder al corrector editorial, decidí hacer un experimento. Al siguiente grupo de chicos que me tocó guiar, les enseñé una fotografía de Heydrich en la cumbre del éxito y con su vestimenta oficial. Borré de ella, con ayuda del ordenador, todas las cruces gamadas que adornaban su uniforme, pero dejé las demás insignias y medallas de guerra. No les revelé quién era y pedí a quien, por casualidad, sí lo conociera, que se mantuviera en silencio. Les pregunté qué opinaban de él. Un hombre serio, dijo una de las chicas, equilibrado, dijo otra, guapo, añadió entre risitas otra chica de más atrás, un tipo que sabe lo que quiere, sentenció uno de los chicos, un hombre con carisma. Fuerte. Los resultados del experimento estaban bien claros. Por eso los habíamos perdonado tan deprisa. Y ese era el peligro del virus de la memoria que les estábamos inoculando a nuestros jóvenes. Por no hablar de que también yo estaba infectado. Así que le exigí al corrector editorial que dejara todo el capítulo tal y como estaba. Es muy importante, le escribí.

La empresa de videojuegos me puso al día de sus avances a través de un gestor de proyectos, y me dijo que como ya habían terminado de construir todos los artilugios y detalles de Auschwitz, pasarían ahora a ocuparse de los personajes. Hemos definido tres grupos, me dijo el gestor de proyectos, los alemanes, los esclavos judíos y los judíos que eran enviados de inmediato a los crematorios, y me preguntó si consideraba que lo habían entendido bien. Le escribí que existieron más subgrupos, como los *kapos*, los *sonderkommando* y los presos comunes alemanes, los gitanos, los guardias ucranianos, los médicos y las víctimas de los experimentos. Y que también entre los alemanes había un abanico muy amplio de cargos, desde funcionario contable hasta el responsable de las salas de exterminio. Me respondió enseguida para pedirme que les detallara las características de cada uno de los grupos desde el punto de vista de sus actuaciones, así como

el calendario que seguían y la apariencia externa que tenían; y, en la medida de lo posible, también la forma de pensar de cada grupo. Me impresionó su meticulosidad y el empeño que ponía para que los resultados llegaran a ser perfectos. Así es como esta gente se hace rica, me dije para mis adentros, contento de poder participar en ello. Me envió muestras de los personajes que ya habían alcanzado a crear, unos seres sin rostro. Las caras, explicó, las añadirían más adelante y para ello pensaban servirse de fotografías auténticas de nazis y de judíos.

En un sueño que escribí en cuanto me desperté en la oscuridad del amanecer de Polonia, salía yo de una joyería que había en una calle sin sol; había estado buscando un regalo para Rut, con la idea de resarcirla un poco por mi ausencia, cuando se me acercó un judío con sombrero, barba y mirada esquiva y me pidió que me uniera a la oración, porque les faltaba gente para el cupo imprescindible de diez orantes. Yo solía negarme, pero esta vez sí quise ir. ¿Dónde es?, le pregunté, y él me indicó una puerta cercana. ¿Ahí hay una sinagoga?, me sorprendí, porque creía conocer todas las sinagogas de esa ciudad. Es un lugar pequeño, respondió. Nos hemos hecho con él hace muy poco. Lo arreglamos. Es la sinagoga de los sastres, de los zapateros, de la gente sencilla. Me llevó a una habitación que no era grande, de techo bajo, y que tenía a lo largo de la pared una fila de bancos, como los de los gimnasios, y debajo había zapatos y calcetines. Se encontraban allí unas cuantas personas en distintas fases del proceso de desvestirse, y entre ellas una mujer en sujetador, acompañada de un niño, y al entrar yo lo protegió de mí. ¿Qué hace esta mujer aquí?, pregunté, y me puse a buscar el arca de la Torá y los libros de oraciones. No tengo kipá, le dije a mi acompañante, y él contestó, no importa, aquí no somos nada estrictos con eso, volvámonos hacia Oriente y empecemos ya, y con una voz potente se puso a recitar la oración *Bendecid al Señor bendito*. Algunos de los presentes le respondieron en un tono muy débil. Él no estaba satisfecho y me hizo señas para que yo también respondiera. Sea bendito por siempre el Señor, respondí pues. Los demás seguían allí alrededor de nosotros en calzoncillos. Solamente mi acompañante y yo estábamos vestidos. La mujer intentaba cubrir su desnudez y el niño tenía frío. El cantor seguía recitando las bendiciones, y cuando llegó al *Shemá, Israel* me emocioné profundamente. Pero los congregados no estaban con nosotros y el único que allí seguía rezando era mi anfitrión. Vi su cuerpo balancearse hasta que de pronto sus palabras empezaron a ser demasiado rápidas; aquello ya no era recitar sino un murmullo vertiginoso en el que solo de vez en cuando se distinguían algunas palabras, «y cosecharás tu grano, tu mosto y tu aceite». Corre demasiado con la lectura, así no se le reza a su Dios, cuando de

repente me hizo señas con las manos para que saliera de allí, y deprisa. Un momento, le dije, ¿y qué pasa con estas personas? Pero corrí detrás de él porque la inmensa puerta de hierro empezaba a cerrarse. Ahora estábamos los dos en un oscuro patio interior. ¿Y los demás? ¿Qué va a pasar con ellos ahí dentro?, pregunté. Se las arreglarán, respondió, disponen de escondites. Sacúdete bien la ropa y empieza a recitar el *kadish*.

Llegué a Israel para unas pequeñas vacaciones entre dos viajes con la decisión apremiante de pasar página en mi vida. Cumpliría con mis obligaciones allí en Polonia, pero no aceptaría más encargos, y entre tanto buscaría una plaza de profesor en la universidad, aunque fuera de las peores, y si no me quedaba otro remedio, en un instituto de enseñanza media. Se lo comuniqué a Rut y ella se alegró. Ido estaba feliz con mi regreso. Se encontraba en plenas vacaciones de verano y pasamos juntos una semana maravillosa, sin separarnos el uno del otro ni un solo momento. Rut dijo que nunca lo había visto tan contento. Por las noches corregía las galeradas del libro, que se iba a publicar en breve. Le pregunté al editor cuántos ejemplares, en su opinión, iban a vender y dijo que si llegaban a venderse mil, lo considerara un éxito, porque el gran público no lee, generalmente, este tipo de libros académicos destinados mayormente a los especialistas en el tema. Estuve hablando con Rut sobre nuestra economía familiar. Le comenté que tendríamos que rebajar nuestro nivel de vida y ella dijo que nos las arreglaríamos, que Ido y ella estaban pagando demasiado caro el hecho de que yo nunca estuviera en casa, y que a mí se me veía cansado y triste. Fuimos con Ido a la playa. Hacía años que no íbamos y el niño parecía haber entrado en éxtasis, de la felicidad que sentía entre el agua, el sol y las olas. Hice algunas averiguaciones y me encontré con que podía conseguir una plaza de docente a media jornada en la universidad, y aunque el sueldo fuera mínimo, por lo menos no me estaría sin hacer nada. Pero entonces me telefonearon ustedes. Me invitaba usted, a través de uno de sus consejeros, y casi a última hora, a una reunión en la que se iba a tratar de los preparativos del setenta y cinco aniversario de la Conferencia de Wannsee. Debido al respeto que le tengo a usted y a la importancia del acontecimiento, no podía rechazar la invitación, de modo que me fui para Jerusalén. Su segundo me había comentado por teléfono que mi tesis doctoral les había impresionado muy gratamente, lo mismo que los muchos conocimientos que adquirí sobre el terreno en Polonia, por todo lo cual consideraban ustedes que mi participación podría aportar mucho. Añadieron ustedes que el arqueólogo de Sobibor les había enviado un informe asimismo positivo sobre mi visita allí y que también eso había influido. Se lo conté a Rut. Ella se dio cuenta del entusiasmo que yo intentaba ocultar y de lo mucho que me tentaba la propuesta por la

importancia que tenía en sí misma, además de que ella conocía bien mis aspiraciones. Rut ya lo sabía sin que yo hubiera tomado todavía ninguna decisión. Por la noche, antes de acostarlo, Ido me dio un dibujo que había hecho para mí. Era un monstruo con muchas cabezas y muchos brazos y piernas, pintado de rojo y negro, y ante él un hombrecito plantado de pie, sin encogerse. Eres tú, papá, exclamó muy contento, luchando contra el monstruo.

Llegué antes de tiempo a la reunión y estuve paseando un poco entre los adorables y aromáticos pinos que lindan con el bosque de Jerusalén y que crecen en esa tierra tan limpia en medio de un aire purísimo. Cuando entré en la sala de reuniones vi que alrededor de la mesa del café se agolpaban unos cuantos oficiales de uniforme, funcionarios y especialistas diversos de Yad Vashem. Con un ligero retraso nos llamaron a sentarnos. Tomé asiento en la mesa de reunión detrás de un letrerito en el que ponía mi nombre acompañado de mi título: Especialista en los campos de exterminio de Polonia. Los oficiales sentados frente a mí me observaban. Yo estaba algo confuso, pero orgulloso del lugar al que había llegado trabajando duramente. Era de justicia que se me considerara y me sentía halagado. Entonces entró usted y dio comienzo la reunión. Este es un primer encuentro de trabajo, dijo, y vamos a ver hacia dónde nos lleva. Durante esta fase ruego a todos los presentes que mantengan el proyecto en secreto. Dentro de poco más de un año, añadió, se cumplirán los setenta y cinco años de la Conferencia de Wannsee, que fue convocada en enero de 1942 por orden de Reinhard Heydrich, director de la oficina central de seguridad del Reich. Con anterioridad ya habían sido asesinados cientos de miles de judíos durante la guerra, recordó usted, y es posible que hasta superaran el millón, con pelotones de fusilamiento, quemándolos, matándolos de hambre y de otras muchas maneras. También las aniquilaciones utilizando los camiones a modo de cámaras de gas en Chelmno habían empezado antes de la conferencia. Pero suele considerarse Wannsee como el punto de inflexión para el inicio de la Solución Final. Nos informó usted de que por el aniversario de ese día, los alemanes iban a celebrar un congreso de intelectuales y artistas en una mansión en Wannsee. Allí iba a haber también, por supuesto, una representación de Israel, y que ese congreso tendría un carácter intelectual y estaba pensado para que los alemanes pudieran hacer una especie de examen de conciencia. Al mismo tiempo, el primer ministro le había pedido a Yad Vashem, al Ministerio de Defensa y al Ministerio de Asuntos Exteriores que averiguaran si existía la posibilidad de celebrar un acto importante destinado a la memoria del acontecimiento histórico que ahora nos ocupaba, en uno de los campos de exterminio de Polonia. El primer ministro es un hombre con conciencia histórica, nos dijo usted, por lo

que aconsejaba que el acto conmemorativo se celebrara en el lugar en el que se habían perpetrado los crímenes. Su jefa de gabinete nos pasó en la pantalla una presentación titulada «Demostración de fuerza de Israel en el sitio del exterminio - ¡El pueblo de Israel vive!», título que iba acompañado en la diapositiva de portada de una fotografía del portón de entrada a Auschwitz con la famosa inscripción El trabajo os hará libres sobre un fondo de la bandera de Israel. Nos aclaró que, según parecía, el gobierno polaco no permitiría que se llevara a cabo ese acto en Auschwitz, y que tenía sus motivos para que no le entusiasmara la idea. Es por eso por lo que nuestra primera misión es la de escoger para el evento en cuestión un lugar alternativo entre los demás campos de exterminio. Y como no hay mal que por bien no venga, prosiguió usted, mientras que de Auschwitz todo el mundo ha oído hablar, vamos a poder poner el foco de atención en otro de los lugares clave del Holocausto. ¿Y qué es lo que vamos a hacer allí?, preguntó uno de los presentes, el subdirector general del Ministerio de Asuntos Exteriores. La respuesta llegó al instante por medio de las diapositivas de la presentación. Será un acto muy diverso, explicó usted, en el que participarán distintos estamentos de la sociedad israelí. Aunque el ejército será su hilo conductor, en absoluto se va a tratar de un evento exclusivamente militar. Participarán también autoridades, rabinos, artistas y jóvenes. Los discursos principales los pronunciarán el presidente y el primer ministro. La idea que ha propuesto el primer ministro, continuó usted, y recuerdo muy bien la seguridad con la que se expresaba frente a la pantalla, puntero en mano, es que distintas unidades de nuestro ejército aterricen con helicópteros en el lugar escogido y se desplieguen por la zona; que la tomen, en realidad, y a continuación dará comienzo el acto con los discursos, los cánticos y el resto del programa. Hace unos años el Ejército del Aire organizó un desfile aéreo en el cielo de Auschwitz. Seguro que todos ustedes han oído hablar de ello porque resultó impresionante y fue todo un éxito, pero en esta ocasión tendremos también a las fuerzas del Ejército de Tierra. Este es el plan general del evento. Miré a los que estaban sentados alrededor de la mesa y vi en sus rostros la preocupación lógica de las personas que ostentan un cargo, pero no asombro. La idea les parecía de lo más natural.

¿Habrá cantantes?, preguntó la representante del Ministerio de Cultura. Naturalmente, respondieron, y la orquesta del ejército los acompañará. Después se habló de la repartición de los roles y del calendario a seguir. La jefa del gabinete nos repartió unos cuadros impresos en los que aparecían al detalle las distintas tareas, los grupos de trabajo y las responsabilidades de cada uno. Se resolvió que al cabo de un mes se reunirían los representantes de cada grupo para dar cuenta de sus respectivos progresos. Busqué febrilmente mi nombre en

los cuadros y encontré: consejero en lo referente a la elección del campo de exterminio y la organización de la ceremonia. La presentación había terminado y se dio paso a las múltiples preguntas de los presentes. El debate duró horas. Al mediodía nos llevaron unas bandejas con bocadillos y jarras de limonada. Durante esa breve pausa para comer me acerqué a usted y me presenté, aunque innecesariamente, porque enseguida dijo: naturalmente que lo conozco; le agradezco que se haya molestado en venir, porque su presencia es muy importante. Y yo me llené de orgullo. No se puede usted hacer idea de lo mucho que significaron para mí sus palabras. Su jefa de gabinete, que es diligentísima y eficiente, me pidió que la siguiera y me presentó al resto de los participantes, a los uniformados y a los que vestían de paisano, uno por uno, y mientras les iba dando la mano ella me presentaba con mi título de doctor antepuesto al apellido. Les repartí, además, mi tarjeta de visita, y ellos me dijeron que en breve se pondrían en contacto conmigo. Ha sido una reunión muy productiva, me dijo la jefa de gabinete y añadió: emocionante, ¿verdad? Y yo asentí con la cabeza, sí, por supuesto que sí, muy emocionante. Me gustó la importancia que ella me daba. Cuando salí de la reunión me sentía con los ánimos por las nubes. Llamé a Rut y se lo conté. Estuvo de acuerdo en que no podía dejar escapar una oportunidad como esa, además de que entendía lo importante que aquello era para el país. Los dos éramos muy buenos chicos. Se podía confiar en nosotros. Regresé a Polonia. Seguía teniendo la agenda repleta de grupos pendientes, y ahora tenía añadida esa misión especial.

«Contrato vinculante. Referencia: Proyecto Wannsee». Ese era el encabezamiento del contrato que me enviaron ustedes. Se especificaba que la formalidad no conllevaba una relación de empleador y empleado, pero la cantidad a percibir era respetable. Firmé. El ejército no tardó en ponerse en contacto conmigo para pedirme, por medio de un teniente coronel del Departamento de Operaciones, que como primera medida tuviera a bien enviarles un sumario con los detalles de cada uno de los campos de exterminio y que lo presentara en forma de tabla: el nombre del campo, su localización, un resumen histórico, el número de judíos asesinados, sus lugares de origen, levantamientos, supervivientes y las vías de acceso. El último apartado no lo entendí bien. ¿Se referían a que tenía que detallar las vías de acceso para llevar a cabo una incursión, como había aprendido en el curso de oficiales de tanque? Les pregunté y me respondieron que solamente necesitaban unas directrices generales, porque la topografía en detalle ya se ocuparían ellos de estudiarla una vez escogido el campo de exterminio. Fijaron un calendario muy apretado para que les remitiera las respuestas, de tan solo unos pocos días, y me agradecían de

antemano mi aportación para el éxito de la misión. La mayor parte de la tabla la rellené de memoria rapidísimamente, sin necesidad de consultar ningún libro, porque la verdad era que para mí aquellos datos resultaban muy básicos, ya que nosotros somos especialistas en el tema, señor presidente. Había, sin embargo, unas columnas que sí necesitaban que se les prestara especial atención. Para empezar, el número de asesinados en cada campo. Estos datos, como bien sabido es, se han ido modificando a lo largo de los años. Así, por ejemplo, durante mucho tiempo se había llegado a la conclusión de que en Auschwitz fueron asesinadas cuatro millones de personas. Con el tiempo esa cifra fue menguando y hoy se ha quedado solamente en un millón o un millón y medio de personas, la inmensa mayoría judíos. Frente a esto, el número de los muertos en Treblinka crece constantemente y hoy ha llegado a alcanzar casi el millón. También ha crecido significativamente el número de los asesinados por arma de fuego junto a las fosas, sobre todo en territorio de la Unión Soviética, lo mismo que ha aumentado la cifra de asesinados de las maneras más peregrinas. Anoté en la tabla los datos de los que disponen los investigadores a día de hoy, y hasta comenté brevemente las dificultades que presentan esos cálculos. Cuando terminé de rellenar las columnas destinadas a esas cifras, solo veía ante mí montañas y más montañas de muertos. Los países de origen desde los que fueron enviados los judíos a cada uno de los campos me los sabía de memoria, pero a pesar de ello lo comprobé para cerciorarme de que no me había dejado nada. Les pregunté si era necesario señalar también las ciudades y me respondieron que bastaba con los países. Repasé los países de Europa uno por uno, lo mismo que los envíos de gente que hubo desde el Norte de África, y los fui colocando en la tabla. Recalqué que todos los campos, sin excepción alguna, eran internacionales en cuanto al componente humano de las víctimas, gracias a la riquísima red ferroviaria europea que permitía el envío de vagones desde cualquier lugar a cualquier otro lugar sin la menor dificultad. El modo en que determinaban los alemanes a qué campo iba a ser enviado cada contingente ha sido una de las preguntas más complicadas de la investigación de la logística del Holocausto, y como usted muy bien sabe, yo también me ocupé ampliamente del tema en mi estudio. Las columnas de los levantamientos las rellené muy resumidamente por el poco espacio que les habían destinado, pero les indiqué que podían ampliarse considerablemente. Les hice notar que en Auschwitz y en Treblinka se produjeron revueltas de los *sonderkommando* cuando disminuyeron los envíos y cuando los judíos que eran obligados a trabajar en aquella maquinaria del asesinato comprendieron que también su propio fin estaba cerca. En Chelmno se sublevaron los últimos *sonderkommando* el día que el campo fue

destruido por completo. Surge la pregunta de por qué no se sublevaron antes, cuando es posible que hubieran salvado con ellos a algunos judíos más que no formaban parte de sus filas, pero eso no lo anoté, porque la respuesta está más que clara y mana del instinto animal más básico de supervivencia de los seres humanos. En más de una ocasión me he preguntado si habría sido capaz de ocuparme de los terribles trabajos del exterminio (sacar los cadáveres de las cámaras de gas, limpiar las cámaras después de cada turno, extraer las muelas de oro, quemar los cuerpos, romper los huesos más grandes) si con ello hubiera podido alargar un poco más mi vida. Las memorias de los supervivientes muestran que la mayoría de los *sonderkommando* se acostumbraron a ese trabajo, y que el índice de suicidios entre ellos fue bajo. De ahí infiero que yo también me habría acostumbrado. Anoté en su columna correspondiente que en Sobibor la revuelta se produjo después de que llegaran al campo prisioneros de guerra judíos que habían servido en el Ejército Rojo, personas que no habían perdido su condición humana, y que se trató de un levantamiento especialmente atrevido y efectivo. Fue por eso por lo que los alemanes arrasaron el campo, por temor a que los rebeldes que habían escapado pudieran demostrar los crímenes que allí se cometieron. También me pareció apropiado añadir, aunque fuera muy sucintamente, otras revueltas desconocidas a las que llegué por el testimonio de varios testigos, como por ejemplo la historia de un contingente que llegó a Treblinka y que se rebeló ya de camino hacia las cámaras de gas, por lo que los alemanes se vieron obligados a liquidarlos con las ametralladoras, e incluso algunos casos de atrevidas protestas por parte de unas pocas mujeres que les escupieron a la cara a los alemanes antes de que las metieran en las cámaras de gas en Auschwitz. Estas acciones eran un milagro, a mis ojos, y si de mí dependiera les erigiría un monumento a cada una de esas heroínas en todas las ciudades de Israel. También hubo intentos de fuga de los campos, a pesar de las alambradas de espino, las torretas de vigilancia y los guardias armados, pero casi todas fracasaron. Mientras rellenaba esa columna me asaltó la ira. Pero seguí adelante, hacia la columna de los supervivientes que el ejército me pedía que rellenara: en Auschwitz hubo miles de supervivientes, porque sirvió también de campo de trabajo con decenas de campos secundarios, y quien superaba la primera selección, y después la suerte lo miraba de cara y además tenía templanza de espíritu y fortaleza física, quedaba con vida. En Belzec hubo un solo superviviente, Rudolf Reder, que dio testimonio de lo que allí estaba ocurriendo. Permaneció en ese campo durante cuatro meses, como uno de los cientos de judíos que fueron empleados para trabajar allí de entre los cientos de miles que fueron asesinados el mismo día de su llegada. Un día lo llevaron con ellos los

miembros de las SS a su ciudad natal Lvov, con el fin de que los ayudara a trasladar material de construcción para reforzar el campo. En un momento dado los alemanes salieron del vehículo y él se quedó solo con uno de los vigilantes, que se durmió y empezó a roncar. Reder aprovechó la ocasión para escapar y encontró refugio en casa de una mujer polaca hasta el final de la guerra. La historia de su huida es de las más emocionantes que jamás haya oído, por lo que me extraña que se haya escrito tan poco sobre él y que siga envuelto en cierto halo de misterio. De Chelmno escaparon, que se sepa, solamente tres. De Sobibor y de Treblinka había unas pocas decenas de supervivientes que lograron huir durante las revueltas que estallaron en esos dos campos antes de que fueran destruidos. Me dirigí a ustedes con el fin de averiguar cuántos de ellos siguen hoy con vida, porque el ejército también pedía ese dato, y se me respondió que muy pocos, que un pequeño puñado. Referente a la columna «Vías de acceso» seguía sin quedarme clara del todo, ya que el ejército podía abrir un mapa o mirar las fotos del satélite pertinente, pero a pesar de ello puntualicé que a todos los campos se podía llegar en vehículo rodado y a una parte de ellos también mediante el ferrocarril, que todavía sigue activo. Asimismo señalé con todo detalle las distancias en kilómetros desde Varsovia, Cracovia y Lublin. Al día siguiente mismo me agradecieron desde el ejército los datos que les había enviado y resaltaron lo útiles que les resultaban como punto de partida para el plan de acción de la comandancia. En breve, escribían, le enviaremos nuevas instrucciones.

Finales de verano, a los pies del Monumento a los Héroes del Gueto de Varsovia, hecho de bronce sobre una enorme lápida de mármol. En su parte posterior, que da al edificio en el que tenía su sede el *Judenrat*, unos judíos cabizbajos se dirigen a la muerte. En la cara frontal, están plasmados los héroes de la revuelta, unos jóvenes armados y bien parecidos. En la réplica que tienen ustedes en Yad Vashem le han cubierto los pechos desnudos a la combatiente. Y con razón, porque atentaba contra el decoro de todos ellos en ese malogrado intento de imitar a los franceses. Tenía ante mí a un grupo de funcionarios del Ministerio de Fomento que entrecerraban los ojos deslumbrados por el sol. ¿Cuántos alemanes creen que murieron durante la sublevación?, les pregunto, y ellos lanzan sus estimaciones que van desde los cien a los mil. Según parece no fueron más de veinte, los corrijo, y ellos exclaman asombrados: ¿todo eso para menos de veinte alemanes muertos? No era mi intención echaros por tierra el mito, sino poner las cosas en su sitio. Además de que ahí me habría gustado veros a vosotros, queridos combatientes míos, mascullé entre dientes. Y no estoy muy seguro de que no me oyeran. Por aquella época empezaban a escapárseme pensamientos personales por la boca.

Se oye un pequeño cuchicheo entre algunos de los presentes que están en la parte de atrás. Les pregunto si hay algún problema. ¿Por qué no nos hablas de los polacos?, exclama uno de los funcionarios con camisa de cuadros. ¿Por qué no cuentas nada de las muchas tropelías que cometieron? ¿Es una cuestión política, o qué, eso de que tengamos que andar con tantos miramientos? Son varios los que asienten a su alrededor y hasta hay quien le da una palmadita en la espalda. A él, por su parte, se lo ve muy satisfecho de sí mismo. Los polacos no hicieron el Holocausto, le respondo, lo hicieron los alemanes. Los polacos aprovecharon la coyuntura para llevar a cabo pogromos, como siempre lo han hecho a lo largo de la historia, porque forma parte de su idiosincrasia nacional. Odiaban a los judíos porque crucificaron a Jesús, porque recaudaban los impuestos al pueblo para dárselos a la aristocracia y porque sabían leer y escribir. Y también porque sus mujeres eran muy limpias, ya que iban al *mikve* una vez a la semana, al contrario que las polacas que se bañaban mucho menos. El judío les ofrecía en la taberna aguardiente que se les subía al momento a la cabeza y les cobraba por ello, pero nunca bebía con ellos, ni reía con ellos de las cosas sencillas de la vida ni lloraba con ellos en sus duelos. El judío permanecía sobrio mientras ellos se sumían en la tontuna de la borrachera y cuando tenía un rato libre hundía las narices en un libro, entre la magia de las palabras, mientras que ellos ni siquiera sabían leer. Por eso, por envidia y por ignorancia, visitaban de vez en cuando al judío en su casa, una vez cada tantos años, a media noche, y le rasgaban la ropa de cama, le rompían los muebles, le violaban a la mujer y a las hijas, y en ocasiones lo mutilaban, miembro tras miembro, hasta que su rostro perdía su estoica expresión, y entonces se iban a beber. Pero jamás pensaron esa caterva de borrachos en asesinar a todos los judíos, porque eso quedaba muy lejos de su imaginación y de su capacidad ejecutoria. Para esa misión histórica estaban destinados los alemanes, que poseían la perspectiva, la determinación, la sagacidad y la ciencia suficientes, y que a cuyos ojos también aquellos polacos eran infrahumanos, solo un peldaño por encima del judío, al que ni tan siquiera consideraban humano. ¿Pero qué hay entonces de los pogromos?, insistió el hombre del fondo, y yo le confirmé que sí había habido pogromos, pero que si se comparaba la responsabilidad que habían tenido los alemanes con la de los polacos, se estaba distorsionando gravemente la historia. ¿Le puedo hacer una pregunta?, le dije, y él asintió sorprendido. ¿Por qué os cuesta tanto odiar a los alemanes? Eso es lo que le pregunté, porque se trata de la cuestión que más me interesa. El hombre miró a sus compañeros del ministerio como si yo no estuviera en mis cabales. Nos alejamos de allí y fuimos avanzando hacia el monumento Umschlagplatz. Me di cuenta de que seguían sin estar contentos de mí.

Mi buena química con las personas se había ido al traste en algún punto de mi existencia.

Sin que supiera la razón, la publicación del libro, para mi disgusto, se demoraba. Estando como estaba basado en una tesis doctoral ampliamente alabada, yo no llegaba a entender la razón por la que el corrector editorial me amargaba la vida con reiteradas y machaconas preguntas. Esta vez me preguntaba si podía abreviar el capítulo sobre la música en los campos de exterminio que, en su opinión, era demasiado largo y detallado, y hasta hizo una observación muy desagradable en el sentido de que los lectores podían llegar a hacerse una falsa idea de lo que había sido la realidad de los campos. En concreto se refería a la orquesta que había formado Artur Gold en Treblinka. Gold era un conocido músico de Varsovia, violinista y compositor, y cuando bajó del tren los alemanes lo reconocieron y lo mantuvieron con vida durante unos cuantos meses para que formara una orquesta. Tocaban junto a los edificios de las SS y en ocasiones también junto a las cámaras de gas, porque lo testimoniaron los *sonderkommando* que lograron escapar cuando se sublevaron. Lo que molestaba al corrector editorial era que me entretuviera en detallar la composición de la orquesta y su repertorio que incluía melodías y canciones conocidas, por un lado, y por otro canciones que Gold compuso especialmente para el campo, como el himno de Treblinka que cantaban todos los días los *sonderkommando*: «Con la mirada dirigida libremente hacia el mundo / formando filas caminamos hacia el trabajo. / En este día que solo Treblinka nos pertenece / por ser nuestro destino». A los músicos y al mismo Gold, el director, los vestían los alemanes con trajes de payaso. Todos ellos fueron asesinados durante las últimas semanas de la existencia del campo, antes de que los alemanes lo abandonaran y araran su suelo. En mi investigación distinguía yo entre el repertorio que interpretaba la orquesta de Treblinka cuando las víctimas iban de camino a las cámaras de gas, y que incluía también canciones populares judías como «Yosi al violín y Pesi al tambor», y el repertorio puramente alemán que era interpretado en Auschwitz, por orden de los alemanes. Escribí también, basándome en el testimonio de los vecinos polacos de Rudolf Reder, sobre la orquesta que había habido en Belzec y que recibía a los recién llegados en la estación del ferrocarril y los acompañaba a lo largo de todo el proceso de exterminio que allí era breve y eficiente, la misma orquesta que además tocaba los domingos en las fiestas etílicas del personal alemán y ucraniano del campo. Se sabe que esa orquesta estaba compuesta por seis miembros, entre los que siempre había un acordeonista, un flautista y un violinista, y que según parece los seis miembros fueron reemplazados en repetidas ocasiones durante la existencia activa del campo, dado que sus

predecesores habían sido asesinados. Rudolf Reder dio testimonio de que la orquesta acompañó con su música la tortura y asesinato del jefe del *Judenrat* de la ciudad de Zamosc ante toda su comunidad y que acto seguido todos los judíos de esa ciudad fueron llevados a las cámaras de gas. La pieza que interpretó la orquesta en esa ocasión era un éxito musical del momento, cuyo estribillo decía: «Todo pasa, nada perdura». Al corrector editorial le parecía que todas esas explicaciones estaban de más, pero yo insistí en que nada fuera borrado, porque al escribir ese capítulo había sentido que estaba más cerca de ellos que nunca, que era como si me encontrara allí entre ellos, y hasta me pareció captar la enajenación mental de los alemanes y el odio al mundo que los consumía.

El ejército me pidió que ampliara el informe inicial que había entregado. La orden añadida que recibí fue: tenga a bien aclarar con brevedad cuál es el mensaje educativo e histórico que atañe a todos los campos de exterminio y si existen diferencias entre ellos. Me di cuenta de que habían reflexionado profundamente al formular la pregunta. No me apresuré a contestar, porque me interesaba. La exigencia de que respondiera con brevedad me obligaba a sintetizar mis pensamientos. Veía los campos ante mí, olía los bosques que los rodeaban, la pesada tierra; recorrí mentalmente el terreno, sentía los restos con todos mis sentidos. Escribí que en Chelmno fueron pioneros y que por eso hubo improvisación, mucho movimiento, y los asesinatos se cometían en vehículos. Llevaban a las víctimas hasta la estación de ferrocarril del bosque. De ahí los trasladaban en camiones hasta una enorme granja, donde pasaban la noche. Al día siguiente les ordenaban que se desnudaran para ser desinfectados y para recibir ropa nueva con la que salir hacia el trabajo. Hasta ese momento, el trato era extremadamente amable y la granja tenía hasta calefacción, para que no pasaran frío. Los alemanes mantenían vivo el engaño hasta el último momento, para que nadie se sublevara. Y entonces, cuando estaban en ropa interior, los llevaban hacia una puerta desde la que se abría ante ellos el remolque de un camión. A su interior ya los empujaban empleando la fuerza, y a latigazos, para a continuación cerrar el remolque, introducir en él la manguera conectada al tubo de escape y envenenarlos mientras viajaban hacia el bosque. Al llegar ahí, los *sonderkommando* los enterraban en fosas comunes. Los especialistas que habían asesinado a miles de enfermos mentales en Alemania emplearon ese mismo método en Chelmno. ¿Cuál era el mensaje de los asesinados en Chelmno? Eso es lo que yo me preguntaba buscando allí algo exclusivo. Como bien sabido es, la mayoría provenía del gueto de Lodz, por el que se paseaba el presidente del *Judenrat* Rumkowski en una engalanada carroza tirada por un caballo. Eliminé ese episodio, porque no le iba a ser de utilidad

alguna al ejército. La historia de Chelmno tenía su atractivo por su pionerismo y por el atrevimiento en implementar el engaño en aquella granja convertida en casa de los horrores, en una versión de Hansel y Gretel con camiones que salían hacia el campo con una carga de seres vivos que eran asfixiados en la parte de atrás. Eichmann en persona acudió allí para observar una demostración del modus operandi. Me fascinaba tanto esa historia que llegué a sentir asco de mí mismo. En cuanto a lo que sucedió en Auschwitz, todo era bastante más sencillo, y eran muchos y mejores que yo los que se habían ocupado del tema con anterioridad, así que para hacerme la vida más fácil e impresionarlos a ellos, cité unas cuantas frases de Primo Levi, Hannah Arendt y hasta de Giorgio Agamben, aunque las de este último las borré por no pasar por demasiado intelectual y en su lugar dibujé la llama que ardía en un extremo del campo y que yo había visto a través de los ojos del superviviente Yohanan. Auschwitz era una combinación de plan criminal y plan económico basado en la esclavitud hasta la extenuación y la muerte en uno. Eso fue lo que escribí, y quedé realmente satisfecho de cómo había conseguido formularlo. Sobre Treblinka escribí que era un lugar de muerte en el que se quemaba carne humana, un sitio donde deshacerse de los despojos humanos a gran escala, aunque tras escribir eso lo borré y lo reformulé más suavemente porque sabía que mi descripción habría resultado demasiado cruda, y no quería perder ni el trabajo ni al cliente. Acerca de Sobibor escribí inicialmente: en el confín de Europa, en el extremo del mundo, entre primigenios bosques el fin de la humanidad. Pero también eso lo borré y lo corregí, para que sonara más expeditivo, al tiempo que me puse a buscar pistas, en los correos electrónicos y en los sms que me habían enviado, por ver si averiguaba qué conocimientos tenía aquella gente y qué era lo que realmente buscaban. Para qué necesitaban todo eso. De Belzec dije que apenas nadie conoce ese campo a pesar de que murieron en él más de medio millón de personas. En Lodz se produjo la máxima eficiencia, escribí con letra destacada. La maquinaria allí fue tan exitosa que después de menos de un año ya no era necesaria más intervención, porque toda la población había sido aniquilada, casi sin excepción. Sobre Majdanek dije que fue un campo de concentración y de exterminio que operaba cerca de una gran ciudad, a la vista de todo el que pasara por la carretera principal que llevaba de Lublin hacia el este, como muestra de los objetivos que tenía el fascismo. Modifiqué el texto varias veces y lo que finalmente les envié fue significativamente diferente de lo que me había propuesto en un principio.

En una tregua que tuve entre dos grupos me dejé crecer una oscura barba. Durante unos días no me afeité, y cuando me planté ante el

espejo me vi como otra persona. Decidí dejarme la barba. En una vieja tienda de ropa que había cerca de mi apartamento y que no había cambiado desde la época comunista, me compré una polvorienta gorra que vi en el escaparate. Mi nueva apariencia tenía una ventaja: atemorizaba a los chicos, que ahora me escuchaban con mayor atención, y atraía a las profesoras. Al llegar el invierno me puse un pesado abrigo negro que había sido de mi padre y que mi madre me había regalado. Mi anciana vecina me vio por el pasillo, se detuvo, me observó con los ojos como platos, y al no reconocerme me dijo algo en polaco. No soy un buen vecino, me dije, viéndome todavía como un turista, aunque en realidad pasara más tiempo allí que en Israel. Quizá la invite a un vaso de té para que me cuente su vida, que con toda seguridad tenía que haber sido interesante o haber estado expuesta a situaciones interesantes, y para que me hable de los judíos que conoció y pueda preguntarle si los echa de menos. Le preguntaré también cómo me ve a mí y la interrogaré hasta descubrir qué piensa de los judíos, si guarda odio hacia ellos. Llevaré a cabo con ella un estudio psicopatológico hasta conseguir escudriñar a fondo su vieja alma polaca. Le respondí con un buenos días en polaco y le pregunté si quería tomar un té, pero ella me dio la espalda y huyó de mí refugiándose en su piso, como si hubiera entendido que lo que yo quería era acabar con ella.

El tanto hablar empezaba a pesarme. Demasiadas palabras. Mientras daba mis charlas oía mi voz desde un lado, como el que oye una grabación de sí mismo, y me estremecía. Era vital acortar las explicaciones. Tenían que comprender todo aquello por medio de la tierra, del bosque, del silencio. Les leí los versos de *Las calles del río*, de Uri Zvi Greenberg, capítulos del libro de Primo Levi y partes del diario de Emanuel Ringelblum. De todos ellos oían hablar por primera vez a través de mí. Apenas levantaba la mirada del texto y procuraba no mirarlos a los ojos, porque cada vez me incomodaba más hacerlo. Me quedaba a un lado mientras ellos llevaban a cabo sus ritos con las banderas y las velas, la recitación del *kadish* y las tristes canciones que acompañaban con la guitarra. Intenté no escuchar más sus conversaciones. Les leía el poema que escribió Dan Pagis:

> Aquí, en este vagón
> yo Eva
> con Abel mi hijo
> si vierais a mi hijo mayor
> esa persona, Caín, hijo de Adán
> decidle que yo

Solo así es como hay que hablar. Aunque a veces me armaba de

valor, me quitaba de la cabeza esa idea y ponía buena cara buscando el camino para acercarme a ellos y soltar la lengua, aunque ellos se cerraban ante mí y no estaban dispuestos a admitirme, por lo que sus jóvenes rostros me parecían un campo minado. Me sentaba solo en el asiento delantero del autocar, como el niño rechazado por la clase. Cumplía con mi trabajo como un autómata, pasando de una fase a la otra del proceso, que cada vez se me hacía más insoportable, y les comunicaba los datos a secas, sin pensar ya ni en el aspecto didáctico ni en el mensaje. Arranque, le dije al conductor, arranque de una vez, continuemos, no vaya a ser que no cumplamos con el horario previsto.

En el parque infantil que hay entre los edificios un ágil gato consiguió cazar una paloma. Unos rubios niños polacos se pararon a mirarlos. La paloma aleteaba consiguiendo zafarse por un momento, pero el gato ya le había roto un ala.

Se arrastraba por el suelo en diagonal mientras el gato le daba repetidos golpes con la zarpa y las plumas se desperdigaban por la senda de la fallida huida. Las madres me miraban. Si yo era allí el único hombre, ¿por qué no intervenía? Me levanté del banco sin causar en el gato impresión alguna, ya que siguió golpeando a la paloma con las zarpas mientras la mordía hasta arrancarle la cabeza y quedarse con ella entre los dientes. Un niño dio un alarido mientras los demás seguían mirando atónitos. Las madres me dijeron algo en tono de queja. Abrí los brazos hacia los lados y subí a mi apartamento.

En respuesta a mis observaciones, la empresa de realidad virtual me envió una versión avanzada del videojuego. Entré para ver lo que habían hecho. Jugué a ser un judío y después un alemán. Anoté unas observaciones. La gráfica era impresionante. Los personajes eran prácticamente tridimensionales en su complejidad. Me pregunté si también a usted le habrían enviado esa versión, si también usted estaría intentando alimentar el crematorio de cadáveres con sus dedos, porque la llama no ardía hasta que no se la alimentaba con la grasa suficiente, siguiendo el consejo que yo mismo les había dado. El judío tenía la posibilidad de escapar temporalmente a la muerte de varias maneras programadas, según fuera elegido para trabajos forzados, experimento médico o para esconderse en algún rincón del campo. Como esta última posibilidad no había existido en la realidad, aunque la ofrecía el videojuego, tomé nota enfurecido para hacérselo saber a los programadores. Pero en general me sorprendió su meticulosidad. Allí estaban todos los componentes del campo tal y como yo se los había detallado. Se habían acordado hasta de los pequeños detalles como eran, por ejemplo, unos patíbulos instalados junto a los barracones de los prisioneros. Entré con la tecla en las letrinas, que resultaron estar llenas hasta la altura de la rodilla, y en la banda musical se oían los valses y las marchas que interpretaban las

orquestas cuando los prisioneros salían a los trabajos forzados al amanecer y cuando regresaban ya bien entrada la tarde, lo mismo que en la sala en la que se desnudaban junto a las cámaras de gas se oían las tranquilizadoras palabras de los *sonderkommando* y el cuchicheo de las víctimas en múltiples idiomas. Le extraje el oro de la boca a un cadáver y lo deposité en una caja; me convertí en un alemán y azoté a un judío con un látigo de cuero; fui un *kapo* que repartía sopa de una cazuela. No podía dejarlo, de tan terriblemente logrado como estaba el videojuego.

Saliendo de Lublin nos detuvimos en la estación de ferrocarril de Izbica, en una explanada próxima a las vías donde lo alemanes encerraban a decenas de miles de judíos en un campo de concentración improvisado por unos días, al raso, antes de enviarlos a aniquilar a Belzec y a Sobibor. Les hablé a los niños de Ian Karski, miembro de la resistencia polaca, hombre guapo y elegante de ojos celestes, que consiguió infiltrarse allí haciéndose pasar por un vigilante ucraniano e informó de que los judíos estaban sin comida, sin agua y a la intemperie. Que los golpeaban sin piedad hasta causarles la muerte y se pasaban los días allí tendidos en el suelo, sin fuerzas, desfallecidos de hambre y rodeados de sus excrementos y vómitos. Vio allí a la gente yendo y viniendo enloquecida entre las alambradas de espino mientras sus hijos agonizaban en sus brazos, hasta que llegaba el tren y los subían a todos a latigazos, a punta de bayoneta y a tiros, bien apretados a los vagones, hasta que no cabía ni un alfiler, y a los bebés los lanzaban los alemanes y los ucranianos por encima de las cabezas de los adultos, como si fueran el equipaje de mano de un avión. Me quedaba allí de pie leyéndoles el informe que Ian Karski había enviado a los gobiernos de Inglaterra y de Estados Unidos, gobiernos que no consideraron oportuno bombardear la vía férrea que llevaba a los campos ni siquiera cuando supieron con certeza lo que sucedía en ellos, porque eso no se encontraba en el primer lugar de su orden de prelación. Cada uno es dueño de pensar lo que desee, pero existe la posibilidad de que tampoco a ellos les gustaran demasiado los judíos. Mientras exponía estos hechos se oyó un alarido proveniente del grupo. Una de las chicas dijo que le dolía el vientre. Sus compañeras la rodearon, la acostaron en el suelo, fueron a por el médico que los acompañaba pero este había continuado viaje en otro autocar. Fui corriendo hacia ella y me arrodillé a su lado. Me dijo que había notado dolor desde el día anterior, pero que ahora le dolía muchísimo. La directora de la escuela telefoneó al otro autocar para que regresara de inmediato con el médico. A la chica le dieron de beber agua y le lavaron la cara, pero ella se retorcía de dolor y sus rizos castaños se desparramaron por el cemento mientras sus compañeras seguían acariciándole la cabeza. Es bien dentro, decía,

algo grave me pasa, haced algo, no me dejéis aquí. Los chicos se mantenían apartados, a un lado, preocupados. De repente me di cuenta de que no tenía ninguna queja de ellos, allí con sus caras bondadosas, sino que en todo caso eran ellos los que nos podían echar en cara que los hubiéramos llevado allí para hacerlos sufrir. El otro autocar llegó, el médico bajó de él, le palpó el vientre y dijo que parecía una dolencia ginecológica, quizá una torsión ovárica, y que había que llevarla a un hospital. Intentamos llamar a una ambulancia, pero infructuosamente, así que corrí hacia las oficinas de la estación que estaba a unos cientos de metros de distancia y, a gritos, le pedí al empleado que llamara a una ambulancia porque había una niña enferma. No me moví de allí hasta que telefonearon a la Cruz Roja. Mientras la ambulancia llegaba corrí una y otra vez de las oficinas de la estación hasta donde la chica se encontraba tendida en el suelo, dos o tres veces corrí de esa manera, hasta que finalmente llegó, sacaron una camilla, la tendieron en ella y la metieron en la ambulancia. El médico y la profesora la acompañarían y a mí me dio tiempo a decirle al paramédico polaco, con mi mínimo conocimiento de su lengua, que la trataran bien, que era muy importante para mí que saliera del trance sin sufrir ningún daño, y me lamenté de no haberme fijado en ella antes, en su pena, en su dolor, porque me limitaba a soltar mi discurso sin escuchar. Quise hablar con todos los compañeros que se habían quedado allí junto a las vías, pedirles perdón. Toma, bebe agua y descansa un poco, me dijo en inglés el chofer polaco cuando regresé al autocar, tienes un aspecto espantoso.

En Cracovia, por la noche, el día antes de salir para Auschwitz, estando ya los chicos arriba en sus habitaciones, entró en el hotel un grupo grande de judíos jasídicos, solamente hombres, con sus sombreros y abrigos largos, y les dieron las llaves de sus habitaciones. Uno de ellos, de barba pelirroja, ojos bondadosos y pinta de flemático, le pidió al camarero en el bar que le sirviera una Coca-Cola en un vaso de plástico desechable y se sentó a mi lado. ¿De la Tierra de Israel, verdad?, me preguntó tras pronunciar la bendición. ¿Qué hace aquí un judío? Y yo le contesté a las preguntas. ¿Y qué hacéis vosotros aquí?, le pregunté, a mi vez. Hemos venido a visitar la tumba del rabino Elimelej de Lizansk, respondió. Vengo una vez al año, porque el rabino prometió que quien peregrine a su sepultura no abandonará este mundo sin estar completamente preparado para ello, así que para más seguridad vengo todos los años. Estaban de muy buen humor a pesar del cansancio provocado por el largo vuelo, no como en nuestros grupos en los que todos ponen cara de entierro desde el mismo momento del aterrizaje. ¿Y qué hacéis allí?, me interesé. Rezamos en la sinagoga del rabino, respondió. Pedimos misericordia, cantamos, bailamos, comemos. Allí nos lo encontramos ya todo listo para

nosotros, gracias a Dios, nos preparan un auténtico shabat. Por el camino nos detenemos en las sinagogas de otros rabinos, en las de «Divrei Yehezkel» en un lugar que se llama Sieniawa, y en «Zera Qodesh», en Ropshitz. Judíos del mundo entero vienen a visitar al rabino Elimelej y me sorprende que un judío como tú no lo haya oído nombrar. ¿Y a los campos de concentración no vais?, le pregunté. No, ¿para qué?, me respondió y se puso serio. ¿Qué se nos ha perdido a nosotros en esos perversos lugares? Nosotros seguimos vivos. Buscamos la santidad huyendo de todo lo impuro. Para la Torá y para cumplir los preceptos, ese es el sentido de nuestra existencia. Y aquí se estudió mucha Torá y se cumplieron los preceptos y, gracias a Dios, nosotros somos los continuadores. Pero todo aquello terminó, le dije, aquí solo queda muerte. No es cierto, dijo. Aquí vivieron los rabinos más importantes y se desarrollaron las academias talmúdicas y las sinagogas más grandes, que produjeron una vida judía de santidad como en ningún otro tiempo. ¿Qué te crees, que todo eso se perdió? Todo esto está aquí, y también aquí, añadió, señalándose la sien. Ellos siguen vivos en nosotros, que tenemos la misión de devolver a este lugar el universo de la Torá, drenando los pantanos y haciendo fluir el agua de la vida. Para conseguirlo hacemos oír nuestras oraciones y nuestros hijos vienen con nosotros. Aquí tenemos nuestras raíces. Seguro que conoces bien el significado de esa palabra. Seguro que sabes, añadió, inclinándose ahora hacia mí, que cuando vinieron los alemanes, su nombre sea maldito, a la tumba del rabino Elimelej de Lizansk, la abrieron para profanarla, porque sabían que ahí estaba enterrado un judío importante. Y cuando rompieron la lápida y abrieron la tumba lo vieron entero, tal y como había sido en vida, a pesar de que había muerto ciento cincuenta años antes. Los alemanes, atónitos, huyeron despavoridos, y todos los judíos de la aldea se salvaron, concluyó el hombre entusiasmado y pidió otra Coca-Cola. Consulté al instante la web de Yad Vashem. Tonterías, todo lo que me acabas de contar no son más que bobadas. Veo que allí también hubo un gueto, un *Judenrat*, trabajos forzados y matanzas hasta que al final los eliminaron a todos en Belzec. Quizá os convendría visitar ese campo, porque es allí donde están enterrados vuestros judíos, le aconsejé. La expresión de alegría se borró de su rostro y cogiendo su maleta se dispuso para volverse con sus compañeros de viaje. No sé dónde estás leyendo esa información, pero que sepas que no es cierta, me dijo muy enfadado. Gracias al rabino Elimelej allí no murió ni un solo judío durante la guerra. Sabes qué, puede que los no creyentes sí, esos sí que puede ser, esos a los que vosotros llamáis ilustrados y que así recibieron el castigo que merecían. Y ahora buenas noches, amigo. Si quieres, vente un día con nosotros y entenderás de lo que estoy hablando. Verás lo que son unos judíos realmente felices.

Fue en Auschwitz, al día siguiente, cuando los vi por primera vez. No a través de los libros ni en el videojuego, sino de verdad. Aquí paraban los vagones, expliqué, y oí cómo se detenía el tren, cómo se abrían las puertas de los vagones, vi los reflectores, el pánico, dónde está el niño, dónde la maleta, seguimos vivos, ¿adónde hemos llegado? ¿Adónde vamos ahora? Allí, frente al grupo, me quedé en silencio. Notaba sus aterrados movimientos a mi alrededor. La explicación iba a tener que esperar. Me asqueaba tanto mito, tantas ideas, aquella curiosidad enfermiza. Intenté oír lo que decían. Quédate tú con el niño. No, llévatelo tú. Está muerto de sed. ¿Cuándo nos van a dar de beber? Los niños van con las madres. Luego nos vemos. Déjame que lo toque. Para recordarlo. ¿Dónde están mi mujer y mi hijo? Ponte recto en la fila y no preguntes. ¿Quiénes sois? ¿Cuánto tiempo lleváis aquí? ¿Cuándo le van a dar al niño de beber? ¿Y de comer? Avanza. Cállate. Sujétalo, dijo uno de los chicos que estaba a mi lado, agárralo, que se cae. Estuve como ausente durante unos segundos, no sé exactamente cuántos. Me desperté con la cara mojada. En lo alto estaba ese cielo desconocido. Intenté levantarme pero el mundo estalló en mil pedazos. Corred a la entrada y que llamen a una ambulancia, que parece que no se encuentra nada bien, gritó el médico. No, no hace falta, exclamé, que ahora mismo me levanto, y haciendo un gran esfuerzo me puse en pie. Sentía que la cabeza me ardía por la lucha que mantenía conmigo mismo para sobreponerme. Venga, continuemos, dije, y del lado hacia el que nos volvimos saltaron llamaradas de las chimeneas. Se diría que lo habían escenificado en mi honor, los restos del olor en la naturaleza, una bandada de cebados pajarillos reposando en la hierba a la orilla del bosque, justo donde ellos se encontraban para bajar las escaleras en una fila perfectamente formada, papá vendrá enseguida, no te preocupes, ahí nos van a dar de beber y de comer, yo también tengo sed, esas personas de ahí nos van a ayudar. Sentaos aquí, conseguí decirles, que os voy a contar exactamente lo que sucedió. Con todo detalle. El médico se sentó a mis pies y me miró preocupado. Me tendieron una botella de agua. La verdad es que se desvivían por ocuparse de mí. Completé mi explicación. Sin escatimar ni una sola palabra. ¿Qué es esto, mamá? ¿Por qué te estás desnudando? Yo también me voy a desnudar, mamá. Ese señor dice que primero nos vamos a duchar y que después nos darán de comer. Así estaremos limpios. De esta sala, me oí decir en la distancia, los llevaban a la sala de aniquilamiento, los empujaban bien apretados a ese rectángulo que veis aquí. Cuando cerraban la puerta después de que el último estuviera dentro, el objetivo estaba cumplido. Después solo quedaba limpiar la suciedad.

Por la noche comentamos el día con los chicos. Al día siguiente

tomarían el vuelo de regreso a Israel. ¿Qué conclusión habéis sacado de este viaje? Odio esa pregunta, pero el protocolo la exige. Para entonces se encuentran muy cansados y tienen ya la mente en su casa, en su habitación, en su cama, inmensamente agradecidos como están de tener adonde regresar. Las luces de la sala de reuniones del hotel de paquete turístico, con el tapiz morado de punta a punta de la pared, me deslumbran. Busco una voz clara que me explique qué es lo que estamos haciendo allí mientras los observo con atención entrecerrando los ojos. Sé que les parezco un tipo raro, y que no han olvidado la imagen de mi desmayo en Auschwitz. Ser fuertes, hay que ser unos judíos fuertes, hay que ser fuertes pero morales, estar unidos, no olvidar, ser ante todo personas, todo eso ya lo he oído antes y me es bien conocido. Sí, una última intervención, pide la directora, y entonces un muchacho se pone en pie en un extremo de la sala. Abro los ojos por respeto a él y veo una figura alta, con gafas, un tipo atlético. Por algún motivo supe que iba a decir algo importante. Creo que para sobrevivir también tenemos que ser un poco nazis, dijo. Un pequeño tumulto entre ellos, no demasiado grande, simplemente porque lo que acaba de decir en la reunión con los adultos es lo que hablan entre ellos. Los profesores se hicieron los sorprendidos a la espera de mi reacción, deseosos de que hiciera el trabajo sucio por ellos, que me ocupara del monstruo que ellos mismos, en compañía de los padres, habían alimentado. El chico parecía un muchacho completamente corriente, de buena familia, con una madre cariñosa y un padre efectivo. ¿A qué te refieres?, le pregunto. A que tienes que estar dispuesto a matar sin piedad, dice él. Si somos demasiado flojos, no tendremos posibilidad de salir adelante. Débiles manifestaciones de protesta por parte de algunos de ellos, y nada más. Pero no matar a inocentes, dice la directora, y el muchacho se queda pensativo un momento, porque es un chico sereno que no habla impulsivamente, y tampoco es un bruto, así que responde: a veces no queda más remedio que perjudicar también a la población civil. Es difícil distinguir entre terroristas y civiles. Y un niño que hoy es niño, mañana puede llegar a ser un terrorista. Se trata de una guerra por la supervivencia. Es o ellos o nosotros. No vamos a permitir que algo así nos pueda volver a pasar. Ya está, ya salen a la luz los murmullos de los asientos traseros del autocar, ya no se les puede tener allí encerrados por más tiempo, y emergen amplificados por boca de ese muchacho. Se me había presentado una oportunidad que no podía desperdiciar. ¿Y por qué precisamente como nazis?, pregunté. ¿Por qué no como norteamericanos, rusos, o ingleses, si al fin y al cabo fueron los que ganaron la guerra? El muchacho se quedó pensativo. Espero que ahora no se te ocurra acobardarte, pensé. Porque ellos llegaron hasta el final, respondió. La sala se quedó muda. Bajé la cabeza. No me apresuré a

levantarla. Era un momento de silencio ante nosotros mismos. Por respeto a él, me quedé quieto en mi sitio. No debimos haberos traído aquí, dije finalmente. Podíamos haberos llevado a París a ver sus espléndidas avenidas, o a Italia, a probar la comida más rica del mundo, o a Londres, a ver teatro, o a Egipto, a las pirámides, o a comer dulces a los mercados de Marruecos, o al futbol a Barcelona, o a Atenas, a escuchar a sus cantantes de corazón roto. Pero os hemos traído aquí, al lugar del asesinato. Y el objetivo parece haberse cumplido. Ahora entendéis que lo que importa es tener el poder y la fuerza, poder y fuerza. No hay que ser ingenuos ni tener piedad, os doy toda la razón. Hay que tener la fuerza, pegar, disparar. Destruir al otro. Porque sin el poder somos como ganado que va al matadero, como aves que van a ser sacrificadas y que en todo momento dependen de la piedad de los demás, de la decisión que estos tomen en una fracción de segundo para degollarnos, para asfixiarnos, para despojarnos de la ropa y de la dignidad, para abusar de nosotros a su antojo y poner unos focos y fotografiarnos hechos jirones, despedazados, destrozados, al son de una música de fondo que convierta nuestro espantoso final en un espectáculo de entretenimiento. Así que todo lo que tenemos es pura quimera y carece de valor. La cultura, la moda, la ropa, nuestras palabras, las sonrisas, la amistad, las ideas, las cartas, la música, el deporte, la comida, el amor, todo eso carece de valor. No es más que una fina cobertura de azúcar glas que un solo escupitajo en la cara puede deshacer. Queridos profesores, podéis informar a vuestro regreso que el mensaje ha calado. Solo vale la fuerza. Sin conciencia, sin educación, sin vacilación. Porque estas tres palabras nos lo ponen difícil y nos impiden actuar. Nosotros no nos podemos permitir ni un solo instante de debilidad, porque todo nos sería arrebatado. Hay que ser un poco nazis. Por fin lo habéis dicho en voz alta. Por fin lo habéis comprendido, chicos. Os felicito. Nadie más dijo nada. Apartaron la mirada de mí. Y mientras me marchaba de allí empezaron ya a rasguear la guitarra al son de *El mundo entero es un puente estrecho*, y después al de una canción muy emotiva de un cantante nuevo, y así estuvieron cantando hasta bien entrada la noche, solazando el espíritu en la recta final de su viaje.

La corrección y edición de mi libro llegó a su fin. Lo publicaron ustedes y también organizaron una presentación en su auditorio, frente al bosque de Jerusalén. Recuerdo perfectamente, casi palabra por palabra, el precioso discurso que usted pronunció. Ahí estaba usted. Con su prestancia y tan elegante, hablando de nosotros, los que cargamos con el yugo de la memoria. Alabó usted el detallismo y la precisión de mi libro y lo mucho que aporta para una cabal comprensión del proceso de exterminio. Y no con soflamas, advirtió

usted, ni con palabrería hueca, sino mediante las pruebas que están saliendo a la luz con el transcurrir de los años en toda su perversión. A continuación tomé la palabra y expresé mi agradecimiento. Rut estaba sentada en la primera fila, frente a mí, así que pude ver cómo le brillaban los ojos de orgullo. Me había obligado a afeitarme la barba y me ayudó a comprar ropa bonita. Mi madre estaba sentada a su lado. La sala no estaba llena, pero mostré mi agradecimiento a todos los presentes. Después hubo una actuación musical; una cantante a la que yo no conocía cantó en yiddish acompañada por un violinista. Cuando me llegó el turno a mí hablé con prudencia, como quien avanza por un campo minado, porque creía que todavía tenía por delante una carrera que cuidar y desde el suceso del desmayo no me había vuelto a sentir en terreno seguro. Recuerdo que una mujer del público, sentada al fondo, se quedó dormida, y que pensé que podría despertarla al instante con solo empezar a hablar como les hablaba a los estudiantes en los viajes. Pero todavía no me encontraba preparado para eso. Me faltaba un último empujoncito. Finalmente estuve firmando ejemplares que habían puesto a la venta a la salida. Para la cubierta habíamos elegido una fotografía del personal alemán del campo de Belzec, con sus largos abrigos y sus caras de psicópatas. Me repugnaba tocarla, pero aun así, en la página interior estampé dedicatorias personales a los conocidos y amigos que habían asistido al acto por compromiso. Recuerdo que por un momento se colocó usted detrás de mí y posó la mano sobre mi hombro. Cómo ansiaba yo ese contacto, como si fuera la cosa más natural del mundo y al mismo tiempo lo que más me faltara, tanto, que el placer que me produjo me dejó sin palabras. Noté que usted me entendía y que me apreciaba de verdad. Después nos despedimos y creo que esa fue la última vez que nos vimos en persona. Rut me abrazó cuando salimos de allí y estaba realmente orgullosa de mí. El libro, la presentación y los honores que se me habían brindado la habían impresionado, y ahora tenía más claro que nunca que no quería ser un obstáculo en mi camino. Sabía que yo debía volver allí.

La avanzadilla de la delegación del ejército destinada a preparar la ceremonia llegó a Varsovia. Me invitaron a conocer a sus miembros en casa del agregado militar. Se trataba de tres tenientes coronel: un comandante de pilotos de helicóptero, un subcomandante de uno de los comandos más importantes y una alta representante de la portavocía del ejército que llevaba el pelo recogido detrás de las orejas, una alianza de casada en el dedo corazón y cuyo relleno rostro denotaba determinación. El agregado militar me presentó con mucho bombo y platillo diciendo que yo era una autoridad en todo lo relacionado con los campos de la muerte, que tenía el título de doctor y una larga experiencia de años. Incliné la cabeza con humildad.

Habían llegado para ver in situ y con sus propios ojos los posibles lugares en los que desarrollar la ceremonia y comprobar las condiciones para poder asesorar a quien finalmente tuviera que decidir. El agregado nos informó de que el embajador estaba estableciendo contactos de alto nivel con los polacos para que se avinieran a que finalmente la ceremonia sí pudiera llevarse a cabo en Auschwitz, pero que entre tanto la respuesta era negativa por el carácter militar que se le daba. Mantenemos con ellos una colaboración excelente, explicó el agregado. Nosotros les vendemos armas, realizamos maniobras conjuntas, nuestros servicios de inteligencia intercambian información, pero estos asuntos simbólicos son muy delicados. Una posibilidad es hacer partícipe de la ceremonia al ejército polaco y convencerlos así de que la ubicación sea Auschwitz, pero eso es problemático para nosotros, dijo la oficial, y los otros dos oficiales asintieron a una, y añadió que por la información primera que habían recibido de mí, lo mismo que por indagaciones que ellos mismos habían llevado a cabo, habían decidido en esta fase centrarse en Majdanek y en Treblinka. Belzec y Sobibor ya habían sido descartados por razones topográficas y de accesibilidad. Resultó que los tres habían estado ya en Polonia en viajes organizados por el ejército, de manera que en esta ocasión querían centrarse exclusivamente en los aspectos concretos de la misión de la ceremonia. El agregado puso a nuestra disposición un vehículo grande de la embajada, como el que había tenido ocasión de viajar en él cuando atendí al Ministro de Fomento. Disponíamos de dos días y medio. Al día siguiente salimos de camino.

Para el viaje vestían de paisano, por no llamar la atención. La visita la llevamos a cabo de un modo efectivo y práctico, muy de mi gusto, porque no tuve que explicarles demasiadas cosas. Los tres tomaban fotografías y tecleaban los datos en unos pequeños portátiles. El piloto inspeccionó las posibles pistas de aterrizaje para los helicópteros y los posibles obstáculos como los cables eléctricos y el comportamiento de los vientos. En Majdanek se entretuvo sobre todo en la pequeña explanada que hay junto a las cámaras de gas, donde se llevaba a cabo la selección, y en la recta final que hay a los pies del mausoleo de las cenizas que hay junto al crematorio. Aquí sería posible el aterrizaje, sentenció, pero en invierno, cuando tenga lugar la ceremonia, si el viento es fuerte podemos tener dificultades. Entre parada y parada para inspeccionar el lugar y fotografiar, el piloto me daba conversación con el propósito de recabar más y más detalles sin que yo supiera lo que se proponía hacer con ellos. Tenía un perfil afilado, de judío clásico, con unas cejas y unas orejas prominentes, y por un momento lo vi empujando una carretilla cargada de rocas y a un alemán que lo fustigaba sin que él se atreviera a levantarle la

mano. Mientras que ahora, con un retraso de setenta y cinco años, les íbamos a reventar la jeta. El oficial del comando cuyo nombre y tipo de actividad conozco pero está de más detallarlos aquí, corría delante de nosotros o se quedaba atrás. Tenía pies de rastreador, buscaba vías de acceso entre los edificios -tuve que advertirle de que podía resultarles sospechoso a los vigilantes- y los límites entre las distintas áreas donde clasificaban a los prisioneros por categorías según su tipo, su sexo y su nacionalidad, y advirtió de que habría que tener cuidado con las alambradas que hasta día de hoy siguen siendo un serio escollo, por lo que se preguntaba si en mi opinión los polacos les permitirían cortarlas. No, le respondí, no lo van a permitir. Pues habrá que solucionar el problema de otra manera, dijo. Cuando subimos a la colina de las cenizas estuvo sopesando dónde exactamente colocar los afustes con las ametralladoras, suponiendo que allí aterrizarían los helicópteros. ¿Qué es lo que tenéis intención de tomar al asalto?, le pregunté, y él respondió que por el momento el objetivo preferido eran los hornos crematorios, porque estaban en lo alto de los promontorios, bien a la vista y por su simbolismo, aunque por supuesto que no se podía negar que las cámaras de gas no fueran más importantes, pero aquí son pequeñas y por su ubicación no resultan impactantes. ¿Y quién va a hacer las veces de enemigo?, proseguí interrogándolo. Quería demostrarle que yo también entendía un poco de esas cosas. Me respondió que era una pregunta complicada, porque tampoco se trataba de disfrazar a nuestros soldados de alemanes y, además, no queremos avivar el odio hacia los alemanes cuando hoy son tan buenos amigos nuestros. Creo que nadie representará al enemigo, añadió, pero nuestras fuerzas, por su parte, van a llevar la operación adelante como si fuera real, no solo como simulación. La oficial, que allí fuera se veía bastante atractiva, intervino en la conversación y dijo que la intención era salvar a un grupo de judíos de la muerte, que habría un grupo de estudiantes que los combatientes salvarían del interior de los barracones, o quizá hasta los colocarían haciendo cola ante las cámaras de gas. Vi que los otros dos oficiales arrugaban la nariz pero sin atreverse a contradecirla, porque ella era la que llevaba la voz cantante. Pidió ver de cerca la Columna de las tres águilas porque opinaba que, dado su simbolismo, quizá se podía poner a los pies de ese monumento la tribuna para las personalidades y el estrado para el coro. Les expliqué que era una obra de arte hecha por un artista polaco que había estado allí prisionero, que debajo de la columna habían enterrado clandestinamente las cenizas de algunas de las víctimas y que sigue sin saberse hasta día de hoy por qué los alemanes permitieron que se erigiera. Y es que tenían esas rarezas, como la de formar una orquesta que tocaba mientras las víctimas marchaban hacia la muerte. La especialidad de la oficial era el medio

televisivo, los ángulos de fotografía, la iluminación y similares. Me contó que antes de hacer la carrera militar había trabajado unos años en productoras. Imaginaos que esto tendrá que salir por la tele, nos dijo, y los tres nos quedamos firmes ante ella, como unos niños abroncados. Intenté imaginar lo que estaban planeando, la coreografía que tenían en mente. Un helicóptero aterrizando levantará polvo. Los ágiles y aguerridos soldados que hayan saltado de él se desplegarán por el campo en una especie de danza de guerra, por los espacios abiertos y entre los edificados, correrán armados por los caminos del campo, ante un enemigo translúcido, hasta insuflar vida a las cenizas. Los oficiales se tomaban su tiempo midiendo, comprobando, fotografiando, mientras un grupo de estudiantes de Israel pasaba a nuestro lado. Los oficiales se alegraron de verlos y les preguntaron cómo se llamaban y de dónde venían. Se formó un pequeño corro a nuestro alrededor y como me di cuenta de que conocía a su monitor de otras veces, lo saludé con un movimiento de cabeza. Los estudiantes se mostraron abiertos, con sus sonrisas sanas de blanquísimos dientes, y los oficiales los trataron como si fueran sus propios hijos, con amor, sin la más mínima señal de reparo. Me quedé allí junto a ellos con la sonrisa helada, y en un intento por borrarla de mi boca alargué la mano hacia los bucles castaños y espesos de una de las chicas, y los acaricié. Le aseguro que no hubo ninguna mala intención en ello. Había guiado más de cien viajes y jamás había tocado a ninguna chica. Esta se volvió hacia mí sonriente creyéndome una de sus amigas. Al instante reconocí mi error. ¿Qué hace?, me gritó furiosa, en voz alta. Todos me miraron como si fuera un depravado. Perdona, no era mi intención, dije. Pues vigile sus manos, soltó furibunda, y se alejó rodeada de sus compañeras. Los oficiales estaban a cierta distancia de mí y solo el piloto se dio cuenta de lo sucedido. Le pedí disculpas con la mirada y él no dijo nada, pero su manera de mirarme me heló la sangre. Ha sido sin la menor intención, le dije acercándome, pero él me volvió la espalda dándome a entender que no quería explicaciones. El guía del grupo les pidió que se apresuraran. Se despidieron de los oficiales en medio de un emocionado tumulto y se alejaron envueltos en las banderas. Qué majos, no hay jóvenes como los nuestros en ningún otro lugar del mundo, dijo la oficial. Esa es nuestra verdadera venganza. Lo guapos, listos y buenos que son. Y el oficial del comando, que era bajito pero fornido, dijo que le recordaban a él. El piloto callaba y me observaba a cierta distancia, meditabundo. Me había convertido en su rehén. De camino al aparcamiento miré hacia atrás para cerciorarme de que no me perseguían. ¿Pero qué es lo que había hecho, en definitiva?, me enfadé de pronto. Acariciarle el pelo a una chica.

El vehículo diplomático volaba hacia el oeste por la autopista. Iban

ensimismados pensando en la planificación de los puestos de tiro y los ángulos de la cámara, y yo no tenía nada que hacer. Sabía ya suficiente y no me interesaba enterarme de nada más. Tampoco quería mirar por la ventanilla, porque el paisaje de ese país extranjero me tenía ya harto. Me acordé de lo que usted había dicho la tarde de la presentación del libro, que debería escribir mis experiencias como guía. Garabateé unas cuantas frases en el teléfono móvil y me di cuenta de que todavía no estaba maduro para algo así. Era necesario algo más, y no sabía cuándo ese algo llegaría. El agregado militar los invitaba esa noche a uno de los restaurantes de moda de Varsovia, y como la reserva era para cinco -el agregado, su mujer y los tres oficiales- estaba bien claro que a mí no me querían con ellos. Echaba de menos muchísimo a Rut y a mi hijo, pero cuando los llamé Rut parecía adormilada. Había tenido un día muy duro, dijo medio en sueños, mañana hablamos. Pensé en castigarlos y no presentarme al día siguiente para acompañarlos a Treblinka, en vengar la ofensa tomando un avión hacia casa bien temprano. Pero en lugar de eso me castigué el cuerpo con una buena caminata. Pasé en medio de la oscuridad frente al orfanato de Korczak, que no se casó ni tuvo hijos, como suelen hacer las personas que quieren salvar a la humanidad, y al que nadie acusó por acariciarle el pelo a una chica. Vi su silueta pasando de habitación en habitación por la noche, dándoles las buenas noches a los niños, y a ellos respondiéndole con sus finas vocecillas, buenas noches. Puede que lo quisieran, o tal vez tan solo lo temían, y seguro que a él le partía el corazón saberlo.

Al día siguiente: Treblinka. Después se irían directos al aeropuerto y a mí me quedarían unos cuantos días libres en Varsovia, hasta el próximo grupo. Me apetecía muchísimo. No noté en sus rostros ninguna señal del incidente del día anterior, así que di el asunto por zanjado como si nada hubiera ocurrido. El piloto, que era amante de la naturaleza y observador de aves, pidió que nos alejáramos un momento de la carretera y que bajáramos por un camino de tierra hasta el Vístula, que fluye ancho y manso. Caminamos hasta el agua. Muchísimas aves descansaban en la orilla, entre los árboles allí plantados. El paisaje se abría ampliamente al ojo y nos vimos sumidos en un silencio lleno de bendición. Qué crueles somos los unos con los otros, dijo de pronto el piloto. Vi que se le llenaban los ojos de lágrimas y, aunque sorprendido, lo envidié. Llevo tres años aquí y no he conseguido verter ni una sola lágrima. Me armé de valor y me acerqué a él para posar la mano en su hombro. Estaba muy cerca de él, y solo pasó un momento hasta que se rehízo y dijo, venga, continuemos. Al poco rato llegamos al campo de Treblinka. Estas son las vías, ahí está el bosque, y esas son las piedras que señalan el camino que hacían los judíos. Les hablé de los trenes que llegaban

hasta allí todos los días y que regresaban vacíos. Tres mil, cuatro mil, cinco mil personas, grité como quien anuncia la llegada del tren, incapaz ya de describir aquello en un tono comedido y doliente. Sentía una furia física que exigía desahogo. ¿Y qué es lo que pensaban hacer aquellos tres oficiales del ejército? ¿Bombardear aquel campo arrasado bajo el que estaban enterradas las cenizas? ¿Tomar por asalto el bosque, con sus sombras? La oficial fotografiaba las lápidas conmemorativas de las comunidades aniquiladas. ¿Qué opináis, que montemos aquí un decorado?, propuso. ¿Y si construimos unos cuantos barracones que los soldados puedan tomar, unas torretas de vigilancia y un tramo de alambrada de espino? Tal y como está ahora se ve demasiado vacío. ¿Qué opináis? El oficial del comando carraspeó confuso y dijo que los soldados que bajaran del helicóptero a ese campo abierto lo harían a cuerpo descubierto, porque allí no había ningún sitio para poder esconderse ni nada que tomar al asalto. El piloto murmuró que aquello no era de su competencia, que no entendía de puestas en escena. ¿Qué opinas tú?, dijo la oficial dirigiéndose directamente a mí y sonriendo con amabilidad. Oigamos tu opinión, por una vez. Presta atención, le dije. Escucha bien. ¿Oyes algo? El viento y los pájaros. Ahora retrocede en el tiempo varios años, un poco más, más atrás. Los pájaros siguen cantando, el viento sopla, y tú te encuentras exactamente en este mismo lugar, que está lleno de gente. Llegan en trenes, y al cabo de una o dos horas son bestias convertidas en cadáveres y luego en ceniza. Concéntrate, siéntelo, están aquí, a nuestro alrededor, son parte de la naturaleza. Llegaron como infrahumanos y se convirtieron en gusanos, en polvo, en sabandijas que fueron machacadas. Mira ese bicho que corre ahí ahora debajo de ti, esa especie de ciempiés. Están dentro de él, porque ha devorado las cenizas de camino hacia el bosque. ¿Qué hay más sencillo y natural que eso? No hace falta hablar. Basta con mirar la naturaleza, respirar el aire, dejar de respirar porque el gas tapona las vías respiratorias. Esto es la naturaleza, por eso los alemanes vinieron aquí, al este, para fertilizar la tierra, porque la tierra pertenece a quien la cuida. Están aquí en este campo, gritando, y escúchame bien, solo un momento, se los están comiendo, todo el tiempo se los están comiendo, y los queman, se mofan de ellos, les hacen cosquillas con el látigo de camino a la asfixia, porque un día vistieron ropas, anduvieron por las calles y criaron a sus hijos, porque guisaron, leyeron libros y tuvieron amigos, siendo como son triste carne que dentro de un instante va a ser quemada. El piloto se acercó a mí y me dijo muy bajito, vámonos, creo que ya hemos visto suficiente. Nos sobra información para decidir. Podemos irnos. Un momento, dije yo, tengo más cosas que contaros, pero él insistió en que nos marcháramos. Podía llegar con ellos hasta cierto punto, pero nada de

profundizar. Solo tenían en mente su misión. Me habría gustado seguir con mis explicaciones a la mujer oficial, pero el contacto visual con ella se había cortado, porque se había puesto a cuchichear con los otros dos, seguro que para hablar de mí. Las copas de los árboles se balanceaban de lado a lado de una manera fuera de lo normal, con violencia, como si un monstruo estuviera soplando sobre ellas. El piloto me acompañó con delicadeza al vehículo que me llevaría de regreso a casa, a Varsovia. En el aeropuerto me despedí de ellos afectuosamente. Puede que les estrechara la mano demasiado fuerte, y además me empeñé en besar en las mejillas a la oficial de la portavocía, una costumbre que no suelo seguir, pero que en ese momento me pareció la adecuada. El piloto le pidió a nuestro chofer que me llevara a casa y que comprobara que me encontraba bien antes de dejarme. Escribidme cuando lleguéis, les dije muy alegre, no lo dudéis, pedidme más detalles, informes, lo que queráis, estoy a vuestra disposición en cuerpo y alma y espero volver a veros por aquí muy pronto.

Dormí en mi piso durante unas buenas horas, ininterrumpidamente, la tarde, la noche, la mañana y el mediodía. Notaba que tenía que acumular fuerzas, pero no sabía todavía con qué propósito. Desperté, al día siguiente, a esa hora deprimente del atardecer de los países del norte. Cuando salía del piso me encontré en el descansillo con mi anciana vecina, que parecía estar ahí esperándome. Me hizo señas con la mano para que esperara. Esperé. Entró en su casa y salió con varias prendas de hombre colgadas de unas perchas. Unos cuantos pantalones grises, una americana usada, dos jerséis y un cinturón. Tenga, para usted. Me miré la ropa que llevaba puesta y me di cuenta de que realmente estaba muy raída. Dios mío, así es como he ido por ahí todos estos días. Le di las gracias y acepté la ropa. La invité a tomar un té, pero ella, igual que la otra vez, murmuró algo y se volvió precipitadamente a su piso. La ropa despedía un agradable aroma a antiguo. Me la pondría, desde luego que sí. Después hablé con Rut por videollamada. Al verme me dijo que no tenía buen aspecto, que tenía una mirada extraña y la barba descuidada y sucia. ¿Cuándo vienes?, me preguntó con vehemencia. Vuelven a pegarle. Le dije que estaba de trabajo hasta las cejas por un proyecto del ejército que se me había añadido a los viajes de los chicos, pero que en cuanto tuviera ocasión iría a verlos unos días. No puedes salir así a la calle, me dijo. Haz algo. Pero al momento suavizó el tono y comentó que había visto mi libro en una librería. ¡Me sentí tan orgullosa de ti! Hasta convencí al librero para que lo pusiera en un lugar más visible y que todo el mundo lo pueda comprar. Le dije que lamentaba que no hubiéramos elegido para la cubierta una fotografía más agradable, de un bosque o de un niño judío, en lugar de poner a

los asesinos en su día de asueto. Rut exclamó que esa foto llama muchísimo la atención. Le dije que me urgía marcharme, que tenía una reunión con el agregado militar. Sabía que con él me había quedado pendiente algo, que no podía marcharme derrotado. Me probé la ropa que me acababa de dar la viuda. Estaba muy limpia y abrigaba bien. Con eso me bastaba.

Les escribí a los miembros de la delegación e intenté asimismo contactar con el agregado militar, pero no me respondieron. Emprendí la ruta con un nuevo grupo de estudiantes de enseñanza media y después se me liberó la agenda. Dejaron de llamarme. Intenté averiguar qué pasaba hablando con los de la agencia de viajes, pero los noté esquivos, hasta que finalmente la subdirectora me comunicó que unos cuantos institutos les habían enviado unos informes nada positivos sobre mí. Decían que había habido problemas y que esa era la razón por la que, por ahora, habían decidido interrumpir mis visitas guiadas. Me enfadó mucho que todo eso se hubiera hecho a mis espaldas. No pensaba tolerarlo. No, señor mío, no iba a permitir que me trataran así. Les grité. Perdí los estribos. Comprendí que mi buena reputación se había esfumado, porque hasta hacía muy poco yo había sido el guía más solicitado para los viajes a Polonia, mientras que ahora era el último de la fila. Ni que decir tiene que eso suponía también graves consecuencias económicas. Rut se había acostumbrado a cierto nivel de vida y por eso se avenía a que yo estuviera ausente durante largos periodos de tiempo, y resultaba que ahora habíamos matado la gallina de los huevos de oro. Mis gritos parecieron impresionarlos, porque al cabo de un rato me telefoneó la subdirectora para proponerme guiar excursiones de un solo día para turistas en general a los distintos lugares relacionados con el Holocausto. ¿Qué significa eso de «turistas en general»?, le pregunté. Y ella me explicó que se refería a los turistas que van a Polonia de vacaciones y no por el tema del Holocausto, pero que de todos modos desean dedicarle un día de su estancia. Te va a merecer mucho la pena, quiso tentarme; en lugar de viajar durante toda una semana, podrás ir y venir en el mismo día y vas a ganar exactamente lo mismo. No me quedaba otra opción. Estaba a la espera de que algo grande me pasara, porque sabía que eso llegaría, así que no quería echarlo todo a perder. Pasados unos días me presenté temprano por la mañana en la entrada de uno de los grandes hoteles de la ciudad, frente a la torre que construyó Stalin, y me presenté al chofer del minibús que nos iba a llevar. Esperamos diez minutos, media hora, y no apareció nadie. El chofer fue a recepción para preguntar. Los llamaron a la habitación y dijeron que en seguida bajarían. Con casi una hora de retraso llegó un grupo de personas mayores, unos ocho o nueve, enfundados en unos grotescos abrigos, barrigones los hombres y las mujeres muy

maquilladas y profusamente enjoyadas. Subieron con dificultad al minibús, en medio de un notable alboroto y sin disculparse por el retraso. Me presenté. Los voy a acompañar en su viaje a Auschwitz, dije, en un intento por parecer ceremonioso y darle cierto sentido a la excursión. Asintieron muy serios, pero al momento se pusieron a charlar entre ellos con una cháchara que no cesaba y que trataba de sus vivencias de la noche anterior en el casino del hotel, de las compras que habían hecho y de las que tenían pensado hacer. Del desayuno dijeron que era abundante pero de mucha menos calidad que en los demás hoteles en los que se habían alojado en otros lugares de Europa, y empezaron a enumerar uno por uno los alimentos que habían tomado. Después pasaron a hablar de los polacos y de sus defectos, de los hijos, de las parejas de estos y de los nietos, de negocios, de sus propiedades inmobiliarias y de dinero, todo en un solo barullo sin fin. Y lo más importante para ellos era que paráramos a cada momento para fumar y tomar café, eso no lo perdonaban, y de cada parada regresaban cargados de bolsas. Intenté averiguar quiénes eran esas personas. Por su conversación supe en qué ciudad vivían pero resultaba difícil deducir a lo que se dedicaban. Uno de los más dominantes tenía un negocio, porque hablaba mucho del empleado que lo abría y lo cerraba y de que como al final del día no lo limpiaba como es debido, estaba pensando despedirlo. No tardé mucho en añorar a los estudiantes y a los soldados, al tiempo que me arrepentía de las muchas veces que había pensado mal de ellos. A medio camino se me acercó de pronto uno de ellos, con ronquera de fumador, y me dijo: doctor, porque nos han dicho que usted es doctor, ¿y si nos habla un poco del Holocausto y de lo que vamos a ver hoy? Me alegré de que me lo pidiera y pronuncié la conferencia introductoria que tengo preparada para los grupos, sobre los orígenes del Holocausto y su desarrollo, un parlamento del que me siento muy orgulloso por ser modelo de síntesis y precisión. Pero les faltaba paciencia para escucharme. Tenían la capacidad de atención de un parvulito, así que cuando llegué a la invasión de Rusia y al principio del exterminio a manos de los *Einsatzgruppen* y las bandas de criminales locales, una de las del grupo gritó, mirad, un Ikea, y desde ese momento ya no me prestaron atención y di la conferencia por terminada. Puede que tengan razón, me dije, ¿qué sentido tiene toda esta palabrería? Lo que hay que hacer es seguir viviendo en medio de la necedad. Puede que lo hagan a propósito y no por simpleza, porque se ve que son personas que no se las apañan mal en la vida, seguro que mejor que yo, que me veo obligado a acompañarlos para ganarme la vida. Llegamos a Auschwitz 1. A petición suya los fotografié frente al portón en el que dice El trabajo os hará libres. Quise esmerarme y los llevé a los edificios de ladrillos marrones, a la exposición de la entrada donde

están las maletas y las prótesis y después a la primera cámara de gas y al crematorio que hay al lado. Hablé muy poco porque los objetos hablan por sí mismo. Supongo que sintieron verdadera y sincera conmoción, pero cuando les dije que a continuación iríamos en el minibús a Birkenau y que allí haríamos otra visita de entre hora y media y dos horas, me enviaron como representante al dueño del negocio que me dijo que por ellos podíamos prescindir de la segunda parte, que había sido todo muy interesante y estaban conmocionados, pero que era suficiente, que sobre todo eran las mujeres las que estaban muy cansadas, así que por ellos podíamos emprender el camino de regreso. Está bien, les dije de inmediato, a mí también me cuesta ir allí y volver a ver aquello, pero deben ustedes saber que fue allí donde tuvo lugar el exterminio masivo. Cuando hablamos de Auschwitz hablamos sobre todo de Birkenau, así que no van a ver ustedes el lugar más importante de todos. Él me miró muy serio, casi con ternura, y posando una mano enorme en mi hombro, dijo: está bien, lo entendemos, no nos vea como unos desconsiderados, pero con esto nos basta; no necesitamos más horrores para comprender. Es suficiente.No nos hace falta ver nada más. Y no se preocupe, que le vamos a pagar el día entero. Sentí agradecimiento. Noté que quería salvarme. Le dije al chofer del minibús que regresábamos a Varsovia. Llegamos al atardecer y me despedí de ellos, que se dejaron caer fuera del vehículo agotados por el largo viaje, no sin antes dejarnos unos cuantos billetes de propina al chofer y a mí. Que le vaya muy bien, me dijeron, cómprese con esto unos zapatos nuevos, y a continuación entraron en el hotel alborotando, listos para pasar una buena velada.

Después de eso todavía guie unos cuantos minibuses de viajes de un solo día, pero cada vez fueron menos. La agencia de viajes decía que la demanda estaba disminuyendo, que se trataba de una combinación que no había funcionado. Me propuse regresar a Israel, pero antes quería hacer una ronda más, la última, yo solo, por todos los campos, como hace años, cuando los visité por primera vez. Planeé el viaje al detalle. Quería inmortalizarlo con la cámara. Sabía perfectamente dónde y de qué manera me quería despedir. Pero entonces recibí su encargo personal. Me escribió usted en persona y no sabe cuánto me alegré. Recuperé al instante la seguridad en mí mismo y todas las ofensas recibidas cayeron prácticamente en el olvido. Se ha dirigido a nosotros un importante cineasta alemán, eso es lo que usted me escribía, que desea hacer una película sobre los campos. Pide que le recomendemos un guía de Polonia para llevar a cabo una investigación previa y, como insiste en que es muy importante para él que sea alguien de Yad Vashem, enseguida he pensado que usted es la persona adecuada. Se va a poner en contacto con usted. Reciba un cordial saludo… ¡Di un salto de alegría! ¡Quería besar su firma! Luego

los acontecimientos se precipitaron. La asistente personal del cineasta me citó para el viaje, que sería casi de inmediato; llegamos a un acuerdo en lo referente a los honorarios, que eran generosos, y me envió la lista de los lugares que el director quería visitar, todos ellos dentro de mi marco de especialidad. Yo no había oído su nombre, pero encontré sobre él abundantes artículos y críticas, sobre todo en alemán. Tenía sesenta y dos años y provenía de una familia trabajadora. Su padre había trabajado en la industria del acero. La carrera de cine la había iniciado como ayudante de Wim Wenders en los años setenta y después ya se estableció por su cuenta. Encontré en la red dos de sus primeras películas, unas cintas muy artísticas, preciosas. La acción de una de ellas tenía lugar en Hamburgo y trataba de un marinero de barcos mercantes; la otra, de una chica joven de una pequeña aldea que marcha a estudiar arte en la Berlín dividida. Mezclaban ternura y crueldad, los diálogos eran mínimos y la historia la narraban sobre todo las imágenes. Escribían que era un director que daba muy pocas entrevistas y que no revelaba detalles de su vida privada porque quería ser juzgado por su obra y no por su biografía. A pesar de ello encontré que había estado casado con una importante estrella de la escena alemana, que había muerto hacía unos años, y que tenía un hijo. Encontré una foto de ella. Tenía el aspecto de ser una mujer en cuyo regazo había sido agradable reposar. Me alegró muchísimo recibir el encargo. Por fin iba a tener la oportunidad de guiar a alguien de mi gusto. Se lo conté a Rut y me mostré ante ella tras afeitarme, asearme y ponerme una camisa nueva. Se te ve muy contento, dijo Rut, ¡cómo me gusta verte así!

Quedamos en un elegante hotel de Cracovia, muy distinto de los hoteles populares en los que dormía con los grupos que venían de Israel. El director era más guapo que en las fotos, alto, con unas facciones poderosas y a la vez sensibles. En seguida noté que podría intimar con él. Lo había estado esperando en la recepción del hotel y él había aparecido con paso decidido a la hora convenida en punto, con la asistente. Al momento me avergoncé de mis humildes ropas, porque ellos vestían buenos y delicados paños. La productora les había reservado un vehículo, un cómodo Mercedes todoterreno con un chofer polaco que hablaba inglés. Todo había sido preparado con nivel. El coche despedía un agradable aroma a la piel del tapizado y ellos también olían muy bien. Cada uno de los dos tenía un olor de ropa y de perfume diferente, de manera que sabía por la fragancia quién de los dos se me acercaba. Los tres nos sentamos atrás. El director al lado de una de las ventanillas, yo, al lado de la otra, y la chica, su asistente, en el medio. Era muy alta, delgada, erguida; había algo en su cuerpo que no era del todo proporcional, pero tenía un rostro maravilloso y un cutis tan fino que dejaba intuir la red de

capilares que había debajo. Así que usted es el doctor, dijo el cineasta en inglés. No sabía si le habían contado ustedes que también entiendo alemán. Vamos a tener un viaje muy interesante, juntos. Le pregunté si era la primera vez que visitaba Polonia. Dijo que ya había estado, pero no especificó. Normalmente llamaba a mis viajeros por su nombre, excepto en el caso del ministro, al que había llamado señor ministro, y tampoco al cineasta lo llamé por su nombre, porque no me dio pie a ello. A su asistente sí la llamé Lisa. Él se acomodó a sus anchas en el asiento, envuelto en un abrigo largo y suave, y miraba por la ventanilla con sus ojos claros, de artista, y rodeado de una especie de halo de magnanimidad, mientras yo me mantenía muy tenso en mi sitio. Me preguntó de qué parte de Israel era y le respondí. El director contó que había estado varias veces en Israel y que tenía amigos allí, artistas e intelectuales famosos con los que en ocasiones también se veía en Berlín. Un país interesante, dijo. Tenía una manera muy suya de terminar las frases, sin especificar y con una media sonrisa, como si sus palabras encerraran un significado oculto. Salimos de Cracovia hacia Auschwitz. Esa era la primera parada que había pedido. Lisa iba sentada entre los dos con la mirada perdida en la distancia. Como el coche llevaba puesta la calefacción se había quitado la bufanda. Los dos eran bien parecidos. Empecé, indeciso, con mi parlamento introductorio. Él me escuchaba con atención. Cuando hablé de la ambición de Alemania por avanzar hacia el este, momentáneamente sonrió. Yo siempre decía alemanes, no nazis. Al comentar la colaboración forzada de los judíos con los asesinos, que facilitó el exterminio, me miró directamente a los ojos. Hasta que terminé mi discurso, casi habíamos llegado. Él había pedido que nos detuviéramos en la estación de ferrocarril civil del pueblo de Auschwitz, que se encuentra a unos pocos kilómetros del campo. Se apeó del coche, filmó la fachada de la estación, los paneles informativos y a la gente que esperaba en el andén. Allí a su lado, intenté descifrar cuál sería el tema de la película, porque sentía una gran curiosidad. Justo antes de que llegáramos al campo, se volvió hacia mí y me dijo: antes de que empecemos quiero expresarle mi agradecimiento por el hecho de que nos esté acompañando, ya que comprendo lo delicado de la situación, y yo agaché la cabeza en señal de reconocimiento. Qué fácil es caer ahí, en la sumisión, lo mismo que un ratón que resbala por una tubería con grasa. Él era muy meticuloso. Nunca tuve antes un viajero tan experto en el tema como él, de manera que la visita a Auschwitz 1 se alargó mucho. Nos detuvimos en cada fase, en los barracones de los prisioneros, en las celdas de aislamiento, en las habitaciones de los carceleros alemanes, en los espacios de los *kapos*, en la enfermería y junto al paredón de fusilamiento. De vez en cuando me hacía preguntas breves y concisas,

pero sobre todo observaba, fotografiaba y filmaba, instantáneas y vídeo. La muchacha apenas hablaba, sino que se limitaba a caminar detrás de nosotros con la cabeza gacha, sin mostrar ningún interés, como si aquel lugar ya le fuera conocido. En el bloque 11 el director se demoró junto a las celdas de tortura para examinarlas de bien cerca, sobre todo la celda en la que los prisioneros eran mantenidos muy juntos, sin la posibilidad de sentarse, durante días, hasta que morían de agotamiento, así como la celda en la que eran encadenados a una barra de hierro y azotados. No había necesidad de explicarle las cosas desde cero, porque se notaba que había llevado a cabo una muy concienzuda investigación antes de acudir allí. Como me había contado Lisa, aquella era la última etapa antes de producir la película. Nos detuvimos largamente ante las fotografías de los prisioneros y las prisioneras que colgaban de las paredes del pasillo. El director se paraba ante todos y cada uno de ellos y los miraba fijamente a la cara. Yo, que lo seguía de cerca, también me sentía cautivado por aquellos rostros. Le conté que durante el primer momento de actividad del campo, los alemanes todavía se ocuparon de fotografiar a los prisioneros, que eran sobre todo polacos, pero que cuando llegaron los judíos para ser aniquilados, dejaron de hacerlo por motivos prácticos, menos en casos excepcionales en los que fotografiaron rasgos faciales típicamente semitas, sobre todo narices especialmente largas, en vistas a su propaganda. La mayoría de los judíos fueron asesinados como anónimos. Ni siquiera anotaron sus nombres, como ganado enviado al matadero del que nadie se preocupa en anotar antes sus nombres. Pero el ganado se come, dijo el director. Se invierte en su carne con numerosos cuidados, se la sazona, y eso en sí es ya un reconocimiento, y volvió a centrarse en las fotografías de las personas. Lisa se había detenido lejos de nosotros, al principio del pasillo. El director salió de su estado de concentración en la exposición y fue hacia ella. Le preguntó, en un alemán que entendí a medias, por qué no iba con él para ayudarlo. Ella respondió que aquel era un lugar espantoso y que le costaba quedarse. Pero si esto es la película, le dijo él. Estos son los materiales con los que tenemos que trabajar, añadió, cerrando con fuerza los puños. Lisa irguió la cabeza y fue hacia él con unos pasos enormes, porque tenía unas piernas larguísimas. Entramos en el bloque 10, el edificio de los experimentos médicos, y les describí los ensayos que llevaron a cabo los doctores Carl Clauberg y Horst Schumann, los referentes a la esterilización y la castración mediante inyecciones en el cuello del útero, en el caso de las mujeres, y de las radiaciones con rayos X en los testículos de los hombres, así como los centrados en la alteración de los músculos y los tejidos con fines de investigación anatómica, y el estudio de diferentes virus letales que les eran inyectados a los prisioneros. Noté que a Lisa se le encogía el

estómago con mis explicaciones, mientras él seguía allí impasible, muy entero. ¿Dónde trabajaba el doctor Mengele?, me preguntó el director. Algo no le cuadraba en la composición del campo y vi que eso le molestaba. Le conté que Mengele llevaba a cabo sus experimentos sobre todo en Birkenau y entonces él me pidió que no se me olvidara enseñarle los barracones cuando llegáramos allí. ¿Aquí trabajaron también médicos judíos, verdad?, preguntó el director. Llevaba un cuaderno que consultaba a cada momento. Así es, dije, y pronuncié algunos de sus nombres; los alemanes los obligaron, a lo que él asintió con un gesto que denotaba satisfacción. Cuando salimos de Auschwitz 1 me sentía cansado. El director escudriñaba hasta el más mínimo detalle, de una manera tal que no vi a nadie hacerlo antes así, excepto a mí mismo, por lo que sospeché que en Birkenau iba a continuar la misma tónica. Ya era mediodía y me sentía hambriento. Normalmente, en los viajes de los colegios llevaban bocadillos que también me ofrecían a mí, pero en esta ocasión no teníamos nada para comer. Odiaba comprar en los quioscos que hay a la puerta de los campos, pero no había alternativa. Compré un tentempié y un jugo y les ofrecí, pero me dijeron que les bastaba con las botellas de agua que llevaban y que ya comerían por la tarde. Nos tenemos que dar prisa, dijo el director. No me gustó que me atosigara, pero no dije nada. Cuando estábamos a la entrada de Birkenau volví a notar que todo empezaba otra vez a darme vueltas. Respiré profundamente, tomé un poco de agua y me obligué a comportarme con profesionalidad. Recordaba en todo momento que usted me había enviado, que yo era su representante y que, en esta ocasión, no podía defraudarlo. Ah, este es el famoso lugar, sentenció el director, mientras miraba hacia delante recorriendo con la mirada las vías del tren hasta el final como a través de la lente de una cámara. Pensé en mis primeras visitas allí, cuando me sentía fuerte, lleno de energía, y llevaba a cabo mi trabajo impecablemente. En vez de ir acostumbrándome, durante todos estos años se diría que los nervios se me habían ido pelando hasta quedar prácticamente desprotegidos. El alemán llevaba preparada de antemano una prolija lista de las zonas del campo que quería visitar, como la rampa donde se llevaba a cabo la selección, las ruinas de los edificios del exterminio, el campo de las mujeres y el de los hombres, el de las familias, el de los gitanos, las letrinas, la enfermería, el barracón de los gemelos, la cámara de gas y el crematorio 2 (la cámara de gas y el crematorio 1 se encuentran en el campo principal, en el que acabábamos de estar y ahí los habíamos visto), la cámara de gas y el crematorio 3, el almacén Canadá, donde se clasificaba el botín, y las cámaras de gas y los crematorios 4 y 5 que quedan un poco alejados. Me pidió también que le mostrara dónde se colocaban las orquestas que acompañaban a los prisioneros por las

mañanas al son de su música, los puntos en los que estuvieron enclavados los patíbulos, el camino exacto por el que caminaban los judíos como resultado de la selección previa en la rampa, y otros detalles similares. Fuimos recorriendo todos esos lugares de su lista punto por punto, y yo lo viví como la extenuante prueba de fuego definitiva de mis conocimientos sobre el tema. Él fotografiaba, hacía vídeo y me formulaba preguntas cortas y concretas. Me fijé en que, a ratos, también me fotografiaba y me grababa a mí, pero todavía no le di importancia, sino que consideré que era un honor ser tema de interés para él. Porque ningún visitante antes que él me había supuesto un reto tan grande como el que me suponían la profundidad de sus preguntas y la amplitud de sus conocimientos, aunque también debo añadir que no hubo pregunta a la que yo no supiera responder, lo cual me llenaba de orgullo. Lisa volvía a arrastrarse detrás de nosotros con una expresión en la cara indescifrable para mí. El director la llamaba para que se acercara, y entonces ella aceleraba sus enormes pasos y acortaba la distancia. El director y yo estuvimos trabajando maravillosamente bien juntos, a un ritmo muy satisfactorio, mientras me esforzaba por alejar de mí las sombras de los espectros y sus susurros llenos de lamentos, para que no molestaran. De camino hacia las ruinas de las cámaras de gas más alejadas, que habían sido construidas en el momento del exterminio masivo de los judíos de Hungría, el director se dio cuenta, como yo, de la extraña belleza que allí muestra la naturaleza, de los pájaros tan especiales que hay, de las charcas rodeadas de flores, y lo fotografió todo. De repente se detuvo, pasó la cámara a modo de vídeo, y se puso a grabarme sin interrupción. Yo avanzaba por la alfombra de hierba, en el cielo había nubes, y él me filmaba de frente. De pronto pasé a ser el tema central. ¿Qué está usted haciendo?, quise preguntarle, pero callé. No se preocupe, me dijo en su pesado aunque preciso inglés, porque según parecía me veía inquieto; solo utilizaré este material si usted me da permiso. Siguió también filmándome cuando nos detuvimos junto a las ruinas de las cámaras y los crematorios más alejados y yo les explicaba cómo funcionaron a toda máquina durante los últimos meses de existencia del campo, cuando los alemanes intentaban a la desesperada culminar el trabajo antes de la derrota. Estábamos allí solos, porque al estar tan lejos, nadie llegaba hasta allí. La joven andaba a grandes zancadas a nuestro alrededor, mientras el director y yo seguíamos ocupados de un modo completamente profesional con todos los detalles del proceso. Quiero llegar a entenderlo todo, dijo el director. Dónde estaba cada cosa, para poderlo ver todo con mis propios ojos. Me dio la sensación de que me quería arrebatar lo único que tengo. Se agachó, cogió un puñado de tierra y la estrujó entre los dedos. Me pareció extraño, aunque eso era

justamente lo que hacía yo siempre que visitaba el lugar. Cuando terminamos de pasar por absolutamente todos los lugares del campo, era ya la hora de cerrar. A la salida nos esperaba el Mercedes. Al director se le notaba en la cara que estaba satisfecho, y también lo estaba yo. Le había proporcionado la mercancía.

Regresaron a su elegante hotel de Cracovia, a los pies del castillo real de las múltiples torres, y yo pasé la noche en un hotel barato del otro lado del río, el mismo en el que dormíamos durante los viajes con los colegios. A la mañana siguiente temprano volvimos a ponernos en camino. Lisa, sentada entre ambos otra vez, lozana, con buena cara, me dijo un buenos días agradable y educado. Yo sentía mucha curiosidad por hablar con ella, pero la presencia del director me refrenaba. Él fumaba con la ventanilla abierta, a pesar del frío, y parecía preocupado. Dígame, se dirigió a mí de repente, cuando ya habíamos recorrido un buen trecho, ¿tiene usted alguna explicación para el hecho de que en lugar de llevar a la gente en vehículos desde la rampa a las cámaras de gas los hicieran ir un kilómetro a pie? La pregunta tenía su razón de ser y yo mismo me la había planteado cuando escribí mi trabajo de investigación, pero la respuesta era sencilla. Le respondí que a los muy ancianos y a los enfermos, a todos los que realmente no podían caminar, los llevaban en camiones, mientras que los demás iban a pie porque como acababan de bajar de los trenes los querían convencer de que habían llegado a su destino final en el que les iban a dar comida y casa. Si los hubieran vuelto a subir a unos vehículos, hubieran comprendido que los estaban separando definitivamente de los familiares que habían sido enviados al otro lado de la rampa en el proceso de selección, y se habría desatado la histeria. Él asintió con la cabeza porque la respuesta le pareció acertada. Tiene su lógica, dijo, y volviéndose hacia Lisa le soltó en alemán: un judío listo, este. Ella me miró espantada. Me hice el que ni oía ni entendía. Nos dirigíamos a Belzec. Hay un punto en el que la llanura se convierte en las colinas de Galitzia y la belleza de la naturaleza le deja a uno sin aliento. Le pregunté al alemán si había oído hablar de S.Y. Agnón y él movió la cabeza hacia los lados en señal de que no. Pues ganó el Premio Nobel, exclamé lleno de orgullo. No lo he leído, dijo él. En una sola vida es imposible leerlo todo. Todavía sigo atrapado por Von Kleist. Cuando llegamos a la aldea de Belzec, en cuyo extremo se encuentra el campo, el director le pidió al chofer que se detuviera. Paseó un poco por la calle principal, frente a las tiendas y las fachadas de las casas bajas, tomando fotos y filmando. Durante el rato que él se adelantó a nosotros, aproveché para preguntarle a Lisa: ¿para qué quiere rodar esta película? ¿De qué trata? Y ella me respondió recelosa: no lo sé exactamente, no me lo cuenta todo. Tenía las caderas anchas en relación con su gran altura y

los diminutos pechos. Ese era el origen de la desproporción, aunque en absoluto atentara contra su belleza. El director hizo señas al chofer para que nos siguiera con el coche mientras nosotros íbamos a pie hacia el campo de exterminio siguiendo las vías del tren. Levantaba la cara con deleite hacia el sol, que destellaba en sus gafas negras y en su pelo. Llegamos a la estación del ferrocarril que tiene un tejado de tejas y un tren de carga con destino a Ucrania parado en la vía. El chofer fumaba un cigarrillo en el andén y también disfrutaba del sol. El director le pidió a Lisa que sacara algo del pequeño ordenador y me lo enseñara. Ella se apresuró a mostrarme una fotografía del personal alemán del campo, con sus abrigos largos, una foto que yo conocía muy bien porque la había incluido en mi libro. Sonreí. ¿Qué pasa? Él pareció asombrado. Le dije que yo también había profundizado mucho en lo que mostraba esa fotografía. Formamos un equipo perfecto, dijo él en alemán, y me pidió que lo llevara al punto exacto en el que se había tomado esa fotografía. Perfecto, no hay problema. Cruzamos las vías del tren en dirección a la pequeña construcción en la que había vivido el comandante del campo y le dije, aquí es. Póngase ahí, me dijo el director, y me fotografió. Me cubrí el rostro con las manos. No quería que me fotografiara. Quédese quieto, dijo él, es muy importante, y volvió a fotografiarme. Más tarde hablaría con él de todo aquello y le preguntaría qué es lo que pensaba hacer con las fotos, pensé. Después me pidió, como en Auschwitz, que le mostrara el camino exacto por el que habían pasado los judíos desde el momento en el que los bajaban de los trenes hasta que en ese mismo día sus cadáveres eran arrojados a las fosas comunes. Pero en Belzec es difícil ver el camino, porque el campo fue completamente devastado y arrasado y luego se colocaron en él unas piedras negras como memorial. Allí estábamos los dos a la entrada, intentando reconstruir en medio de una frenética gesticulación de manos dónde podía haber estado cada cosa. Ese fue uno de los momentos en los que disfruté de estar con él, porque yo también sentía que trabajábamos en equipo, con mucha profesionalidad. Les hablé de Rudolf Reder, que había conseguido escapar, y del testimonio que dio. Mamita, pero si he sido un niño bueno, está oscuro, está todo oscuro, eso le oyó Reder gritar a un niño en la cámara de gas. Un momento, dijo el director, repita lo que acaba de decir, y dejándose el cigarrillo colgando del borde de los labios me filmó. Me sentía como un actor y me pareció que hacía aquello con un buen fin, por el bien de la memoria, porque esa era la misión que me había encomendado a mí mismo. Lo repetí mientras él filmaba, y mis ojos se detuvieron en sus enormes manos, en el cinturón, en sus botas y en sus labios que decían en inglés, *look into the camera*, para después enviar a la chica a que me colocara correctamente. ¿Qué estáis filmando aquí?, preguntaron las voces bajo

tierra. ¿Y por qué declamas esas palabras ante el alemán ese, las últimas palabras de un niño asesinado?

El alemán me preguntó si he sido soldado. Sí, lo he sido. ¿Combatiente?, continuó preguntando. En una unidad de carros de combate. Emitió un suave silbido de admiración. No me gustaba ser el centro de atención. Me dedico a contar cosas de los demás. ¿Y usted fue soldado?, le pregunté a mi vez. Mi biografía no es relevante, respondió. El chofer tenía puesta en el coche música clásica a un volumen muy bajito. Tocaron un vals de Chopin y a continuación uno de Bach. Hasta donde llega su conocimiento, me preguntó, ¿cree que Hitler sabía todo esto? Le respondí con un lacónico sí y después pronuncié unas citas que me sabía de memoria. Pero él jamás visitó estos campos, dijo. Esto eran unos estercoleros, le expliqué, en los que el Führer no tenía por qué ensuciarse las botas ni oler la carne de las personas quemadas, siendo como era él un vegetariano que cuidaba muchísimo la higiene. De todos modos sorprende que no sintiera curiosidad, insistió el director. ¿Por qué estás tan callada?, le preguntó a Lisa en alemán. Porque todo esto es muy triste, contestó ella. La tristeza es un sentimiento trivial, dijo el director. Míralo, ni siquiera él está tan triste como tú. Ella se quedó callada y me miró confusa. A escondidas me agarró la mano que me quedaba a su lado y me la retuvo por un momento. Sentí su tacto cálido y agradable. El chofer se había perdido de camino a Sobibor y yo le iba indicando cómo llegar. Vi que al director la situación le hacía gracia y supe exactamente lo que estaba pensando. Cuando bajamos del coche me pidió que me adelantara y avanzara hacia el otro lado del campo y enseguida se puso a filmar. ¿Por qué me filma?, le pregunté a Lisa que iba a mi lado. Me daba la sensación de que se estaban burlando de mí. Lisa contestó: ya hemos estado aquí, este es su plan. ¿Cuándo habéis estado aquí?, le pregunté. Hace medio año, respondió ella. En ese momento fue cuando empezó mi gran confusión. Pero no le digas que te lo he dicho, me susurró asustada, porque para él es muy importante que todo resulte espontáneo. Pasamos por delante de las fosas que había excavado el arqueólogo y que ahora estaban tapadas, y nos dirigimos al monumento, a un ritmo constante, ni demasiado deprisa ni demasiado despacio, como si el director me estuviera apuntando con un fusil en la espalda. Ahora deténgase. Hábleme del campo, me gritó desde atrás, y yo empecé a hablar. A eso no me podía negar, porque era para lo que me habían contratado.

El hotel de ellos en Varsovia estaba en una calle tranquila, en un edificio de estilo modernista reconstruido después de la guerra. Pedí que el chofer me llevara a mi piso, pero Lisa propuso que cenara con ellos en el hotel, y el director accedió. Naturalmente que sí, dijo, que coma con nosotros. Eso me halagó. Subieron a cambiarse de ropa. Si a

una habitación o a dos, eso ya no lo supe. Entre tanto llamé a Rut. Me preguntó cómo iba la visita y le dije que rara, pero solo tengo que pasar un día más con ellos, y más detalles no le di. Me preguntó si me habían pagado de antemano, porque no quedaba dinero en la cuenta, y le prometí que me ocuparía de eso. Ido me contó de una tarta que estaban preparando y parecía contento. Le mandé un beso a través de la línea. Cuando hube terminado de hablar se me acercó el recepcionista de aquel pequeño, ilustrado y caro hotel para comunicarme que la señora decía que iba a tardar un poco, por lo que me proponía que la esperara en el bar del restaurante. Volvía a estar vestido con ropa arrugada, después de aquel largo día, y no me parecía estar presentable como para entrar en aquel restaurante en el que unas velitas ardían sobre las mesas mientras los comensales conversaban educadamente en voz queda. Me refugié en un extremo de la barra y pedí un vodka. Mis pensamientos eran un campo de espinos. No tenía dinero para comer y beber en un lugar como ese, pero de momento el barman no me hacía pagar. Cuando Lisa llegó, maquillada y con un vestido corto de color negro, yo ya sentía la cabeza pesada. El barman me indicó con un respetuoso gesto de la cabeza que Lisa ya estaba allí y ella, tras pedirle un coctel, me llevó de la barra a una mesa. La seguí como un niño. De pronto comprendí que aquella era mi cena de despedida de Polonia, y no quería estropearla con pensamientos desagradables, sino que tenía que disfrutar de la presencia de Lisa y conversar con ella mientras quisiera seguir sentada allí frente a mí. Me dijo que el director se había quedado dormido en la habitación y que quizá bajaría más tarde si es que no se quedaba dormido hasta la mañana. Pide lo que quieras, dijo, corre de nuestra cuenta, él invita. Nos reímos. Lisa estaba radiante, tomamos vino y casi conseguí olvidarme de todo lo que había pasado ese día, durante la última semana, los últimos años y toda la historia. Me habló de su vida, que había nacido en un pueblo de la Alemania del este el mismo año de la caída del Muro; de sus padres y de los años que estudió arte dramático en Berlín, y de cómo había conocido al director, de lo importante que era para ella participar en ese proyecto, porque en su familia la guerra seguía siendo un fantasma del que no se hablaba, y también me habló de varios israelíes que había conocido en Berlín. No te pareces a ellos, dijo, tú eres mucho más delicado. Tenía una voz joven y animosa y los ojos le hacían chiribitas a causa del vino. Me obligué a mirarla a los ojos a pesar del miedo. Me tocaba hablar de mí y no quería. ¿Cuándo habéis estado aquí?, le pregunté. Hace medio año, repitió la respuesta que ya me había dado, en todos los lugares a los que nos has llevado hoy. ¿Y para qué habéis vuelto?, pregunté. Porque él quería que alguien como tú nos guiara, dijo Lisa, y añadió, esta visita va a ser ya parte de la película. Decidí entrar a matar y

dejarme de circunloquios. ¿Con alguien como yo te refieres a un judío?, le pregunté, y ella me respondió en alemán, con sus carnosos labios: sí. Una potente risotada me brotó de dentro, grosera; me retorcía de risa con la boca abierta y todo el restaurante me miraba. Yo esperaba que Lisa se echara a llorar, pero estaba allí muy erguida, atónita. El maître vino hacia mí y me pidió con firmeza que saliera de allí. Suélteme el brazo, le dije cuando me tocó. Podía haberle roto los huesos, pero tenía que guardarme las fuerzas. Ella arregló a toda prisa el asunto de la cuenta y salió detrás de mí a la zona de la recepción, que estaba sumida en una tenue iluminación de cara ya a la noche. ¿Volverás mañana, después de todo?, me preguntó temerosa. Lo lamento muchísimo, pero estoy segura de que las cosas se van a arreglar. Sus intenciones son buenas. Ahora no puedes salir huyendo, porque me va a culpar a mí de todo. Vendré si me cuentas de qué trata la película, respondí. No lo sé. Se lo guarda para él en su cabeza, contestó, pero al ver que me disponía a marcharme, dijo, te voy a enviar sus notas, lo que a mí me ha revelado. Me acercó la mejilla para que nos diéramos un beso de despedida, pero yo no estaba dispuesto a conformarme con eso, porque la deseaba a ella al completo. Hasta mañana, susurró, porque vendrás, ¿verdad?

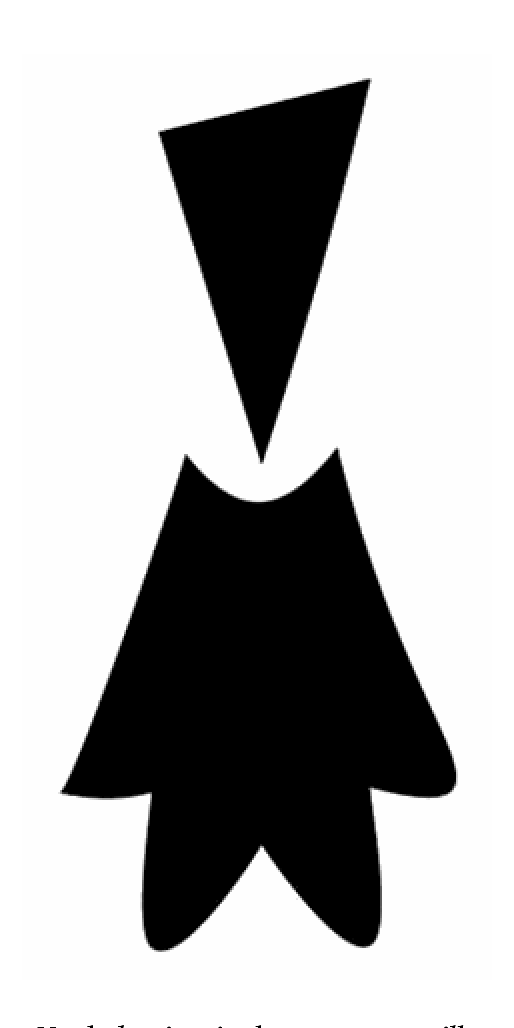
La anciana me estaba esperando en el descansillo. Me pedía algo, pero yo no entendía lo que era, hasta que me tiró de la manga del abrigo. Devuélvamelo, devuélvamelo. ¿Por qué?, pregunté. ¿Qué he hecho? Es un abrigo bueno y que abriga mucho. Pero ella seguía tirando. Me lo quité y se lo di. Ella agarró la presa y se apresuró a entrar en su piso. Llamé a su puerta. Puede que estuviera enfadada porque me consideraba un desagradecido. Quería invitarla a un té a pesar de lo tarde que era, pero supe que no iba a poder ser. Leí en el teléfono móvil los apuntes del director que Lisa me había enviado. Cumplió de inmediato la promesa que me había hecho y se disculpó por lo poco claros que estaban los apuntes. Me pedía, por su parte, que le confirmara que al día siguiente iba a ir. La veía sentada en la cama con un camisón corto, las uñas de los pies bien recortadas y bien limpias, y los dos allí, maquinando contra mí. Seguí leyendo el texto que consistía en frases fragmentadas diseminadas en dos páginas. Solo recuerdo algunas: un mismo destino, una tragedia compartida, Leni von Riefenstahl filma la visita del Führer a Auschwitz, Süss se enrola en el ejército israelí, documental sobre la naturaleza de camino a los crematorios 3 y 4, el bosque, reniegan de Jesús, Heidegger, las herramientas, el banquero introduciendo cadáveres en el horno crematorio, una cámara casera, archivo, el deseo sexual, el desnudo, el portón, ¡hace falta un judío! ¡Que tenga aspecto de judío!

Me quedé vestido y sin ducharme esperando la mañana. Llegué a la hora exacta a la puerta del hotel y allí aguardé con el chofer. Era

primavera. Nos dirigimos a Treblinka. Durante el trayecto les fui relatando los hechos y el director no añadió ni una sola pregunta. Ella iba sentada a mi lado, sin tocarme. Cuando llegamos los llevé por el camino normal, pero el director pidió que nos saliéramos de la senda marcada y nos adentráramos en el bosque, ella y yo, de la mano, y que él nos filmaría por detrás. Ella obedeció de inmediato y se acercó a mí. Yo, por mi parte, me quedé junto a él y le pregunté que para qué. En aras de la memoria, dijo. Y ahora haga lo que le pido, igual que ya flirteó con ella ayer en el hotel. Haga lo mismo, ahora. ¿Qué tiene que ver con el Holocausto?, le pregunto, y él se ríe, ya lo creo que tiene que ver, ¡y cómo! Si no lo entiende es que usted no ha entendido nada. Ande, haga el favor de darle la mano. Y entonces le descargo a él un primer puñetazo en medio de la cara, bien fuerte. El hueso se rompe, la sangre le sale a borbotones de la nariz, y otro puñetazo más, bien fuerte. Ella se desgañita. Sin detenerme y, con el impulso del anterior, le doy otro potente puñetazo. He hecho lo que tenía que hacer.

SOBRE EL AUTOR

Yishai Sarid nació en Tel Aviv en 1965, es abogado y escritor. Su novela El poeta de Gaza fue traducida a ocho idiomas y ganó el gran premio de Novela Negra Extranjera en Francia (2011). *El monstruo de la memoria,* su quinta novela, se publicó en 2017, consolidando a Sarid como uno de los principales escritores israelíes contemporáneos.



Verdad, misterio, locura y maravilla

NOTAS

[1] Yad Vashem (Monumento conmemorativo para la preservación del nombre) es una institución de Israel ubicada en Jerusalén, cuyo propósito es el de mantener viva la memoria de las víctimas del Holocausto nazi. Consta de un museo, una galería de arte y un centro educativo y de investigación. (Nota de la traductora)